

Yo siempre seré yo, pero contigo



TERESA LÓPEZ CERDÁN

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1. Corte Inglés, hasta nunca](#)

[2. Bienvenidas a mi nueva vida, queridas](#)

[3. La tormenta de ideas más ridícula de la historia](#)

[4. Qué putada cuando te pasa algo y no se lo puedes contar a ESA persona, ¿no?](#)

[5. Son las cinco de la mañana y Roberto no ha dormido nada](#)

[6. Como dirían Abraham Mateo y la gran Ana Mena, «Quiero decirte que lo siento, que te echo de menos»](#)

[7. Primera y última reunión que tuvimos](#)

[8. La terapia salva vidas](#)

[9. Como el ave fénix, resurgiendo de las cenizas](#)

[10. Roberto es el Daddy Yankee de la dramaturgia](#)

[11. Hace tanto que sueño su boca](#)

[12. Dadle la bienvenida a Maggie, ha llegado para quedarse](#)

[13. Y nos fuimos pa' Madrid \(el título más original del libro, perdón\)](#)

[14. Madrid era él](#)

[15. Empecemos a cumplir sueños, que ya es hora, ¿no?](#)

[16. Están presenciando cómo es una casa con dos animales](#)

[17. El estreno, el pánico y los nervios por bandera](#)

[18. Bienvenidas al momento más importantede mi vida hasta la fecha](#)

[19. ¿Alguna cardióloga en la sala?](#)

[20. Baño turco para abrir los poros y el corazón](#)

[21. El mensaje de texto que lo removió todo](#)

[22. ¿Acaso soy yo Edward Cullen? Pregunto](#)

[23. Igual también soy un poco Bella Swan, os diré](#)

[24. Enfadaos conmigo, como lectora empedernida que soy, os entiendo](#)

[25. ¿Han inventado ya pastillas para la resaca emocional?](#)

[26. Me siento como las cozy girls de internet](#)

[27. Escondidos, como Bisbal y Chenoa](#)

[28. ¿Por qué no si sí?](#)

[29. Vámonos de fiesta, ¿no?](#)

[30. Cómo es besar otros labios después de tanto tiempo](#)

[31. Siempre hay una primera vez para todo](#)

[32. De vuelta a casa contando estrellas dramas](#)

[33. ¿Conclusiones?](#)

[34. Convoco al consejo de sabios, compro vocal y resuelvo](#)

[35. ¿PUEDE ALGUIEN TRAER A DAVID CIVERA Y QUE ME DETENGA?!](#)

[36. Ahí está viendo pasar el tiempo, la Puerta de Alcalá](#)

[37. Conversaciones de vida adulta \(por fin\)](#)

[38. Juguemos a los prejuicios](#)

[39. Cachimba para dos, que se note que somos heteros](#)

[40. Santificarás a los conductores de Uber](#)

[41. Creía que no querías nada. Creía que tú tampoco](#)

[42. Yo mataré tsunamis por ti](#)

[43. La obra de teatro renueva hasta fin de temporada y yo solo quiero chillar](#)

[44. Escribir como manera de curar el alma](#)

[45. Reflexión aleatoria que me ha salido del corazón](#)

[46. Vamos a venerar a Dios, o sea, a bailar Don Omar hasta el amanecer](#)

[47. Seres de luz y chupitos de tequifresi](#)

[48. Voy buscando una lady](#)

[49. Y que mis canciones ahora sean nuestras](#)

[50. Follar o no follar, esa es la cuestión](#)

[51. ¿Qué decir y qué callar?](#)

[52. Azul, líneas en el mar](#)

[53. Mojado todo está más rico](#)

[54. Ya va siendo hora](#)

[55. Compensar](#)

[56. Vaya dos patas para un banco](#)

[57. La comida más importante \(y más rica\) del día](#)

[58. Esto no ha hecho más que empezar](#)

[59. Cómo me gusta el sexo, la madre que me parió](#)

[60. A trabajar recién corrida se va mejor](#)

[61. Aprender que no todo tiene que ser en pareja](#)

[62. Hablemos de Damián](#)

[63. Las perdices no son mi devoción, pero los finales felices sí](#)

[Banda sonora](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La vida de Laura ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Ya nadie la llama Karma, por fin ha dejado El Corte Inglés y, con los treinta, ha llegado el momento de poner toda su estabilidad en riesgo lanzándose a probar suerte en el mundo del teatro junto con su inseparable Roberto.

Laura rehará su vida desde las raíces, empezando por la terapia y acabando con su corazón, y descubrirá qué significan para ella el sexo de una noche, el sentido del amor romántico y la necesidad de ser ella a pesar de todo el mundo.

¿Cómo intentar ser una mujer con el amor propio por bandera en la capital de España, vivir de su sueño y no morir en el intento?

YO SIEMPRE SERÉ YO, PERO CONTIGO

Teresa López Cerdán

Esencia/Planeta

*A mis padres,
Gracias por ser sostén e impulso.
Todo lo que soy es gracias a vosotros*

Prólogo

Hola, queridas, mi nombre es Laura, aunque todo el mundo me llama Karma. Vengo a escribiros, a modo de introducción, para informaros de que tenéis en vuestras manos la segunda parte de la historia de mi vida.

Como dirían en cualquier serie de televisión, en capítulos anteriores (en este caso en mi primera novela: *Yo siempre seré yo, a pesar de ti*) os presenté a dos de las personas que más han marcado mi existencia: Roberto y Leo. Fueron los protagonistas indiscutibles de mi primera novela, aunque también os conté quiénes eran Juanjo y Damián, mis ex. Juanjo fue mi relación estable, el hombre con el que estuve durante casi dos años, con el que compartí piso, con el que comprendí que podía ser amada, pero del que nunca me enamoré. Damián fue mi novio durante la adolescencia, me quedé embarazada, aborté y desapareció de mi vida. Es la parte más dura de mi historia, me costó mucho compartir con el mundo mis vivencias con él, pero desde que lo hice, me siento infinitamente más liberada.

Roberto es mi mejor amigo, mi compañero de piso, el hombre con el que he compartido casi cada rincón de mi ser (digo «casi» porque eso de chuscar nunca ha sido una opción entre nosotros); hemos sido prácticamente un matrimonio durante más de diez años de convivencia, hasta que llegó Leo a mi vida y la cosa se puso un poco chungueta. Conseguimos limar nuestras asperezas, pero, siendo sincera, me merecía que me hubiera mandado a la luna de Valencia. Cuando apareció Leo, desapareció el resto de mi mundo, incluido Roberto, y eso, por mucho que me joda reconocerlo, no está nada, pero nada bien.

Y luego... hablamos de él. Hablamos mucho de él, de Leo. El hombre que llegó a mi vida a través de la aplicación de Tinder para acabar con toda la estabilidad que me quedaba. Me enamoré, me enamoré con todas las de la ley, vivimos un amor tan intenso como fugaz, fueron apenas tres meses, pero fueron tres meses de darlo todo en los que nos entregamos el uno al otro como si no hubiera un mañana.

Nos veíamos prácticamente cada día, oficializamos nuestra relación en apenas una semana, dormí en su cama muchas más noches que en la mía, conocí a sus amigos, viajamos a Roma, nos prometimos cosas que jamás cumplimos y nos hicimos daño, nos hicimos mucho daño.

De la noche a la mañana, la relación cambió radicalmente, hoy en día aún no he sabido muy bien por qué, asumo y entiendo que yo tendré algo de culpa, pero, sinceramente, estoy bastante perdida y no comprendo qué nos pasó.

Justo después de dejarlo llegó una pandemia mundial, acabé abandonando Madrid y volviendo a casa de mis padres con el rabo entre las piernas. Solo necesitaba que me cuidaran y me quisieran. A veces el amor de un hogar (y muchas sesiones de terapia) lo sana todo.

Y, bueno, sin más dilaciones, yo soy Laura, actriz de corazón, teleoperadora de oficio. El sueño de mi vida siempre ha sido subirme a un escenario y poder vivir de la interpretación.

Dejadme haceros un pequeño *spoiler*: los sueños, si se trabajan y tienes la cantidad de suerte necesaria, pueden hacerse realidad.

Corte Inglés, hasta nunca

30 de agosto, doce del mediodía, piso situado en el ardiente Burjassot, encontramos a una mujer de treinta años ya cumplidos en bragas, sin sujetador, sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared, el teclado del ordenador apoyado en sus michelines, un miniventilador apuntando a su cara directamente y un auricular en la oreja. Para sorpresa tanto de las lectoras como de los familiares de nuestra protagonista: se encontraba sonriendo. Mientras trabajaba. En El Corte Inglés. Pedid un deseo, porque eso no pasaba casi nunca.

¿Por qué sonreía?, os estaréis preguntando. Pues bien, yo os lo cuento: ese día tenía decidido que dejaba El Corte Inglés de una vez por todas. Sí, como lo estáis leyendo, después de más de tres años en ese infierno, había tomado la decisión: a tomar por culo el trabajo indefinido.

Estaba harta, estaba cansada, estaba hastiada. Se había pasado toda la santa pandemia pegada al auricular (en realidad, lo agradecía, porque la había mantenido ocupada varias horas al día, algo que su compañero de piso no podía decir), la pasaron a la sección de supermercado (a ella y a todo el mundo), estuvo mandando papel higiénico a las casas de toda España. Atendió llamadas inverosímiles, como cualquier teleoperador, vaya, entre las que cabe destacar: la mujer que llamó con un ataque de ansiedad porque tenía un hijo dependiente, no podía salir a la calle porque ella tenía más de ochenta años, necesitaba agua destilada para que la bombona de oxígeno de su marido pudiera funcionar y un largo etcétera digno de telenovela a media tarde. Cuando nuestra protagonista decide decirle que esté tranquila, que ella hará todo lo posible para que el pedido le llegue a su casa esa misma tarde, que la va a poner como «urgente» y consigue que deje de llorar, la señora cambia automáticamente la voz de plañidera, despliega un papelito y dice (con todo su papo): «Vale, nena, muchas gracias, pues lo primero que me vas a poner son seis cajas de seis botellas de sidra El Gaitero».

Cabe destacar que únicamente se podían poner TRES pedidos al día como URGENTES, y si no se ponía ninguno mejor. Estaban los supermercados de toda España desbordados, el de El Corte Inglés no iba a ser menos. Cada teleoperador atendía a más de cincuenta clientes al día, todos desesperados, todos contando sus peripecias personales... Pero esa señora consiguió ablandar el corazón de nuestra protagonista, probablemente fuera porque ella también era actriz y tuvo que reconocer el trabajazo que se marcó la mujer para interpretar tan maravilloso papel.

Hoy en día no sabemos qué era real y qué era mentira, pero a nuestra teleoperadora favorita le maravilló imaginar al hijo dependiente, al marido encamado y a la señora de ochenta y dos años bebiendo sidra El Gaitero mientras perreaban *Fiebre*, de la *Bad Gyal*, antes de los aplausos de las ocho de la tarde.

Perdonen, queridas, ya me dejo de mamoneo... La protagonista sigo siendo yo, Laura, o sea, Karma (ahora estoy en crisis existencial con mi nombre, ya os contaré). He vuelto a casa de mis padres, en el pueblo, a los treinta. Bueno, más bien he huido a casa de mis padres. Necesitaba alejarme de la capital, necesitaba cambiar de ambiente, necesitaba poner distancia. En cuanto levantaron las fronteras y quitaron el estado de alarma, me di cuenta de que estaba malgastando

la mitad de mi sueldo para no poder salir de mi piso de Madrid, así que con mucho dolor en el corazón decidí dejar a Roberto solito y volver a sentirme una adolescente que da explicaciones por cada uno de sus movimientos.

Asumo que si estáis leyendo estas líneas es porque habéis leído todas las del libro anterior... Y qué vergüenza, sinceramente. Que yo voy de dura, pero ahora sois muchísimas personas las que sabéis mucho de mí y..., bueno, no sé si lo llevo tan bien como pensaba. Que yo encantada de ser la encarnación del pringadismo y del empoderamiento a la misma vez, pero espero de corazón que esto que escribo quede entre nosotras, porque menudo palo y menuda sobreexposición.

Es que... ¿podemos ser conscientes de que sabéis cómo siento, cómo pienso, cómo quiero, cómo lloro, cómo follo y hasta cómo me hundo en mi más profundo dolor? Creo que es oficial: somos amigas. Si os cuento todo esto es porque confío en vosotras, porque me gusta compartirme y porque me hace sentir mejor.

Y sí, esto también era oficial: dejaba El Corte Inglés. Mi compañero Roberto y yo decidimos tirarnos a la piscina, dejar nuestros respectivos trabajos y lanzarnos al mundo del arte, de la interpretación, de los empresarios, de los autónomos, de la incertidumbre.

Ser autónoma con treinta años da miedo, con treinta y con cualquier edad, la verdad. Sientes una responsabilidad, un ahogo en el pecho, una cantidad de miedos... ¿Y si no llego a fin de mes? ¿Y si no me da la vida? ¿Y si estoy dejando algo estable y duradero por algo que no tengo ni idea de si va a funcionar? Como siempre, vivo odiando los malditos «y si...». Pero bueno, eso era cuestión de ahora o nunca, si seguíamos trabajando en nuestros currículos de mileuristas de por vida no íbamos a ser felices, así que por qué no intentarlo.

Y ahí estaba yo, sonriendo a cuarenta grados, con las tetas al aire y un microventilador que funcionaba por USB conectado a mi ordenador, teletrabajando desde casa y atendiendo a clientes en bucle. Tenía decidido que ese mismo día llamaría a mi jefa y se lo comunicaría: «Irene, dejo el curro».

Era sencillo, era fácil, me hacía feliz la idea, pero os mentiría si no os dijera que en el fondo estaba cagada de miedo. Tenía pánico al momento de coger mi móvil, buscar entre los contactos el número de «Irene Jefa ECI» y darle la noticia. Creía que la iba a decepcionar, que me preguntaría mil porqués, que no entendería mi decisión, que intentaría convencerme de lo contrario.

Pero no, fue mucho más fácil de lo que esperaba, la verdad. Irene es un sol, pero antes de comunicárselo a ella recibí una llamada de un número que no conocía.

—¿Laura?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—¿Estás conectada?

—Sí, estoy trabajando ahora mismo, pero no tengo ninguna llamada.

—Ponte en «No disponible» un segundo.

—Voy. Ya.

—Vale, te cuento. Laura, soy Natalia Medina, de recursos humanos de El Corte Inglés. Te llamo porque te quería comentar una cosa. Antes de nada, ¿estás contenta con la empresa?

—Ay, hola, Natalia. Sí, claro. Han sido tres años muy bien rodeada, Irene me trata genial y mis compañeras son lo más, además de que nos disteis el teletrabajo y, bastante mejor, currar desde casa se me hace muy cómodo.

—Cómo me alegro de oírlo, ¿y el trabajo?, ¿te gusta?

—A ver..., no es el trabajo de mi vida, pero hay cosas mucho peores.

—Pues justo por eso te llamaba... Hemos estado estudiando tu caso, Irene nos ha dado muy

buenas referencias de tu desempeño y... Bueno, te llamaba para ofrecerte un ascenso. Nos gustaría formarte para que fueras coordinadora.

—¿En serio?

—Hombre, claro, con estas cosas no solemos bromear.

—Eh..., vale... Jo, pues muchísimas gracias. De verdad que me siento superhalagada, tanto por la empresa como por las referencias de mi jefa, pero justo hoy tenía en mente llamarla para comunicarle que pensaba dejar El Corte Inglés.

—¿Qué me dices? ¿Y eso? ¿No me habías dicho que estabas contenta?

—Sí, sí, si contenta estoy, pero me ha salido un proyecto de lo mío y quiero intentarlo.

—Ah, vi en tu currículum que eras actriz, ¿te ha salido alguna película?

—No, no. Voy a montar una obra de teatro con mi compañero de piso.

—Ah... ¿Y no lo puedes compaginar? ¿Vas a dejar un contrato indefinido por una obrita de teatro con un amigo?

—Sí. Sé que suena a locura, pero siento que es el momento y que si no lo hago ahora no lo podré hacer nunca.

—Yo te pediría que lo reconsideraras. Como coordinadora tendrás un aumento de sueldo y, viendo tus capacidades, creo que podrías seguir creciendo en la empresa, creemos que eres muy valiosa para El Corte Inglés.

—Infinitas gracias, de corazón. Pero es algo que he meditado mucho, no es una decisión tomada en caliente.

—¿Qué te parece si en lugar de cesar el contrato te damos una excedencia de un año? Así, si no sale tan bien como esperas, que ojalá que sí, podrías volver con nosotros.

—¿Como teleoperadora?

—No, entrarías directamente para la formación de coordinadora, eso sí, no te podemos asegurar qué equipo coordinarías.

—Ostras..., pues la verdad que me parece perfecto. Un año de excedencia y el septiembre que viene hablamos por si necesito volver.

—Pues tenemos un acuerdo, Laura. Necesitaría que volvieras a Madrid para firmarlo todo.

—Pues muchísimas gracias, Natalia. De corazón.

—Nada, nos vemos en las oficinas.

Y el vértigo desapareció, el miedo se esfumó. Si salía todo mal, tenía el salvavidas disponible. Tenía un año de margen para petarlo fuerte, y, en caso de que me fuera todo horriblemente mal, podría volver con el rabo entre las piernas y un ascenso entre las manos a mi antiguo curro. Pero ¿sabéis qué? No hizo falta nada de eso, todo salió infinitamente mejor de lo que me esperaba.

Y es que a veces los saltos de fe compensan.

Bienvenidas a mi nueva vida, queridas

¿Debería haberme tomado esa llamada como una señal del destino? ¿Debería haber interpretado que Yisus me estaba llamando desde los cielos para decirme: «Loca del monte, no dejes tu trabajo fijo»? ¿Debería haber escuchado a la vida porque cuando decidí dejar el curro me llamó al móvil para decirme que me ofrecía un ascenso? Pues puede ser, pero ya me conocéis lo suficiente y, cuando tomo una decisión, voy con todo hasta las últimas consecuencias.

Mi vida era una mierda, puede que otra persona con mis mismas oportunidades estuviera infinitamente feliz y contenta, pero no era mi caso. Yo tenía otras aspiraciones, yo tenía sueños, yo tenía ganas de devorarme el mundo de un bocado, y por eso cuando recibí el correo electrónico de Roberto que tenía por asunto «Primer borrador», no pude hacer otra cosa que temblar ante las expectativas de lo que acabó siendo lo mejor que me había pasado nunca.

Abrí ese PDF muerta de miedo. Roberto y yo habíamos tenido una reunión por videollamada en mayo; estaba él en Madrid y yo en Burja, estábamos hartos de nuestra vida y, sobre todo, nos echábamos de menos. Mucho. Aunque no lo dijéramos en voz alta.

—Tía, vuelve ya a Madrid, no entiendo qué mierdas haces en Valencia.

—Y dale, Perico, al torno, que no, Rup, que no. Que hasta que me salga algo de lo mío no me muevo. Que para teletrabajar pagando cuatrocientos cincuenta euros de alquiler, teletrabajo de gratis en casa de mis padres y así ahorro.

—¿Estás meando, pedazo de guarra?

—Bueno, espérate, que voy... A ver si ahora no voy a poder mear delante de ti.

—En videollamada no, cerda. Haberme avisado y te llamo cuando termines.

—Pero si me has visto la almeja más veces que cualquier otro hombre, fantasma.

—Ay, *Nemo*..., la echo de menos.

—¿*Nemo*?

—Tu chochito.

—¿Lo llamas *Nemo*?

—Claro, porque tienes una aleta más grande que la otra.

—¿Le estás haciendo *body shaming* a mi chocho?

—Eh, eh, eh. De *body shaming*, nada, guapa. Que lo llamo así con cariño.

—Me acabas de decir que tengo un labio más grande que otro.

—Pero es que eso es descriptivo, no insultivo.

—¿Desde cuándo te fijas tanto en mi chumino, supuesto maricón?

—Eh, para el carro ahí, si hay una única cosa clara en mi vida, es mi orientación sexual, no me la pongas en duda ahora, que ya lo que me faltaba. Y tu pichín me lo enseñaste tú, borracha, en la ducha, volviendo de fiesta, te cogiste la aleta y me dijiste: «Mira, te saluda mi libro abierto».

—No me soporto.

—Yo tampoco te soporto.

—Te soporto menos a ti que a mí.

—Vuelve a Madrid.

—Y dale, no me lo repitas más, por favor te lo pido. Nadie tiene más ganas de que eso pase que yo, y lo sabes. No, no me pongas cara de corderito. Me tiene que salir algo de lo mío, no paro de enviar el *videobook* a todos los castings, representantes y agencias del mundo, pero nada, ni flores.

—¿Y si lo hacemos nosotros?

—¿El qué hacemos nosotros?

—Un proyecto, en el que curres de actriz.

—Roberto, no me voy a volver a Madrid para que grabemos un corto con una cámara que nos preste la Complutense, ya te lo adelanto.

—A ver, audiovisual no, porque no tenemos un duro, pero ¿y si hacemos teatro?

—¿Cómo teatro?

—Una obra de teatro.

—Deja de vacilarme.

—No, no. Estoy hablando totalmente en serio. Yo la escribo y la dirijo, tú la interpretas.

—Pero ¿cómo vamos a hacer eso los dos solos? Si no tenemos ni idea.

—Habla por ti, guapa. Yo llevo escribiendo guiones y obras de teatro desde el instituto.

—No sé yo, Rup...

—¿Qué tenemos que perder?

—Ya, en realidad nada.

—Mira, yo investigo todo y te cuento.

—Pero primero tendremos que saber de qué va a ir la obra, ¿no?

—Va, sí. Hacemos mañana por la mañana una tormenta de ideas, apúntalo todo, me da igual que suene ridículo o que creas que no tiene ningún tipo de sentido. Que a veces de tres tonterías sale algo bueno.

—Venga, vale, voy a darle vueltas, mañana por la mañana nos llamamos.

—Estoy emocionado, ¿eh?, creo que de aquí puede salir algo bueno.

—Fuera de coñas, yo creo que también. Escribes superbién y tienes un sentido de la estética brutal.

—Y tú eres una actriz de puta madre.

—¿Se puede saber por qué hemos tardado tanto en hacer esto?

—Porque España no está hecha para emprender, solo para sobrevivir.

—Qué profundo.

—Voy a apuntarme la idea: «Cómo ser una persona creativa en España y no morir en el intento».

—Eres tontísimo.

—Calla, que es un temazo.

—Uy, temazo, podemos hacer un musical de reguetón.

—Madre mía, te cuelgo.

—Di lo que quieras, vendría todo el mundo a vernos.

—Pero si no sabes cantar.

—Ni tú componer.

—Pues eso, inviable. Eso nos lo guardamos para cuando seamos una productora multimillonaria.

—Me parece bien, venga, te cuelgo, que voy a pensar.

—Dale, mañana nos vemos.

Y así empezó a morir la desidia y comenzó a crecer la esperanza.

La tormenta de ideas más ridícula de la historia

Fue un desastre, fue un completo y absoluto desastre, y es que cuando os digo que no salió de ahí ni una sola idea buena, es NI UNA.

—A ver, chocho, cuéntame qué tienes. Nos sirve igual título, tema, espacio, personajes..., todo, cualquier cosa suma.

—Vale, a ver, yo he pensado que podríamos hablar sobre la peña trans, creo que necesitan espacio y visibilidad, son el colectivo más jodido ahora mismo.

—Karma, somos un maricón y una cis hetera no vamos a hablar de la peña trans.

—Pero, escúchame, que sí. Investigamos bien, nos reunimos con varias personas trans, recolectamos información, escribimos y, una vez que lo tengamos, se lo enviamos para que lo lean y nos den *feedback*.

—Que no, tía, que no. Más adelante igual, pero la primera obra que hagamos no puede ser sobre algo que no entendamos o que no hayamos vivido en nuestras carnes.

—Vale, vale. Pues esa era mi idea número uno, ¿tú qué tienes?

—Yo había pensado en hacer algo rollo documental.

—¿Documental?

—Sí, coger la vida de una persona que nos inspire y hacer como un monólogo, pero detrás que salgan proyecciones de su vida, entrevistas y cosas así.

—Ah, vale, o sea, ¿nuestro objetivo es que nadie venga a vernos al teatro?

—¿Tú eres tonta o qué?

—Roberto, que nadie quiere ir al teatro a aburrirse, la gente quiere ir a desconectar o a conectar.

—Pero es que, si elegimos a alguien que realmente sea interesante, puede quedar increíble. Hay un chaval estadounidense que tiene una trama de unos gatos... ¿De verdad estás haciendo como que roncas? ¿Qué tienes?, ¿cinco años?

—Tú no quieres trans, yo no quiero documentales.

—Genial. Pues aporta algo.

—Eh..., siempre me han gustado las bibliotecas.

—¿Las bibliotecas?

—Sí, creo que es un espacio superinteresante. La gente siempre habla bajito, hay libros por todas partes, es un lugar como que me inspira secretismo, da lugar a que pasen cosas.

—¿Quieres que hagamos una obra de teatro susurrada? ¿Me estás vacilando?

—¡En ASMR! Eso nunca se ha visto.

—Definitivamente me estás vacilando.

—Que no, coño, puede ser algo novedoso y a la gente le puede flipar.

—¿Y qué pretendes? ¿Que contemos la vida de una bibliotecaria trans en ASMR?

—No apoyas nada de lo que digo.

—Es que todo lo que dices no tiene ningún tipo de sentido.

—Habló el de los documentales.

Y así estuvimos más de tres horas que condujeron a la más absoluta nada.

*Qué putada cuando te pasa algo y no se lo puedes contar a ESA persona,
¿no?*

Ya lo sé, chicas, me estaba haciendo la dura. Capítulo cuatro y aún no hemos hablado de él, pido perdón a la chica detrás del espejo, como dice Mara Jiménez en su canción. Pero es que... no quiero, no quiero porque no sé ni qué decir, ni qué escribir, ni qué pensar, ni siquiera qué sentir.

Lo echo de menos. Ya está, ya lo he escrito. Lo echo de menos todo el rato. Lo echo de menos muchísimo. Pienso que fui una estúpida al no responder a sus mensajes, pienso que le debo una última conversación, pienso que jamás me sentiré querida por nadie como me sentí querida por él. Pienso que lo he perdido por ir de chula, pienso que desde que no está en mi vida todo tiene filtro sepia. Pienso que soy tontísima por sentir y pensar todo esto que acabo de escribir.

Porque luego también pienso que tengo toda la razón y todo el derecho del mundo a estar enfadada, a haber tomado la decisión de alejarme, de poner tierra de por medio, de necesitar mi propio espacio de crecimiento personal alejada de él.

Porque seamos sinceras: me mandó a terapia y yo no le escupí, que sin lugar a duda es lo que debería haber hecho. ¿Sabéis lo que me cuesta abrirme, contar, hablar, comunicar? Era la primera vez en toda mi vida que tomaba la decisión activa de coger el toro por los cuernos y enfrentarme con todas a mis sentimientos, de cara y sin miedo. ¡¿Y lo que recibo es «Karma, creo que deberías ir a terapia»?!

Es que me incendio, es que quiero matar, arrasar, destrozar, aniquilar. ¿De qué coño vas, tío? Jamás tan identificada con Laura Escanes, os lo digo.

«Has vuelto a demostrarme ahora, ¿vale?, que te la pela todo. Que te la pela TODO. Estoy cabreada y sigues sin decirme nada. Que te la pela absolutamente todo, ¿vale?, todo. Con lo cual estás respondiéndome con tres frases de mierda, viendo cómo estoy, sabiendo que lo has hecho tú mal, pedazo de imbécil, que no lo he hecho yo, que lo has hecho tú... En vez de llamarme y en vez de pedirme perdón las veces que haga falta o decirme algo, me dices “Me voy a vestir no sé qué”. Te vas a la mierda, y ahora sí que no voy a hacer nada, no voy a hacer nada, no voy a hacer nada.»

Es que cómo se nota que las dos nos llamamos igual. (Perdón a las personas que no tengáis referencias del mejor vídeo de internet, es un audio que supuestamente subió a redes sociales Laura Escanes cuando era adolescente y es, literalmente, yo ahora mismo.)

Os juro que la ira que me invadió en el momento en que oí lo de la terapia..., es que soy incapaz de ponerle palabras, jamás tanto fuego había ardido tan dentro de mí. Y eso que soy Aries.

¿Tenía razón? Sí. ¿He vuelto a ir a terapia para gestionarme mejor? También. ¿Quiere eso decir que él tenía derecho a decírmelo y de esa manera? Ni de coña. Ni de la más absoluta coña.

Que yo soy culpable de muchas cosas, por supuesto que sí. Pero ¿quitarte así de en medio? ¿Volcar sobre mí que de la noche a la mañana todo deje de funcionar cuando literalmente yo no

he cambiado nada? Es que fue injusto, fue muy injusto.

Por eso me protegí, por eso salí de allí huyendo, por eso no le volví a contestar ni a un solo mensaje sin utilizar monosílabos... ¿Me equivoqué? Pues puede ser, pero, sinceramente, solo estaba siendo consecuente con todo lo que pasaba dentro de mí.

Cuando vivo situaciones que no sé controlar siempre escucho a mi cuerpo, es mucho más inteligente que mi mente. Con la cabeza me justifico, con el cuerpo encarno. Y aunque mi cerebro me dijera que lo echaba de menos, mi cuerpo sentía un rechazo absoluto a su recuerdo.

Había sido muy duro que me dejara tirada tres días seguidos y que sus excusas fueran «estaba jugando, tenía sueño y no tenía hambre». Ponte que es cierto, que eso era lo único que le pasaba (¡JA!), ¿de verdad me lo tienes que comunicar así? ¿De verdad yo te digo que me molesta, que me hace daño, que lo he pasado mal y tu respuesta es decirme que te estoy montando un pollo de la nada?

Asumo que si yo fuera una persona acostumbrada a lidiar con este tipo de enfrentamientos todo habría sido mucho más fácil o cotidiano, pero yo no soy así. Yo nunca he sido así.

Yo no soy la chica que planta cara, yo no soy la chica que es capaz de expresar lo que siente con facilidad, yo no soy la chica que marca límites cuando una persona le gusta de verdad.

Estoy trabajando en serlo, pero todavía no lo soy, o definitivamente no lo era. Por eso dolió el doble, por eso el vacío en el pecho fue tan grande, por eso me partió por la mitad que no hubiera sido capaz de apreciar lo que me había costado exponerme, ser vulnerable, abrirme para él.

Y aun así, lo único que quería hacer era llamarlo para decirle que por fin dejaba El Corte Inglés para intentarlo de una vez por todas.

Son las cinco de la mañana y Roberto no ha dormido nada

Me suena el móvil a las cinco de la mañana, videollamada del *fucking* Rupert. Evidentemente me asusto, creo que se ha muerto alguien y doy por sentado que me toca subir a Madrid a pasar dos días en un tanatorio. Todo esto en el segundo que tardo entre que veo su nombre y descuelgo. ¿Por qué siempre la mente humana tiene esa capacidad maravillosa para imaginar en cuestión de milésimas de segundo una vida entera de desgracias?

—¿Qué ha pasado?! ¿Quién se ha muerto?!

—¿Qué dices de muertos, loca?!

—No sé, ¿no se ha muerto nadie?

—Sí, tu sentido común.

—Roberto, me estás llamando a las cinco de la mañana, si no me llamas para decirme que alguien está muerto, ingresado o en coma, no sé qué es tan importante que no pueda esperar hasta mañana por la mañana.

—Ya tengo temática para la obra de teatro.

—Me estás vacilando.

—No, se me ha ocurrido mientras me duchaba.

—¿Qué hacías duchándote a las cinco de la mañana?

—No podía dormir. El agua siempre me relaja.

—Sí, relajado se te nota definitivamente.

—Me ha activado la idea que he tenido.

—¿Y en serio me tienes que activar a mí también a estas horas? Lo peor es que en cuanto cuelgue tú te vas a dormir y yo me voy a quedar despierta, es que siempre igual, eres lo peor, de verdad te lo...

—Vamos a hablar de ti.

—¿De mí? ¿Tú estás tonto?

—No, no lo estoy. Escúchame, vamos a...

—No vamos a hacer un documental de mi vida.

—Claro que no, ¿eres idiota? Pero ¿quién te crees tú que eres para hacer un documental de ti?

—Pero bueno, ¡serás imbécil! ¿Por qué no se podría, pedazo de niño rata?

—Porque no eres nadie.

—Yo flipo contigo, no soy nadie *todavía*.

—Exacto, *todavía*, después de esto te va a cambiar la vida.

—Ay, Roberto, de verdad, eres Antoñita *la Fantástica*.

—Vamos a hablar de ti, una pringada de treinta años que se vino nada más cumplir los dieciocho a la capital a triunfar, que quería ser artista, que tenía muchos sueños y que acabó comida por la rutina de un trabajo mediocre mileurista.

—¿Tú quieres hundirme?

—No, yo quiero reivindicarte. A ti y a todas las mujeres como tú. Todas las que tenéis sueños,

aspiraciones y talento, pero os habéis encontrado con un mundo hostil que os acaba haciendo de menos y os lo termináis creyendo.

—¿El qué nos creemos?

—Que no sois suficiente.

—¿Y lo somos?

—¿Tú eres tonta?

—No, no soy tonta, soy realista. Igual es que todo lo que siempre había querido, lo que siempre había pensado que era mi lugar en el mundo, lo único que siempre estaba bien y que tenía claro..., pues no estaba tan bien y no estaba tan claro. Roberto, que a lo mejor no he nacido para esto y ya está, no hay nada que reivindicar.

—Karma, ¿me estás diciendo que una mujer con tu inteligencia, tu integridad, tu humor y tu pasión ha nacido para ser teleoperadora del puñetero Corte Inglés?

—Pues hasta ahora parece que sí, Roberto, no me vendas la moto, amor, que sabemos perfectamente lo que hay. Tengo treinta años, treinta. Y ni una oportunidad. Ni representante, ni castings, ni nadie que crea en mí. Ya te dije que no iba a volver a ilusionarme para luego acabar sumida en un pozo de desesperación, ya he pillado las señales del universo, no quiere que sea actriz. Pues listo, Rup, estoy harta de nadar a contracorriente para no llegar a ninguna parte.

—Yo creo en ti.

Y se hizo el silencio, durante unos segundos que fueron eternos. Unos segundos que me arrancaron lágrimas del fondo de mi alma. ¿Conocéis la sensación? ¿La de tener una cosa clara en la vida? Solo una, pero ¿tenerla tan instalada en el fondo de tus entrañas que siempre puedes volver a ella? Puede que todo estuviera yendo mal, que Damián me hubiera enterrado viva, que me insultaran por mi físico, que trabajara en curros que no me llenaban, que hubiera dejado escapar al que probablemente era el amor de mi vida, que me sintiera sola, que tuviera una crisis existencial, que no encontrara sentido a mi vida, que no supiera ya si era Laura, Karma o una amalgama gris indefinida..., pero ahí estaba siempre él, el teatro.

Lo único constante en mi vida, la única pasión que siempre me había mantenido viva, la devoción absoluta por todo el proceso que envuelve ese maravilloso mundo. Desde analizar un texto hasta memorizarlo; desde desgranar un personaje hasta ponerlo en pie; desde equivocarte con el enfoque hasta dar con la pieza clave que hace que todo cobre sentido. El teatro siempre le había dado sentido a todo, era mi espacio seguro, el lugar al que volver, el sitio en el que estar y ser.

Pero al parecer nadie era capaz de verlo, nadie podía ver el talento que se escondía detrás de mi físico, nadie podía ver la formación que llevaba a mis espaldas, nadie podía ver la cantidad de horas invertidas en intentar ser la mejor actriz que pudiera llegar a ser, nadie podía ver lo buena que era, y eso me quemaba el alma. Hasta el punto en el que me di por vencida y, sin ser del todo consciente, renuncié a mi pilar fundamental. Había renunciado al mundo de la interpretación y lo había hecho sin haberme dado cuenta.

Y es que, por mucho que tú creas que sí, que sí que vales, que sí que eres buena, que sí tienes algo dentro que ofrecer al mundo, si nadie más lo ve, es como si no existiera.

Pero él creía en mí. Roberto. No lo decía por decir, yo lo sabía bien. Él veía mi talento, él miraba más allá de mi cuerpo, él era capaz de ver lo que ni siquiera yo muchas veces no podía ni intuir. Roberto creía en mí, personal y profesionalmente hablando. Desde que está en mi vida ha venido a ver todas y cada una de las representaciones de final de curso que he hecho, y he hecho decenas. Rup es una persona con criterio, con ojo clínico, con una inclinación natural hacia las cosas bien hechas. Él creía en mí y yo creía en él. Más allá de la amistad, la admiración

profesional era mutua, y esa sería la clave sobre la que cimentaríamos la empresa que cambió nuestras vidas.

—Vamos a hacerlo.

—Juntos.

—Siempre.

Como dirían Abraham Mateo y la gran Ana Mena, «Quiero decirte que lo siento, que te echo de menos»

En cuanto colgué, me levanté de la cama, arranqué la sábana del colchón, me la puse a modo de capa y me salí con ella al balcón de casa.

Me senté durante un buen rato, quería ver amanecer, pero no quería hacerlo sola. Deseaba hacerlo con él, con Leo. Deseaba acurrarme en su pecho, que me abrazara por detrás, que me tocara el pelito mientras veíamos salir el sol. Maldito fuera, de verdad os lo digo.

Cada vez estos ataques irrefrenables de nostalgia eran menos, duraban menos, pero cuando atacaban lo hacían con mucha fuerza, y yo odiaba gestionarlos.

Además, casualidades de la vida, siempre aparecían cuando estaba muy triste o cuando estaba muy feliz.

Lo odiaba porque no tenía nada claro, estaba genial lo de permitirme ser, lo de permitirme escucharme, lo de validar mis emociones y mis sentimientos, pero a la hora de la verdad yo odiaba con todas mis fuerzas echarlo de menos, querer contarle todo, necesitar llamarlo para explicarle cómo iba mi vida, cuántas veces había besado a mi yaya esa semana y a qué temperatura estaba el agua cuando podía permitirme pisar la playa.

Pasé de la tristeza al enfado, al enfado conmigo misma, al enfado con él. ¿Por qué se lo había cargado todo? ¿Por qué había roto con algo que era tan sencillo? ¿Por qué me partió el pecho por la mitad sin despeinarse?

Saqué mi portátil, abrí un documento de Word y me lancé a teclear, a vomitar, a sanar pensamientos con poesía.

Escribir desde el enfado, desde la ira, desde la rabia.

Que los dedos no bailen sobre las teclas, que las golpeen.

*Aprieta con fuerza, deja señal, estampa marca, siente la sangre hervir, nota las burbujas
abrirse paso hasta la superficie, abrasa la piel.*

Tan etérea, tan frágil, tan delicada.

Y de repente. Y de la nada.

Corre, huye, escapa.

No mires atrás.

Respira, relaja, escucha, entiende.

Qué quieres dejar, qué quieres olvidar, qué es lo que no quieres enfrentar.

Miedo, pánico, horror.

*Cuál es la verdad, qué hay debajo, de qué están hechas las brasas que han provocado el
fuego.*

Ego, ego, ego.

Yo, mí, me, sin ti.

Se apagará el incendio y recogeré las cenizas, plantaré un árbol con ellas y con su madera

*harán las hojas en las que no escribiré nuestra historia.
Se explota la esfera, se cierra el corazón, se protege el
Armagedón.
Qué rara se siente la ira en mis yemas, vibran.
Qué raro se siente el enfado en mi cerebro, aturde.
Qué rara la rabia dejando su sabor en mi garganta, amarga.
No pienso juzgarme, no pretendo acusarme, no anhele comprensión.
Ego, ego, ego.
Se reventó y me quedé pasmada mirando a la nada.
Nadie dijo que sería fácil, pero no lo esperaba tan difícil.
El balance entre permitirme y entenderte.
No quiero entenderte, esta noche solo puedo odiarte.*

Primera y última reunión que tuvimos

Cerré el portátil, me volví a la cama y me dormí, para mi absoluta y total sorpresa. Me dormí entre lágrimas, pero lágrimas de las dulces, aunque supieran a sal. Lágrimas de esperanza, lágrimas de esas que te susurran que confíes, que todo va a terminar, que te permitas llorar esa noche, pero que al día siguiente todo va a cambiar. Y cambia. Algo hace clic, algo encaja dentro de ti, te cala los huesos y ya nada vuelve a ser como antes (ni un solo libro sin referenciar a El Canto del Loco, pido perdón).

Leo se acabó, se acabó para siempre.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me preparé un desayuno de campeona, encendí mi ordenador, cogí mi auricular y empecé a currar con un ojo puesto en el trabajo y otro puesto en el proyecto. Había quedado con Rup al terminar para ponernos manos a la obra.

Le preparé un documento en el que había mujeres que para mí eran referentes. Que tenían cuerpos parecidos al mío, sueños parecidos al mío, inquietudes parecidas a las mías. Unas habían triunfado en el amor, otras en el curro y otras en amar cada rincón de su vida. Lo único que tenían en común todas ellas era que eran reales. Todas y cada una. Te hablaban con naturalidad, sin filtros, sin miedo a reconocerse imperfectas. Mujeres potentes, seguras de sí mismas, con un discurso claro, conciso y coherente. Ellas empezaron la revolución del amor propio y yo las seguí hasta la última batalla. Elena, Rebeca, Beatriz, Mara, Paula. Nombres de mujeres que cambiaron mi vida para siempre y que ahora Roberto tendría que estudiar a pies juntillas para poder escribir lo que se traía entre manos.

Estaba emocionada, estaba enchufadísima, estaba radiante. No sé qué cambió en mí, probablemente hacer un proyecto que me tenía tan motivada, saliera bien o no, llevaba años sin sentir la llama de la pasión por mi trabajo ardiendo tan fuerte dentro.

—Mira, te he preparado este Excel.

—¿Desde cuándo tú sabes usar Excel?

—Desde que he necesitado enviarte un documento organizado para que no llores porque no entiendes mi orden.

—Desorden.

—MI orden.

—¿Has aprendido a usar Excel por mí?

—Para que luego digas que no te quiero. Mira, tienes los nombres de las chicas a las que sigo, sus cuentas de redes sociales, su número de seguidores, los artículos de cada una que más me gustan y el vídeo que creo que mejor las representa.

—¿Alguna más favorita que otra?

—Las quiero a todas por igual.

—Pero ¿son todas iguales?

—Para nada, una tiene supermala leche y me flipa cómo marca los límites, otra es supergraciosa y superirónica, la otra viste que flipas, la otra tiene un novio que son literal la

relación a la que aspiro...

- Hablando de relaciones, ¿has vuelto a hablar con Leo?
- Hay una superinteresante, que habla de cómo hacer deporte, la tía practica de todo.
- ¿Vas a ignorar la pregunta?
- ¿Vas a observar el Excel que te he preparado con tantísimo amor?
- Tú misma, Karma María, tú misma.
- No toda mi vida tiene que girar en torno a él, Roberto.
- Yo no he dicho algo ni remotamente parecido.
- Lo llevo bien.
- ¿Y por eso no vuelves a Madrid?
- ¿Qué? ¿Qué tiene que ver que no vuelva a Madrid con él?
- ¿Tú te crees que yo soy tonto?
- ¿Y tú te crees que yo soy tan niñata?
- ¿Por qué no vuelves entonces?
- Otra vez con la misma cantinela... Porque no tengo nada que hacer allí, solo gastar dinero.
- Si escribo la obra, la lees y te gusta, ¿vuelves?
- Sin duda.
- ¿Prometido?
- Jurado.
- Dame dos meses.

La terapia salva vidas

Había muchas razones por las que no quería volver a Madrid, o al menos no todavía. La vida en el pueblo, en casa de mis padres, me estaba restaurando entera, cosa que no era consciente de que necesitaba tanto.

Llevaba cinco meses viviendo en Burjassot. Cinco meses de comer a mesa puesta cada día cosas superricas, cinco meses de tener tiempo para ir al gimnasio, cinco meses para ir a tomar café con mis amigas porque vivimos a cinco minutos, y es que la calidad de vida en un pueblo si la comparas con Madrid es abrumadora.

Que yo amo Madrid y jamás renunciaría a ella, siempre vuelvo a releer el texto que escribí el día que cumplía diez años en esa ciudad.

Madrid.

Qué bonito nombre tienes, muchacha.

Siempre he pensado en ti como mujer, no sé muy bien por qué.

Sonabas tan lejana, tan de futuro, tan de sueños.

Te me hiciste realidad.

Madrid me brindó la maravillosa oportunidad de enamorarme, me ha quitado el hambre y el sueño, me ha visto correr y caer, me ha sentido viva, me ha dado la vida.

Madrid me ha regalado a tantas personas que no tengo corazón donde meterlas, me he reído tanto por sus bares, he bailado tanto en sus barrios, he sonreído tanto bajo sus luces que creo que no la merezco.

Madrid me ha visto crecer, me ha hecho crecer, me ha dejado crecer. Como mujer, como actriz, como persona.

Madrid me ha dado mi primer trabajo, mi mejor amigo, mi primer hogar fuera de casa, mi primera casa fuera del hogar.

Esta ciudad me ha dado tanto que creo que mi alma jamás abandonará sus calles.

Perdonadme si hoy maúllo, me quiero sentir un poco gata.

Madrid significaba todo eso para mí, pero también era la ciudad que me había visto apagarme entre tantas pantallas luminosas, la que me había visto perderme y no supo cómo ayudarme a encontrarme, la que me había abrumado en medio de tanta gente.

La rutina me había comido por dentro por intentar sobrevivir en la selva de edificios altos, por eso estaba tan agradecida de tener una buena dosis de *slow life*, de no tener prisa, de no correr, de hablar durante horas, de tener a mi abuela debajo, a mis tíos arriba, a mi hermano a dos calles y a mis padres en la habitación de al lado.

En el pueblo había vuelto a terapia, había vuelto a leer, había vuelto a ir a la playa y había conseguido desenmarañar el cúmulo de sentimientos encontrados entre la arena y la sal.

Ahora, con el tiempo y la distancia, se veía tan claro que tenía tantas cosas mal, que había

tantos pedazos de mí inconexos, que estaba viviendo con el piloto automático puesto...

Pero bueno, esos días grises se alejaban a marchas forzadas, la luz empezaba a crecer dentro de mí y cada día me veía más feliz y segura de mí misma.

En terapia aprendí teorías que me cambiaron la vida para siempre, teorías que bautizaba a mi manera para entenderlas aún más fácil. Aprendí «la teoría de las parcelitas», «la de la mejor amiga», «la de la ensaladilla rusa»... Enseñanzas de vida que siempre irán conmigo y que realmente me hacían sentir más adulta, más yo, más consciente.

La que más me transformó sin duda fue «la teoría de la ensaladilla rusa». Un día estaba en terapia hablando tranquilamente con Lidia, era un día bastante sin más, no tenía pinta de ir a ser sesión intensa y me encontraba bien relajada contándole cómo era mi día a día cuando estaba en Madrid.

—Pues a ver, a lo mejor un sábado cualquiera yo me despierto sobre las nueve. Me hago un desayuno rico, voy al gimnasio, pongo alguna lavadora, la tiendo, recojo la casa, bajo a comprar si necesito algo, me hago la comida, como, me ducho y salgo disparada al trabajo, me paso allí ocho horas pegada a un auricular mientras oigo a gente quejarse, vuelvo a casa muerta del asco, tengo una hora de transporte público, intento jugar a algún juego para no pensar en el asco que le tengo a mi vida últimamente, llego a casa y quiero echarme en el sofá a ver una serie y tener el encefalograma plano.

—¿Y lo haces?

—¿El qué?

—Ver la serie con el encefalograma plano.

—No, qué va. Si llego a las tantas y no quiero molestar. Por ejemplo, el último finde que estuve en Madrid al día siguiente era el cumpleaños de mi amigo Alejandro, el de la universidad, así que cuando llegué a casa me puse a hacer ensaladilla rusa para todos los que íbamos a ir.

—¿Después de todo el día trabajando te pusiste a hacer ensaladilla rusa para cuántas personas?

—Veintidós.

—¿Y te apetecía eso más que ver una serie?

—No, para nada, pero normalmente ya estaba Roberto en el salón viendo algo y no quería interrumpir. Así que yo qué sé, algo tenía que hacer.

—¿Y por qué una ensaladilla rusa, que lleva tanto trabajo?

—Pues porque me sale riquísima y así me gano a la gente.

—¿No te la ganarías igual con una bolsa de patatas fritas y una botella de tinto de verano, por ejemplo?

—Eh..., no.

—¿Por qué no?

—Porque quedaría muy cutre, a la gente le encanta mi ensaladilla rusa.

—¿No crees que les encantarías tú de igual manera sin ensaladilla?

—Pues no lo sé.

—¿Para qué haces ensaladilla, Laura?

—¿Para que me quieran?

Y bum. Me explotó el cerebro. Me explotó muy fuerte. «Hago ensaladillas rusas para que me quieran.» Mi cabeza empezó a atar cabos y me vi a mí misma haciendo «ensaladillas rusas» en un montón de ocasiones, yendo a sitios que no me apetecía, no diciendo que no cuando no quería hacer algo, obviando conversaciones incómodas con alguien solo por no molestar y así ganarme su cariño...

Era la puñetera ensaladillera mayor, me había pasado toda mi vida haciendo ensaladillas para los demás buscando que así me quisieran. Siendo yo una tía tan chula como me consideraba, buscaba siempre la doble aprobación, creía que no era suficiente con ser, quería compensar mi existencia en todas partes.

Y definitivamente eso era lo que había hecho con Leo durante toda nuestra corta y fugaz relación, ensaladillas rusas cada día que compartimos juntos y, claro, ¿cómo no acabar con un empacho?

Como el ave fénix, resurgiendo de las cenizas

Después de aquella revelación vinieron días agrídulces. Empecé a detectar cada día las cosas que hacía para tener a la gente contenta, cosas que no me gustaban. No empecé a tomar decisiones activas, pero sí a ser consciente.

Un gran trabajo muy difícil de hacer. «¿Por qué estoy haciendo esto?» «¿Realmente esto me apetece?» «¿De dónde sale esta necesidad?» Y bueno..., empezó la caída del Imperio romano. Todo lo que era, todo lo que había sido hasta ese instante dejó de tener sentido. Tuve que empezar a destruir comportamientos que llevaba repitiendo desde que tenía uso de razón y empoderarme en cambiarlos a la fuerza.

Recuerdo varias veces con mi familia, que me pedían cosas que yo no quería hacer y temblaba de miedo ante la perspectiva de decir «No, eso no lo quiero hacer», y creía que se iba a montar la tercera guerra mundial, que no me iban a entender, que me iban a juzgar y que iba a ser un pollo detrás de otro. Recuerdo perfectamente la primera vez que puse en práctica el dejar de hacer ensaladillas, Lidia me dijo que fuera con algo sencillo, algo que no tuviera casi importancia y poco a poco iríamos complicando más las cosas. Un día mi madre me dijo que la acompañara a casa de mi tío, que tenía que llevar la compra y yo quería quedarme en casa leyendo porque estaba *full* enganchada a un libro de cuatro maricones que se conocen en Chueca (*Un cóctel en Chueca*, de Josu Diamond, de nada).

—Laura, mueve, que tenemos que ir a casa del tío.

—Eh..., no, mamá, no quiero.

—¿Y eso?

—Me apetece quedarme aquí leyendo.

—Ah, vale, pues nada, te veo cuando vuelva.

Y ya. Ese fue todo el drama. Yo pensaba que me iba a gritar hecha una loca: «¡Es que nunca me acompañas a ningún sitio, llevas leyendo más de una hora, levanta el culo y muévete!». Pero no, solo me dijo: «Ah, vale, pues nada, te veo cuando vuelva». Yo me sentí tan empoderada, os juro que la adrenalina me corría por las venas.

Sé que muchas estaréis pensando que menuda gilipollez, que parezco idiota. Bueno, pues sí, para algunas lo será, pero para mí era tan importante...

Y ese día, en el sofá de mi casa, empezó la revolución.

Roberto es el Daddy Yankee de la dramaturgia

Después de MESES poniendo esto en práctica, hablándome a mí misma como si fuera mi mejor amiga y me quisiera muchísimo, entendiendo que cada persona tiene su parcelita y que tú le puedes decir al vecino cómo tienes la tuya, pero jamás te puedes meter en la suya a ponerla a tu gusto y jamás puedes permitir que nadie entre en la tuya a regar tus plantas, pues empecé a construirme una autoestima férrea. A recuperar el trabajo que había tirado por la borda sin darme cuenta.

Los astros se alinearon y la propuesta de Roberto llegó justo en el momento en que estaba preparada, estaba lista para dar el salto al vacío y confiar en mí. No fue algo de la noche a la mañana, fueron muchos días y mucho esfuerzo en conocerme, en pararme a pensar cómo mierdas quería tener yo mi parcela, cómo no meterme a pisar el césped de mi hermano y cómo decirme todo eso con amor y respeto, sin odio y sin juicio.

Y lo conseguí, no todos los días son igual de buenos, pero definitivamente estoy contenta con la persona que soy. Me caigo mejor que nunca y me he dado cuenta de que soy quien quiero ser, ahora solo me tocaba pasarme el monstruo final, volver a mi capital a ponerme a prueba.

Todo fue fácil, cuando leí aquel correo electrónico que tenía por asunto «*Los pesares*. Primer borrador». Mi corazón empezó a cantar por bulerías y a salirse de mi pecho, aún no la había leído y ya sabía que sería perfecta. No me equivoqué.

Roberto había hecho un trabajo espléndido, se había metido realmente en la piel de las mujeres que me inspiraban y se había parado a entenderlas de verdad. Había escrito una obra que hablaba de los miedos más profundos que podemos tener las mujeres nacidas en los noventa, con una ironía, un humor y un ritmo que eran apabullantes.

La tuve que leer dos veces antes de llamarlo a gritos porque no me podía creer que fuera tan absolutamente perfecta.

—Roberto...

—¿Te ha gustado? Dime que sí, por favor, yo creo que estoy medio contento.

—¿Medio contento? Roberto, has escrito una puta obra maestra.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Tú has leído esto?

—Hombre, alguna vez que otra la he leído, ¿ha quedado algún cabo suelto?

—Roberto, es redonda. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. Pensé en que quería contar la historia de distintas mujeres, que todas vivieran situaciones que son una mierda, pero sin caer en el paternalismo o la autocompasión. Fui escribiendo escenas sueltas y luego encajaron todas.

—Dios mío. Interpretar esto es un regalo caído del cielo, Rup. Es que aún no me creo que este guion sea real.

—Qué exagerada eres, Karma, de verdad.

—Roberto, no te estoy exagerando. Si yo voy a un teatro y veo esto, te juro que me pongo de

pie a aplaudir mientras lloro como una Magdalena durante diez minutos enteros.

—Nos falta la otra actriz.

—¿Son solo dos? Pero ¿cuántos personajes hay en total? Más de diez, ¿no?

—Efectivamente... Tiene que ser alguien que esté a la altura. No va a ser fácil.

—Va a ser difícil de narices, qué ganas de ponernos a ello. Dios mío, esta misma noche empiezo a estudiar.

—¿Se te ocurre alguna actriz que pueda hacer esto?

—A ver, hay una chica de las que te pasé que es actriz, hemos hablado un montón de veces por privado de lo difícil que es intentar sobrevivir de esto... Nunca la he visto actuar, pero solo de ver cómo habla y cómo comunica, tiene que ser buena por ovarios.

—¿Maggie?

—¡Esa! ¿Cómo lo has sabido?

—*Amore...*

—Ya, perdón. Eres un cazatalentos de siempre.

—Pues escúchame, pásale la obra por mail, dile que le eche un ojo y si le mola que nos mande un *selftape*, yo le digo de qué monólogos.

—No me lo puedo creer, Roberto, ¿esto está siendo real?

—Nena, vamos a por todas.

Hace tanto que sueño su boca

Subo como cada mañana al autobús para ir al centro, es el que para en la esquina de mi casa, el que me deja en la plaza de Jacinto Benavente.

Paso el abono transporte, saludo al conductor, voy al fondo, está casi vacío. Cojo el último asiento, el que está pegado a la ventana, y me acomodo con una pierna subida al marco de la ventana.

El autobús se detiene en la siguiente parada y sube él. Sí, él. Leo. Me mira y lo miro. Me pongo nerviosa. Me pongo MUY nerviosa. Avanza hacia mí, mi garganta se seca, no me acuerdo de cómo se respira. No me quita los ojos de encima, me penetra con su mirada, serio, demandante, como un animal en celo.

Lleva unos pantalones vaqueros, un jersey negro de cuello vuelto y una chupa de cuero. Llega hasta mí, se sienta a mi lado y no deja de mirarme.

—Mira hacia adelante.

—¿Qué?

—Que mires hacia adelante, Karma, no te lo diré dos veces.

Lo hago, obedezco, no se me ocurriría no hacerlo. Se acerca a mi oído y, susurrando, me dice:

—He echado de menos tu coño cada día desde que te conocí. Ahora mismo voy a meter mi mano dentro de tus bragas y te voy a masturbar hasta que te corras, pero no quiero que muevas ni un solo músculo, no quiero que nadie se entere de que eres una puta cerda y que te encanta que te toquen en espacios públicos.

Tragué saliva. ¿Qué otra cosa podía hacer, si no? Tenía el chocho empapado solo de oírlo, los pezones como el timbre de un castillo y las piernas temblando.

De repente noté cómo su mano se acercaba a mis labios, cómo me acariciaba la boca, cómo sus yemas la recorrían de una comisura a la otra.

—Abre.

Lo hice, en cuestión de milésimas de segundo, abrí mi boca y noté cómo paseaba sus dedos por mi lengua, empapándolos con mi saliva. Yo no podía dejar de mirar la espalda de las dos personas que estaban sentadas delante de nosotros. ¿Y si se giraban? ¿Y si entraba alguien al autobús y nos veía de frente? ¿Y si los coches o los peatones que estaban fuera se fijaban?

El coño como las cataratas de Iguazú, amigas.

Cuando decidió que ya tenía la mano lo bastante lubricada, la bajó hasta mi pubis, por debajo de la falda vaquera corta que me puse una vez cuando me disfracé de Bratz, la cual no sabía que llevaba puesta. Apartó la goma de mis bragas con destreza y de golpe y porrazo sentí sus dedos abrirse paso entre mis pliegues.

Separó los labios de mi coño y mezcló mi saliva con mi flujo, recorrió toda la superficie empapada, desde el clítoris hasta mi entrada.

Yo creía que me podía morir ahí mismo, sentada en ese autobús a media mañana.

—Qué mojada estás, cómo me pone que seas así de cerda.

—Esto solo me pasa contigo.

—Entonces me gusta todavía más.

Antes de que terminara de susurrarme esa frase introdujo dos dedos dentro de mí, yo pegué un respingo de placer en el asiento y reprimí con todas mis fuerzas un gemido que nacía del fondo de mi garganta.

No me podían oír, no me podían ver, nadie podía saber.

Me metió los dedos como solo él sabía hacerlo, en forma de gancho, dando en el punto justo, en el lugar que solo él conocía. Insistente, demandante.

Empecé a notar cómo un líquido caliente salía de mí, cómo el asiento del autobús se empapaba con mis fluidos, cómo mis piernas también lo hacían.

Cuando estaba a punto de correrme, sacó los dedos de dentro y los llevó a mi clítoris. Empezó a trazar círculos rápidos en él, con la presión justa, exacta.

Yo comencé a cerrar las piernas, a tensarlas, me iba a correr en cualquier momento.

Me acerqué a su cuello para susurrarle:

—Me corro, Leo, me corro ya.

—Córrete para mí, córrete y que todo el mundo te oiga.

No pude controlarme y un gemido fortísimo salió de mí.

Tan fuerte que me despertó su eco, me desperté en mitad de un orgasmo. Ese hombre acababa de conseguir que me corriera hasta en sueños.

Dadle la bienvenida a Maggie, ha llegado para quedarse

La admiraba. La admiraba con todo mi ser. Qué mujer, qué fuerza, qué presencia, qué manera de comunicar.

Nos llevábamos siguiendo mutuamente en redes sociales desde hacía años, apenas teníamos seguidores ninguna de las dos. Ella había empezado a despuntar, pero no era nada comparado con todo lo que yo sabía que llegaría a alcanzar.

Nos habíamos escrito varias veces la una a la otra, siempre para darnos ánimos cuando la otra subía alguna historia diciendo que se daba por vencida, que dejaba el mundo de la interpretación, y es que ambas estábamos hartas de oír siempre la misma frase en bucle: «No entras en el perfil».

Y es que, ¿cómo entrar en el perfil de un personaje cuando ni siquiera entras en la ropa de las tiendas que hay a pie de calle?

Maggie era preciosa y estaba gorda, las dos cosas. Subía vídeos de humor y reivindicativos denunciando la situación de mierda que teníamos que vivir las personas gordas por el simple hecho de existir. Yo subía algún vídeo que otro de manera intermitente hablando de lo mismo, pero con mi curro a las espaldas no era algo que me tomara tan en serio como me gustaría.

Me podía pasar HORAS escuchando sus vídeos, a cada cosa que planteaba yo solo podía pensar en dos palabras: «Dilo, tata». ¿Lo más bonito de todo? Que la admiración era mutua, y eso que todavía no nos conocíamos en persona. Aun así, me lancé a enviarle un mensaje directo.

—Hola, amor, esto igual es un poco invasivo, pero bueno. Te escribo porque tengo un proyecto con un amigo, queremos lanzar una obra de teatro después de verano. La dramaturgia es un espectáculo, y estoy segura de que te va a encantar. ¿Te gustaría que te la pasara y le echas un ojo a ver qué te parece?

—Amoreeeee, claro que sí. Aquí te dejo mi mail, en cuanto pueda me la miro.

Tardó menos de veinticuatro horas en contestarme.

—Loca, menuda pasada de texto, estoy flipando. ¿Y esto lo queréis hacer en Madrid?

—Sí, claro, es la idea.

—Pues, nena, muchísima mierda, porque el talento ya lo tenéis. ¡Espero que me invites al estreno!

—¿Cómo? Tía, lo que queremos es que la interpretes tú. Bueno, conmigo, o sea, las dos.

—¿Qué dices? ¿Es en serio?

—O sea, te queremos hacer una prueba antes, para ver si nos encajas como actriz, porque como persona tenemos claro que sí.

—¿Queréis que vaya a Madrid y me preparo alguna escena? Me cojo un AVE enseguida.

—No, tía, no te preocupes. Con un *selftape*, estamos más que *readys*. Ahora te paso lo que Roberto quiere que te prepares.

—Dios mío, estoy atacada, me tiemblan las manos.

—Tronca, no te preocupes, que lo vas a hacer genial seguro. Te mando el guion de los

monólogos al mail, prepárate los dos que más te gusten, grábate con calma y de aquí a una semana nos los envías.

—No me lo creo, gracias por la oportunidad, prometo intentar estar a la altura.

—No dudo ni un poco de que lo estás.

A la noche siguiente ya teníamos su prueba en nuestra bandeja de entrada.

Y qué prueba, la madre que la parió. Nos esperábamos que fuera buena, pero no tanto.

Y nos fuimos pa' Madrid (el título más original del libro, perdón)

Fue todo tan sencillo que hoy en día sigo sin explicarme cómo nos lo montamos tan bien. Maggie era absolutamente espectacular (os confesaré que me hizo tener un poco síndrome de la impostora porque no sabía si iba a estar a la altura de su talento, pero como todo el mundo sabe, el síndrome de la impostora es un invento capitalista y patriarcal que hemos ideado para no asumir que somos las amas del cotarro).

Cuando decidimos que ella se sumaba al carro, era agosto, y el mismo día que decidimos que sí, que el equipo seríamos los tres, yo decidí que ese mismo día dejaba El Corte Inglés. Me llamó Natalia, rechacé el ascenso, cogí la excedencia y, estando sudada y en tetas, salí de mi habitación, fui a la cocina y me planté delante de mi madre.

—Mamá, en septiembre vuelvo a Madrid.

—Laura, de verdad, yo no sé de dónde has sacado lo de ir desnuda por toda la casa... ¿Tú ves a alguien en cueros por aquí?

—Hombre, mi hermano y mi padre no llevan camiseta en todo el verano.

—Pero ellos no tienen tetas.

—Bueno, espérate, que ahora me vas a censurar también. Mira, paso.

—Nudista desde que naciste, parece que la ropa te pique.

—No me gusta tapar mi cuerpo, es demasiado bonito *pa'* no enseñarlo.

—No, hija, otra cosa no sé si te faltará, pero de autoestima vas servida.

—¡Que me voy a Madrid!

—¡Que ya te he oído!

—¿Y no me dices nada?

—¿Qué te voy a decir? Tienes treinta años, haz lo que tengas que hacer.

—He dejado ya El Corte Inglés.

—¿Hasta cuándo tienes la tarjeta de empleada? Tenemos que mirar los regalos de Navidad antes de que lo dejes.

—Mamá, es agosto.

—Hija, no voy a volver a tener descuentos cada vez que quiera. Métete a la web y vamos a mirar si hay algo interesante.

Y con conversaciones que no fueron tan sencillas como esa me hice la maleta, metí el ordenador de la empresa en su caja, saqué los billetes y volví a enfrentarme a ella. A Madrid. Lo peor es que no vino sola, el recuerdo de Leo llegó de su mano, como siempre, Roberto, tenía razón.

Madrid era él

Hasta ese momento había estado a salvo, durante la cuarentena no había salido de casa y Valencia no estaba manchada de su presencia, pero la capital... Esa era otra historia completamente distinta.

El primer petardazo de nostalgia me dio nada más sentarme en el AVE. Esta vez sí, queridas, canciones dolorosas acompañando mi travesía, mirando por la ventana y no dejando de imaginarme una y otra vez en bucle distintos momentos en los que podría volver a encontrarme con él. En todas y cada una de ellas el corazón se me encogía y se estrujaba hasta reducirse a la mitad. *Cielo y tierra*, de Belén Aguilera, desgarrando fuerte mis entrañas.

¿Dramática, yo? *Nah*.

Luchaba en contra, os lo juro. Luchaba en contra de esos pensamientos, de esas emociones. Me repetía a mí misma en bucle que estaba subiendo a Madrid para cumplir mi sueño, para ser actriz, para montar un proyecto en el que pensaba poner todo lo que estuviera en mi mano.

Conocería a gente nueva, Maggie sería un chorro de luz, volver a vivir con Roberto era todo lo que necesitaba, iba a ir al maldito edificio de Suanzes esa misma tarde con el ordenador a cuestas y lo iba a entregar para no volver a verlo.

¿Se puede saber por qué tanto pensar en él? ¿Qué era yo?, ¿una maldita adolescente echando de menos a su primer novio?

No, maldita sea, no. Era una mujer empoderada de treinta que había aprendido a quererse, a valorarse y a honrarse. Después de todo lo vivido, él no era más que una burbuja en mi existencia, un pequeño oasis que fue tan chulo como efímero. Se fue para no volver, si casi ni lo conocía, por el amor de Yisus.

Ese era el problema, ¿sabéis? Que no lo conocía. Me había quedado con la idealización, con las partes bonitas, con lo que a mi cerebro le interesaba retener. Nos conocimos durante tres meses, tres meses de luna de miel, tres meses con las hormonas revolucionadas por el placer, y qué placer... Pero no. Estaba idealizando el recuerdo, me cago en todo.

«Leo, no fuiste tan importante.» Fue el mantra que escogí para repetir en bucle en mi cabeza mientras salía de la estación de Atocha.

Dejé de respirar durante dos segundos cuando lo vi a la salida de la estación, esperando tras la barra que separa a los que llegan de los que están. Agarré mi maleta con fuerza, tanta que creía que me iba a hacer sangre en los nudillos. Mi cerebro, en cuestión de dos segundos, se montó siete películas tan largas como *El Señor de los Anillos*. ¿Qué hacía allí?

Pues no ser él, evidentemente. ¿Mi cerebro pensaba confundirlo con cualquier hombre alto y moreno? Madrid iba a ir genial.

Ironía: modo *on*.

Empecemos a cumplir sueños, que ya es hora, ¿no?

Os voy a ahorrar toda la parte tediosa en la que vuelvo a poner mi vida en orden, cómo vuelvo a mi pisito y parece que el tiempo no ha pasado, cómo vuelvo a pisar mi habitación y tengo la sensación de que jamás me fui de allí, cómo estar con Roberto sana cada parte de mí, cómo Maggie revolucionó nuestra vida y la puso patas arriba, en el buen sentido.

No sabemos muy bien cómo, pero conseguimos que el Ayuntamiento de Madrid nos cediera un espacio en un centro cultural para poder ensayar. Fueron de los días más felices de mi vida.

Levantarme por la mañana, desubicada, sin llegar a entender muy bien en qué momento el auricular se había ido de mi vida, preparar el desayuno para tres (Maggie se mudó a nuestro sofá, ella era de Málaga y no se podía permitir un piso en Madrid), comer en silencio, vestirme con ropa cómoda, encaminarnos hacia la sala de ensayos, hablar de teatro, reflexionar sobre nuestros personajes, hacer lecturas de la dramaturgia, muchas lecturas. Desayunar teatro, comer teatro, cenar teatro.

Tres personas con la pasión saliendo de los poros. Tres personas que se tomaban su nuevo trabajo como si les fuera la vida en ello (realmente sentíamos que así era). Encarnar a mujeres con historias parecidas a las tuyas, entender a personajes que han pasado o están pasando por lo mismo que tú. Coger tus experiencias personales, ponerlas sobre las tablas y, con la vulnerabilidad por bandera, dejar que Roberto hiciera con ellas todo lo que quisiera.

Confianza. Esa era la palabra que reinaba aquellos días. Confiábamos ciegamente los unos en los otros. Maggie y yo empezamos a trabajar mucho la escucha, hicimos infinidad de ejercicios en los que, con los ojos cerrados, teníamos que hacer cosas a la vez, teníamos que encontrarnos sin oírnos, teníamos que transmitirle mensajes a la otra sin pronunciar ni una sola palabra.

Y lo conseguimos. Vamos que si lo conseguimos. Conseguimos dar forma a aquella idea loca, creíamos que sería muy difícil encontrar un teatro que comprara nuestra idea, pero en cuanto la programadora de los Teatros Luchana leyó el dossier que Rupert había preparado con tantísimo mimo, nos dijo que sí, que teníamos un hueco en la sala pequeña para noviembre.

Dos meses de ensayo. Menuda gozada. Puede que igual alguna de vosotras que me leéis no sepa mucho del mundo de la interpretación, pero eso era una absoluta locura. Las obras de teatro se montan en semanas, y más si únicamente hay dos actrices. Nosotros tuvimos la dicha de pasarnos más de dos meses ensayando casi cada día.

Estaba el talento, estaba la pasión, estaba la entrega. ¿Cómo no iba a salir bien?

Están presenciando cómo es una casa con dos animales

Y ahí estaba, en la última semana de ensayos, con el estreno pisándome los talones y la presión de no estar a la altura con algún personaje. Interpretaba seis. Interpretaba a seis mujeres distintas, que sentían distinto y que vivían situaciones distintas.

Casi todas salieron prácticamente solas. Yo proponía algo, Roberto me corregía, poníamos cosas en común, escuchábamos siempre la opinión de Maggie. A base de repetir y probar dimos con la tecla de todos y cada uno de los personajes, menos de uno.

Había un personaje que se me estaba haciendo bola y ya no sabía qué más probar, notaba a Rup desesperado y yo estaba más que hastiada.

Era una chica que se llamaba Lorena, que estaba de fiesta, que quería follarle a un hombre en los baños de la discoteca y que estaba borracha de deseo sexual.

No me salía, no había forma, la parte de la fiesta y de bailar tecno, genial, ¿la parte de mostrarme sexual con ganas de empotrarme al maromo imaginario como si me fuera la vida en ello? Un puto cuadro.

—Vale, Karma, vamos a probar una última cosa. Ponte aquí, en el centro del escenario, te voy a tapar los ojos, ¿vale?

—Roberto, de verdad, que esto no me sale, ¿no ves que no sirve de nada?

—¿Quieres confiar, por favor?

—Si yo confío, pero es que no va a salir.

—O cambias la actitud o te tiro escenario abajo.

—Vale, que sí, venga, va a salir.

—Túmbate y respira.

—¿Y ya?

—Y ya.

Me senté en el suelo frío del escenario, me concentré fuerte y empecé a hacer respiraciones profundas, intentando dejar la mente en blanco, intentando dejar de juzgarme.

De repente comenzó a sonar *Velvet Light*, de Jakob. Permití que la música empezara a fundirse con mi cuerpo y me dejé llevar por ella.

—Karma, ¿alguna vez te has puesto cachonda perdida con una persona? ¿Alguna vez has tenido a alguien cerca de ti y tu cuerpo se ha movido solo? Quiero que empieces a pensar en esa persona, quiero que te imagines que está aquí, en esta habitación contigo, mientras suena esta canción. Quiero que te muevas con la música.

Comencé a hacerlo, comencé a imaginar que Leo estaba conmigo, que sus manos empezaban a tocarme, que su cuerpo estaba cerca. De repente comencé a olerlo, no me preguntéis cómo, pero sentí que su olor se colaba por mi nariz y todos los pelos de mi cuerpo se pusieron de punta.

—Así es, justo eso quiero. Quiero que lo sientas, quiero que creas que está cerca, que lo tienes al lado, que tus manos son las suyas, tócate como si fuera él quien te está tocando.

Mis manos comenzaron a deslizarse por mi cuello, por mis tetas, por mis brazos, por mi

vientre; empecé a tener la respiración entrecortada, mi clítoris comenzó a sentir calambrazos y, sin saber muy bien cuándo ni cómo, estaba de rodillas bailando sensualmente.

—Quítate la venda y no pierdas nada de lo que tienes, quiero que mantengas esta energía.

Le hice caso y de repente sentí cómo mi cuerpo se había modificado, cómo ya no era Karma quien se movía, era Lorena, y Lorena necesitaba follar aquí y ahora.

—Lorena, si tuvieras que ser un animal, ¿qué animal serías?

—Una pantera.

—Si fueras una fruta, ¿qué fruta serías?

—Una sandía.

—¿Por qué?

—Porque quiero chorrear, quiero sentir cómo el líquido baja de mi boca hasta mis tetas.

—Desde ahí, lanza texto.

—Quiero ponerme encima de ti y quiero cabalgarte, quiero restregarte mi coñito, quiero que veas cómo mis tetas y molas rebotan cada vez que me empales. Quiero que te corras en mi cara, en mi culo, en mis tetas. ¿Te atreverías? Tengo el coño empapado por ti, voy a ir al baño a hacerme una foto, ¿me acompañas?

Me quedé inmóvil, con la presencia intacta, mirando al no público a los ojos, con la respiración hecha un cristo. De repente Maggie y Roberto empezaron a aplaudir.

—Tía, qué fuerte, qué cambio. ¡Lo tienes, lo tienes! ¡Es eso! Bueno, que lo diga el director, pero, wow, estoy flipando lo más grande.

—Qué buena eres, hija de perra, eso es justo lo que quiero.

—¿En serio? ¿Os ha gustado?

—De ahí, para arriba.

Y en ese mismo instante me abracé a mí misma por dentro. Había conseguido matar a un fantasma que siempre había tenido dentro, conseguí ser una mujer sexy y empoderada. Todo gracias a su recuerdo.

Sería ideal y maravilloso no necesitar a nadie para poder sentirnos así, pero cuando la ayuda aparece gratis, bienvenida sea. Fui capaz de ser una diosa en la habitación de Leo, soy capaz de ser una diosa encima de un escenario.

Estaba lista, después de ese subidón, sentí que definitivamente, sí: estaba *ready* para estrenar mi primera obra de teatro como actriz profesional.

El estreno, el pánico y los nervios por bandera

El día del estreno estábamos todos muy, pero que muy sensibles. Había llegado el día y las dudas asaltaron fuerte por todos los costados. Sabíamos que debía ser un momento de máxima alegría, esa misma noche lanzaríamos al mundo EL proyecto, sin embargo, solo había nervios miraras a donde miraras.

—¿No queda café?

—Sí, claro, lo tienes justo ahí. Roberto, ¿seguro que quieres tomar café?

—Sin mi americano, no soy nadie.

—Rup, estás temblando.

—Pero eso es de los nervios.

—Claro, el mejor remedio para ellos definitivamente es la cafeína, ¿quieres que te haga un matcha?

—¿Quieres que desayune césped?

—Eh, eh, eh. Te relajas, que lo hago por ti.

—Pues no hace falta que hagas nada por mí, amor. Estoy de puta madre.

—Se te nota, puto borde.

—Karma, son las ocho de la mañana y no me he tomado ni el café, ¿se puede saber por qué me estás hablando?

—Mira, paso.

—Eso, pasa, guapa.

—Niñato.

—Idiota.

Me fui al salón, donde estaba Maggie aún tirada, con la manta puesta e intentando luchar contra sus párpados, que insistían en no terminar de abrirse.

—Madre mía, menudo humor de buena mañana, ¿no?

—No le hagas caso, cuando se pone nervioso es así de agradable.

—No seré yo quien lo culpe.

—¿Tú no estás nerviosa?

—Estoy disociada perdida, la verdad.

—Ah, genial. Pues menudo panorama.

—Nos va a salir bien, ¿no?

—Pues claro que sí. Tenemos la obra superdominada, no te me vayas a rayar ahora.

—¿Tú no estás rayada?

—Yo estoy que me tiro por la ventana en cualquier momento, no sé por qué decidí hacer esto, con lo tranquilita que estaba yo en mi Corte Inglés.

—Pero si lo odiabas.

—Ya, pero odio más esta sensación que me ahoga el pecho. Tía, no he dormido una mierda en toda la noche. He repasado el texto doscientas veces y había trozos que no tenía ni idea de por

dónde seguía.

—Amor, es normal, son los nervios. ¿Quieres que lo repasemos?

—Venga, sí.

—Ni de coña os vais a poner la mañana del estreno a repasar el texto, ya os lo voy contando. Pili y Mili, cada una a inventarse un ritual, a comprarse libros, a pedirse un café de esos que llevan de todo menos café, a pasear por el centro o a la puta peluquería, me la suda. La obra la tenéis segura de sobra. El texto os lo sabéis, los personajes están y la habéis pasado completa más de veinte veces sin prácticamente fallos. Así que ya podéis mover vuestros culos y piraros de aquí. No os quiero en casa. A ninguna de las dos. No quiero gordas en este piso.

—Gordófobo de mierda.

—Homófoba asquerosa.

—Karma, tiene razón... Venga, vámonos de aquí, hay una cafetería aquí al lado a la que nunca he ido y tiene superbuen pinta.

—No será la de la fachada verde, ¿no?

—Sí, ¡esa! ¿Cómo lo sabes?

—Estupendo, guapa, mira qué suerte, a afrontar los traumas de buena mañana.

De camino a la cafetería le conté a Maggie que era mi cafetería favorita, pero que ahí fue donde lo dejé definitivamente con Leo, que desde ese momento no la había vuelto a pisar. Roberto me había dicho varias veces de ir, pero siempre había conseguido sacarme una excusa de la manga, él jamás me creía, pero fingía que sí porque sabía que no quería hablar del tema y, a su manera, lo respetaba.

—Amor, escucha, que podemos ir a cualquier otra.

—No, no. Da igual, no me voy a pasar toda la vida sin pisarla, Roberto tiene razón. Con que no nos sentemos a la mesa de la esquina, todo bien.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

—Si te agobias o lo que sea, salimos, pedimos para llevar o vamos a otra.

—Vale... Tía, gracias.

—¿Gracias por?

—Por decirme que si quiero nos podemos ir.

—Pero, tronca, ¿tú eres tonta? Suficiente que por lo menos has tenido la intención de entrar. Venga, vamos a matar fantasmas.

—Esto para el día del estreno es justo lo que necesitaba.

—Bueno, mira el lado bueno, vas a estar tan pendiente de gestionar recuerdos que no vas a pensar en el texto durante un rato.

—Ya, bueno, eso sí.

—Oye..., pregunta un poco incómoda: ¿quieres volver con él o algo?

—¿Por qué dices eso?

—Ah, no, no sé. Es que como te duele tanto ir allí y eso, he asumido que era porque lo echabas de menos.

—No, no. Está fuera de mi vida, o sea, no hablamos desde hace meses. Me escribió para intentar arreglarlo, pero yo no quise quedar.

—¿Y por qué no?

—Porque necesitaba encontrarme antes.

—¿Y te has encontrado?

—Creo que sí.

—¿Entonces?

—Entonces nada.

Bienvenidas al momento más importante de mi vida hasta la fecha

En El Verde me fue infinitamente mejor de lo que esperaba, sentí un apretujón en el *cora* nada más entrar, pero en cuanto pedimos y sentí la paz que da ese sitio, me relajé.

Evidentemente, ignoramos las directrices de nuestro director y pasamos el texto de la obra entero, se nos fueron un par de frases a cada una, pero fuimos conscientes de que fue por falta de concentración, la obra estaba más que lista.

Nos dimos un paseo por Madrid Río y acabamos entrando a una peluquería que era experta en rizos, ya que era el día grande, qué menos que tener los tirabuzones a punto. Nos dejaron estupendas, la verdad que sí.

Después de eso nos fuimos a comer a casa, nos hicimos ensalada de pasta y nos la comimos mientras veíamos *Aquí no hay quien viva*. Roberto y yo la hemos revisado doscientas veces, pero Maggie nos dijo que nunca la había visto entera, que solo capítulos sueltos cuando era pequeña y, como comprenderéis, no podíamos permitir que eso siguiera así.

Nos acostamos a «dormir» la siesta (después de darnos cuenta de que cada día éramos conscientes de ser más Belén López Vázquez que Lucía, la pija), también conocida como volver a repasar el texto por vez número veinticinco en el día. Nos dimos una ducha de cuerpo y llegamos al teatro tres horas antes de que abrieran las puertas al público.

Me puse contenta porque nada más llegar vi en la taquilla a David, uno de los técnicos del teatro que me parecía absolutamente monísimo y que siempre me sonreía con ojos rasgados.

Cuando entramos en el camerino teníamos tres ramos de flores puestos sobre la mesa y una botella de sidra. Los Teatros Luchana nos deseaban mucha mierda en nuestro estreno, y creo que en ese momento fuimos conscientes de la que se nos venía encima.

Empezamos a maquillarnos, a vestirnos, a calentar la voz, el cuerpo, a concentrarnos, a bailar *Business Woman*, de la Nathy Peluso, como si fuéramos su cuerpo de baile y, cuando estuvimos listas, nos dimos la mano, cerramos los ojos y escuchamos a Roberto.

—Ha llegado el día, chicas. Llevamos trabajando en esto muchos meses, hemos currado como las que más, hemos sacrificado todas nuestras vidas y las hemos puesto al servicio de lo que va a pasar durante la próxima hora y media. Ha sido un absoluto y completo placer dirigiros, jugar con vuestra vulnerabilidad y ayudaros a buscar el camino que vosotras ya sabíais que teníais que recorrer. Sois valiosas, entregadas, sois profesionales. Con vuestro talento y vuestro trabajo, habéis conseguido llegar hasta aquí, ahora solamente queda que el resto del mundo lo pueda ver tan claro como lo veo yo.

—Yo... yo os quería dar las gracias, por elegirme a mí de entre todas las actrices que podríais haber fichado, por darme la que siento que será la oportunidad de mi vida, por traerme de mi Málaga a la capital cuando ya me había dado por vencida en el mundo de la interpretación. Sois un equipo increíble, me habéis enseñado muchísimo dentro y fuera de las tablas, siento que os debo la vida... Bueno, la vida tampoco, que me pongo intensa y se me va la pelota. Pero, no sé, que os quiero mucho y que espero que no salgáis de mi rutina jamás. Y que dentro de nada os

dejo el sofá libre y me busco un piso, os lo prometo.

—Qué tonta eres... A mí sí que me habéis salvado la vida, estaba en un momento lleno de oscuridad y me habéis hecho volver a reconectar con la luz, con mi persona, con mi talento, con mi pasión. Desde que empezamos el proceso de ensayos he sido feliz, de verdad, con todas las letras. Me habéis devuelto mi sueño y ahora estamos a punto de hacerlo realidad. Gracias a los dos por ser los mejores compañeros que jamás podría haber imaginado, gracias por dejarme ser parte de vuestro talento, gracias por dejarme jugar y disfrutar.

—¿A quién le queréis dedicar esta función, chicas?

—A todas las mujeres que como nosotras se han sentido perdidas, no han encajado en ningún perfil, han sentido que su vida es un fracaso y no han tenido tiempo de pararse a mirar de verdad dentro de ellas y descubrir lo maravillosas que son.

—A nosotras, por haberlo intentado hasta que lo hemos conseguido. Nos lo merecemos.

—Ahora quiero que respiremos tres veces profundamente. Pies bien anclados al suelo, piernas separadas a la altura de las caderas, rodillas libres, espalda recta, pecho abierto, mandíbula distendida y siendo conscientes de que tenemos un hilo que sale de nuestra coronilla y nos hace crecer. Así, muy bien. Inspiramos, expiramos. Inspiramos, expiramos. Inspiramos, expiramos.

El momento de profunda paz y concentración lo rompió una locución:

«Bienvenidas y bienvenidos a los Teatros Luchana. La función va a comenzar. Les rogamos encarecidamente que apaguen sus teléfonos móviles, y les recordamos que no está permitido realizar fotografías ni grabaciones de vídeo. Disfruten del espectáculo».

¿Alguna cardióloga en la sala?

El corazón se me iba a salir del pecho en cualquier momento, sentí cómo real se me subía a la garganta y tenía ganas de potarlo, una angustia, un nudo, un agobio... Doscientos pensamientos se pasaron en bucle por mi cabeza y, literalmente ninguno de ellos era agradable.

«¿Tú por qué te metes en esto? ¿Te crees que vales o algo? Si no tienes ni idea de lo que tienes que decir. Mierda, ¿cuál era la primera frase? ¿Cómo empezaba el texto? Con lo bien que estabas en El Corte Inglés. ¿Y si salgo corriendo? Total, es el primer día, aún no se sabe ni de qué va la obra y la mitad del público son familia y amigos, lo van a entender seguro, y si no lo entienden me la suda. Tengo la garganta seca, me va a salir un gallo en cuanto me arranque a hablar. Me cago. Me meo. Me poto encima...»

Y de repente oí a Maggie hablar, comenzaba su monólogo inicial, la obra había empezado y... ¿el público se estaba riendo? El público se estaba meando. Estaba funcionando, estaba funcionando, estaba funcionando.

«Respira, Karma, respira. Lo tienes todo bajo control, sabes perfectamente qué hacer, confía en Maggie, si te caes ella te sujeta, si se cae la sujetas tú. Tenéis escucha, tenéis conexión, tenéis todo bajo control. Respira, para, frena. Tócate el pecho, así, en círculos. Lo has conseguido, te lo mereces. Ocupa el espacio que te pertenece. Ocupa el espacio que te pertenece. Ocupa el espacio que te pertenece.»

Con ese mantra repitiéndose en bucle en mi cabeza, salí con la energía de un toro de lidia a comerme el escenario... Y me lo comí. ¿Qué coño?, lo devoré, disfruté aquella primera función como si fuera una maldita niña pequeña con el Pokémon Esmeralda para la Nintendo DS frente a la chimenea una mañana de invierno.

Maggie y yo estábamos magnéticas, nuestra conexión era absolutamente brutal, no sé si fue la magia del estreno o la suerte del principiante, pero ni un solo ensayo general nos había salido tan absolutamente redondo. El texto fluía, la escucha entre nosotras estaba al doscientos por cien, el público reía y yo los oía, oía cómo se rendían ante nosotras, cómo se emocionaban en los momentos clave, cómo callaban en los momentos intensos, cómo latían a nuestro compás.

En ese teatro, durante esa hora y veinte había muchos cuerpos respirando, pero parecíamos uno solo. Sinergia absoluta entre nosotras y ellos.

Y terminó la función y yo no me había dado ni cuenta. Salimos a saludar y me sentía en una burbuja, estaba disociada, no sabía qué estaba pasando, demasiadas emociones desbordándome, tantas que mi cerebro se apagó y se puso en modo avión.

Maggie me dio un apretón de manos para que nos fuéramos de allí, teníamos ensayado desaparecer detrás del telón y si el público seguía aplaudiendo volver a salir... Y vaya si siguieron. Estaba todo el mundo en pie. Nuestro técnico, el chico guapo de ojos rasgados, dio la luz de sala y me encontré con ciento veinte personas mirándonos, muchas de ellas con lágrimas en los ojos, recuerdo perfectamente a la muchacha gorda de la tercera fila, tenía las manos en el pecho, estaba empapada en lágrimas, cruzamos miradas y leí en sus labios una única palabra:

«Gracias».

Entonces fui yo la que empezó a llorar, intenté volver al presente, oí la voz de Lidia en mi cabeza: «Respira, Karma, tú respira, no te olvides de respirar, conecta con tu respiración». Miré mis manos, una me la estaba apretando Maggie, la otra Roberto.

Miré de nuevo al público y me encontré con la mirada de mis padres, la de mi yaya, mis padrinos, mi hermano, mi cuñada, mis amigas del pueblo, mis amigas de la universidad y él.

«¿Él? ¿Qué? ¿Cómo? Espera, espera, espera... ¿Es él?»

El mundo vuelve a desaparecer, nos miramos, él sonríe y aplaude, está de pie. Me mira como hace casi un año, me atraviesa con sus ojos. Llevamos más de nueve meses sin vernos y ahí está, entre el público.

Me quedo quieta, paralizada, casi sin respirar. ¿Qué hace ahí? ¿Por qué ha venido? ¿Desde cuándo sabe qué estoy haciendo con mi vida?

Roberto me aprieta la mano: «Karma, ¿qué pasa?». Ya no lloro. Me tira del brazo y empiezo a moverme como un autómata. Vamos detrás del escenario, cierra la puerta, me coge de los hombros, me mira y me pregunta.

—Karma, ¿qué pasa? ¡Me estás asustando!

—Leo.

—¿Cómo que Leo?

—Que está en el público.

—¿Me estás vacilando?

—No.

—Pero ¿has hablado con él?

—Qué va, desde que lo dejamos, nada.

—Pero ¿y este pavo?

—No entiendo nada.

—Yo menos.

Baño turco para abrir los poros y el corazón

—No estoy entendiendo nada, chicos, ¿qué pasa?

—Esta, que dice que Leo estaba en el público.

—¿Leo su ex?

—Bueno, no sé yo si lo consideraría ex, estuvieron tres meses.

—Pero tres meses muy intensos, ¿no?

—Pero tres meses no son nada.

—A ver, depende de cómo sientas tú, hay gente a la que con tres meses de relación le da para sacar un libro y todo. El amor no entiende de tiempos, entiende de conexiones.

—¿Os podéis callar los dos, por favor?

—Eh, te me relajas, guapa. Que acabamos de estrenar una función y ha sido absolutamente brillante, hay que celebrar. Como te me vayas a rayar por el pedazo de idiota ese, te rajo.

—Déjame en paz.

Me fui de allí con doscientas voces en mi cabeza, subí la escalera de caracol que nos llevaba a nuestro camerino sin saber muy bien qué sentir.

Estaba ahí, lo había visto, me había visto. Me había visto trabajar durante más de una hora, había estado mirándome todo el tiempo y yo no había tenido ni idea. Menos mal, sinceramente, porque, si no, me habría puesto supernerviosa y no podría haberme concentrado.

Me había mirado, joder, cómo me había mirado. Estaba orgulloso, estaba feliz, estaba tan guapo... Me hizo sentirme tan pequeña, tan frágil, tan vulnerable. (Iba a escribir «tan suya», pero me niego.)

¿Por qué narices no me había avisado? ¿Cómo le había parecido buena idea plantarse ahí como si nada? Es un maldito inconsciente, no entiendo de qué coño va.

Me desnudé y me metí a la ducha, necesitaba agua fría. Necesitaba aclararme las ideas, despejar mi mente. Dios mío, estaba toda mi familia y mis amigos abajo, ¿estaría él también? ¿Lo reconocerían? ¿Estarían hablando ahora mismo? Me cago.

Cuando estaba dándome con el champú en la cabeza, oí a Roberto entrar al baño.

—¿De verdad tienes que entrar aquí conmigo?

—¿De verdad vas a dejar de disfrutar este momento por un chaval al que llevas sin ver casi un embarazo entero?

—No, solo me he rayado momentáneamente, me la suda que haya venido.

—Pendeja mentirosa, ¿cómo osas?

—A ver, no me la suda, pero tampoco sé si me importa demasiado.

—Pero claro que te importa, si pensaba que te estaba dando un soplo en el corazón, que te has quedado como petrificada en medio de los saludos. Que he tenido que ir a decirle a tu madre que estaba todo bien, que se ha asustado que flipas la mujer.

—¿Has salido fuera?

—Hombre, claro, alguien tendrá que hablar con el público, te recuerdo que es el día del

estreno.

—Dios mío, perdón.

—No, no pasa nada. Maggie tampoco ha salido, está aquí esperándote. Cuando termines tú, se ducha ella también y bajáis juntas a saludar.

—¿Estaba?

—¿Estaba quién?

—¿Quién va a ser, Roberto? Pues Leo.

—No, no estaba, y créeme que lo he buscado. ¿Estás segura de que era él?

—Pero ¿tú eres tonto o qué? ¿Cómo lo voy a confundir?

—Es que me parece TAN raro...

—¿Por qué?

—Pues porque es un hombre cis hetero, amor. Esa especie no hace este tipo de actos de amor.

—¿Acto de amor?

—Hombre, me dirás. ¿A qué coño viene al teatro, si no? ¿A echar la tarde?

—Pero si ya no está fuera...

—Igual se ha cagado, nena, con el espectáculo que has dado no es para menos, yo me habría abrumado.

—¿Por mí?

—Claro que por ti, tendrías que haberte visto. Eres una jodida bestia escénica.

—Calla, anda.

—No me callo, lo eres. Siempre he sabido que eras buena, pero ¿lo de hoy? Me has dejado de piedra, Karma María.

—¿Te puedo abrazar?

—Ni de coña, vas empapada.

—Me la suda.

Nos fundimos en un abrazo, en medio del baño, con todo el vapor, le mojé la camisa, la americana y los pantalones y no le importó. A Roberto no le importó que le mojara la ropa el día del estreno de su primera obra de teatro, sin duda estaba siendo un día para el recuerdo.

El mensaje de texto que lo removió todo

Salimos del baño y nos encontramos con Maggie en el camerino, estaba con el móvil en la mano, superconcentrada.

—Señorita, ¿se puede saber qué hace mirando el móvil después del éxito que acabamos de tener?

—Loca, ¿has visto tu Insta?

—No, todavía no he cogido el teléfono, ¿por?

—Tengo más de cuarenta menciones, está todo el mundo subiendo fotos de la obra y recomendándola.

—Pero ¿qué dices?

—Perdices.

Me tiré a por mi móvil como alma que lleva el diablo, pero antes de desbloquearlo para entrar a mi cuenta de Instagram me encontré con un mensaje suyo que volvió a parar el mundo, otra vez... Sé que soy una pesada, pero ¿qué hago si yo siento así? Tengo la sensación de que no salgo del bucle de la escena del circo de *Big Fish* (recomendación cinematográfica de gratis, no os quejaréis).

Siempre supe que lo conseguirías. Enhorabuena, pequitas, no puedo estar más orgulloso de ti.

¿Cómo se pueden sentir tantas cosas al leer un único mensaje? Catorce palabras, catorce. Me emocioné, sí, lo hice. Me entraron ganas de llorar y lloré. Un par de lágrimas rodaron por mis mejillas al recordarlo decirme que no me llamara a mí misma teleoperadora, que yo era actriz, que estaba seguro de que algún día lo conseguiría, que él confiaba en mí y en mi talento. «Pequitas.» «Es que la madre que te parió, pedazo de cerdo... Sabes que eso es jugar sucio, yo no puedo no derretirme si me llamas “pequitas”...»

Me limpié las lágrimas, desbloqueé el teléfono y entré en mi cuenta de Instagram. Maggie no había exagerado, creo que jamás en mi vida había tenido tantas menciones juntas. Todo eran vídeos o fotos de nosotras saludando, se oía al público aplaudir y silbar superfuerte, todo lleno de mensajes preciosos, todo a rebosar de gente reconociendo nuestro trabajo y recomendando nuestra obra.

Dios mío, cómo de fuerte estaba siendo todo. Me tiré todo el tiempo que tardó Maggie en salir de la ducha mirando una a una cada historia, respondiendo a cada persona como se merecía, dando las gracias, porque si algo me sentía en ese momento era agradecida. Con la vida, con Roberto, con Maggie, con el teatro, con nuestras familias, con nuestros amigos, con nuestras seguidoras, que habían confiado en la ida de olla de tres personas y se habían dejado parte de su sueldo en venir a ver nuestra obra.

Nos grabamos una historia brindando, celebrando, bailando, y la subimos a nuestras redes sociales. Nos cambiamos de ropa y decidimos que era el momento de bajar a estar con nuestra

gente.

Creo que no es necesario que os explique cómo tenía el pulso, cómo me bombeaba el corazón, cómo tenía clarísimo que lo buscaría entre todas las personas que estuvieran en la puerta del teatro.

Pero Roberto tenía razón, no estaba allí.

Estaba todo el mundo al que adoraba, pero él no.

Y menos mal, sinceramente.

Abracé, besé, lloré, reí. Grabé a fuego en mi mente la frase que me susurró mi madrina al oído en medio del abrazo más bonito que me había dado nunca (y mira que nosotras somos de abrazarnos): «Lo has conseguido, Laura, has cumplido tu sueño. Con todo lo que has trabajado... Te lo mereces tanto, cariño. Disfruta de tus éxitos, cada esfuerzo ha merecido la pena, cada lágrima ha merecido la pena, cada segundo invertido en tu formación ha merecido la pena. Disfrútalo, cariño, disfrútalo».

Mis padres me dijeron cosas parecidas, mi hermano únicamente lloró mientras me abrazaba, mi yaya... Mi yaya estaba pletórica. Era la única que no lloraba, ella solo reía y le decía a todo el mundo: «Es mi nieta, ¿eh? A esa la he criado yo, sí, sí, desde que era pequeña la he tenido yo en mis faldas».

Mis amigas estaban allí, todas. Lorena, Marta, Carmen e Isa. Llevaban todas unas camisetas con mi cara... Es que no sé, no sé cómo hacer justicia a través de palabras a todo lo que sentí en el vestíbulo de aquel teatro. Estaba abrumada, sobrepasada, feliz.

Estuvimos ahí un buen rato, comentando toda la jugada. Mi madre estuvo casi todo el tiempo con Roberto (está profundamente enamorada de él) y con sus padres, parecía que era él más su hijo que yo... Solo podía sonreír al verlos.

En un momento decidí que era hora de ir al baño; al parecer, eso de «cuanto más lloras, menos meas» es una leyenda urbana.

De camino me crucé con el técnico guapísimo y le sonreí como hacía siempre. Él me devolvió la sonrisa como siempre también. Seguí hacia adelante y, cuando estaba a punto de abrir la puerta del baño, lo oí hablarme por primera vez.

—Perdona, Laura, ¿no?

—Sí, ¿y tú eres?

—David.

—Pues un placer, David.

—Igualmente. Oye, que, enhorabuena, has estado brutal.

—¿Qué me dices? ¿Te ha gustado?

—En los ensayos estabais increíbles las dos, pero hoy os habéis salido.

—Jo, pues muchas gracias por decírmelo, bombón, viniendo de ti es todo un halago.

—¿Viniendo de mí?

—Hombre, siendo técnico, asumo que habrás visto mucho teatro.

—La verdad es que sí, pero como lo que habéis hecho hoy, poco.

—Pues, rey, a ver si hay suerte y nos amplían para estar más meses aquí.

—Seguro que sí, vais a agotar entradas todas las semanas, ya verás.

—Qué guay, ojalá tengas razón.

—Así nos veremos más por aquí.

—Eh... Sí, así nos veremos más por aquí.

Abrí la puerta del baño y me encontré sonriendo. Pero qué mono era ese chico, ¿no?

Salí y volví a reencontrarme con todo el mundo, no sin antes pasar por el inspector Gadget.

—¿Puede que te haya visto hablar con el técnico, zorróna?

—Roberto, tío, no se te escapa una.

—Soy periodista.

—Lo que eres es un cotilla.

—Eso también, amor. Qué mono es, ¿qué te ha dicho?

—Nada, pesado, déjame en paz y vete a ligar con mi madre otra vez.

—La tengo loquita, ¿eh?

—De siempre.

Y ahí seguimos durante muchos minutos, hablando entre todos sin parar. Me tiraría escribiendo detalles sobre aquel ratito durante páginas y páginas, pero no quiero aburriros.

La cosa es que él no estaba y, ¿honestamente?, no lo eché de menos.

¿Acaso soy yo Edward Cullen? Pregunto

Nos echaron del teatro, literalmente. La gente que trabajaba allí estaba muy contenta con nuestros éxitos, pero, claro, querían irse a su santa casa. NORMAL.

Entre risas, salimos todos con la promesa de bebernos un copazo en el bar que había dos calles más abajo de los Teatros Luchana. Salimos a la puerta y había varias personas que habían ido a ver la obra, pero que no eran familiares ni amigos, eran seguidoras de las redes sociales. Estuvimos un rato con ellas y les dijimos a nuestra gente que fueran tirando para el bar, que enseguida íbamos nosotras.

Estaba con un par de chicas que me seguían (yo ahí apenas tenía casi seguidoras en redes) y de repente se me puso la carne de la nuca de gallina. Os lo juro por la madre que me parió, que no estoy exagerando. Me puse como tensa, noté una presencia, un algo que no sé yo qué es y que no tengo ni idea de cómo explicaros porque no tiene ningún sentido. Pero lo sentí, en plan, yo sabía que estaba detrás de mí, que si me giraba lo iba a ver. ¿Qué hice? Quedarme quieta mientras alargaba la conversación con las chavalas todo lo que podía y más.

¿Puede que estuviera loca? ¿Me estaba inventando que estaba detrás porque simplemente tenía ganas de verlo, aunque me costara reconocerlo y me estuviera haciendo la chula con que no me importaba que se hubiera ido? PUES PUEDE. Pero imaginaos que no. Imaginaos que me giro y ahí está, detrás de mí. Me cago encima. Siempre he dicho que soy medio bruja, pero, claro, no lo digo en serio del todo.

Me volví a quedar como una piedra, empecé a TEMBLAR, literalmente. ¿Qué coño le iba a decir? Tendría que darle un abrazo, ¿no? Ay, no, abrazo no. Que si lo huelo ya me quiero volver a quedar a vivir en él para siempre, y yo lo puto odio con todas mis santas fuerzas. Cómo echaba de menos su olor, la madre que lo parió... ¿Oler?

Me puse a oler, casi a olfatear, literalmente. Desde aquí pido perdón a las dos chicas porque estoy segura de que se quedarían flipando conmigo. Pero intenté detectar su aroma en el aire, recordaba perfectamente cada nota de su perfume, si estaba detrás lo olería.

Y no olí nada. Ahí no estaba, mi olfato no podía fallarme, así que con todo mi papo y con ganas de dejarme mal a mí misma me giré de golpe, sin darle más vueltas a nada, sin pensar, como una flecha, directa a donde mi instinto me decía que estaba.

Igual también soy un poco Bella Swan, os diré

Ahí estaba. Apoyado en la pared del teatro, con el móvil en la mano. Con un pantalón vaquero, una chupa de cuero, un jersey finito negro debajo y sus Vans. Exactamente igual que en el sueño del autobús, o casi igual, maldito perro desgraciado.

«Clávame un cuchillo si es tu gusto», como diría la gran Martirio en *La casa de Bernarda Alba*, pero no vengas así a verme por primera vez después de nueve meses porque te beso sin ni siquiera saludarte, valiente mamón.

«¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Mi mente me decía que me fuera de ahí, pero mi cuerpo pensó que era mucho mejor idea acercarme a él silenciosa. Cuando estaba apenas a medio metro levantó la cabeza del móvil y nos miramos.

Os prometo que estoy luchando fuerte por no romantizaros todo, por no deshacerme en palabras que os hagan tener unas expectativas del amor por las nubes, pero si os soy sincera... Nos dijimos tantas cosas solo con mirarnos. Fueron apenas dos segundos, pero fueron dos segundos de estar conectados, de estar con el otro, de sentir la electricidad recorriendo cada poro, de escuchar a mi cuerpo gritarme que lo tocara, que lo rozara, que necesitaba su contacto. ¿Que qué hice en lugar de besarlo y abrazarlo como si no hubiera un mañana? Recordarme a mí misma que me había hecho daño, que me había mandado a terapia, que no me había dado ningún tipo de explicación después de dejarme tirada tres veces seguidas. Así que, con toda la mala leche que fui capaz de reunir, cogí aire y le solté:

—Holi.

—Holi.

¿Lo saludé diciéndole «Holi» y ya? Lo hice, vaya que si lo hice. Él sonrió y me devolvió la palabra. Nos volvimos a quedar callados durante varios segundos que se hicieron eternos, pero eternos mal. Eternos de rezar a todos los dioses que, por favor, el otro dijera algo, menos mal que me escucharon y se lanzó él.

—¿Cómo estás?

—Bueno... Flipando un poco, la verdad, ha sido una noche de muchas emociones.

—Has estado brillante.

—¿Te ha gustado?

—Me ha flipado... La obra es tan tú, he visto que la ha escrito Roberto, pero, joder, parecía tuya.

Me conoce demasiado bien el señorito, qué os voy a contar a vosotras. Qué asco le tengo.

—¿Y tu compañera? ¿Maggie se llamaba? Ha estado brutal también, menudo tándem. Que, a ver, yo tampoco entiendo mucho de teatro, pero me habéis dejado flipando. Sabía que eras buena, pero no tanto.

—Oh, vaya, gracias por la confianza.

—Que no, que no. Que yo sabía que eras buena, pero es que eres MUY buena.

—Gracias, de verdad. ¿Y eso que has venido?

—Tenía ganas de verte.

—Ah, vaya.

—Perdona si ha sido intrusivo. No sabía si avisarte o no... Era tu gran día y no me lo quería perder, pero tampoco quería desconcentrarte y que me tuvieras en algún momento en la cabeza. Hoy era tu día.

—Has hecho bien en no decírmelo, la verdad, si ya estaba atacada con el estreno de por sí, si llego a saber que estás entre el público, ya me da algo. Lo que no termino de entender es a qué has venido.

—Eso justo me imaginaba, ¿te molesta que haya venido?

—Creo que no, me da bastante igual, la verdad. Necesito tiempo para procesar.

—Ya..., perdona. Igual no tendría que haber venido.

—No, no. No pasa nada, lo hecho hecho está.

—Tenías al público loco, ¿eh?

—También es un poco trampa, eran casi todos amigos y familiares.

—Ya... He reconocido a casi todo el mundo, menos mal que a mí no me ha mirado casi nadie. Creo que tus amigas sí que me han fichado, pero no me han dicho nada.

—No me han comentado nada.

—Igual han sido imaginaciones mías, no me hagas mucho caso.

—¿Y tú cómo estás?

—Eh..., bueno, bien. Ahí voy. A tope con la terapia.

—Anda, ¿sí? Ya somos dos.

—¿Tú también?

—Hombre, me lo recomendaste fervientemente.

—Fui un gilipollas, Karma.

—Nada, no te preocupes, agua pasada.

Volvió el silencio. ¿«Agua pasada»? El Goya por interpretar un personaje no sé si me lo darán algún día, pero el de mentirosa compulsiva me lo podrían haber entregado justo en el momento en el que solté esa frase.

—Bueno, me tengo que ir, que mi gente me está esperando.

—Ay, sí, perdona. Que ya te he robado mucho tiempo.

—Gracias por venir, supongo.

—Qué menos, soy tu fan número uno.

—Ya, claro.

—Cómo echaba de menos verte sonreír.

—Leo, era una sonrisa irónica.

—Ya, bueno. Perdona, me voy yo también, que me están esperando.

Me acerqué a él para darle dos besos y, cuando fui a darle el primero..., me abrazó. Me pilló por sorpresa. De hecho, creo que tardé bastante en reaccionar y dejarme hacer, pero me dejé.

Me dejé fundirme en sus brazos, dejé que mi cara se acomodara en su cuello, respiré su olor... Maldito fuera, de verdad. Droga pura para mi cerebro, chicas. Me quedaría ahí a vivir, pero no, yo sabía que no. No estaba bien, no me hizo bien, hay que dejar de idealizar y poner los pies en la tierra.

Nos volvimos a mirar, me cogió la mano y me la besó. Le regalé una media sonrisa, me di la vuelta y comencé a caminar en dirección contraria a donde acababa de colocarme con sus jodidas hormonas.

Tener amor propio a veces es una completa y absoluta mierda.

Enfadaos conmigo, como lectora empedernida que soy, os entiendo

Pero es que no, chicas. Sabéis que esto no es una novela de comedia romántica normal y corriente. Sé que muchas querríais que nos hubiéramos deshecho en un buen morreo en la puerta del teatro, que me lo hubiera llevado con mi gente, que se lo hubiera presentado a todo el mundo, que se hubiera marcado dos bachatas con mi abuela y que al día siguiente nos casáramos.

Pero aquí todas sabemos que la vida no funciona así, por mucho que queramos.

Porque, sí, yo quería. Yo lo quería besar, yo le quería preguntar cómo estaba de verdad, yo quería que nos fuéramos a pasear, que acabáramos sentados en un banco explicándonos todo lo que nos quedó por decir, pero no, no iba a volver a caer en la trampa.

Por mucho que nos joda, en la vida real tenemos que ser conscientes de que cuando las cosas no funcionan es por algo. Porque el amor romántico está genial, pero si algo he aprendido en la vida es que no es lo primero ni lo prioritario. Al menos no cuando aún no está consolidado.

Yo siempre odio a la protagonista petarda que finge que lucha en contra de sus sentimientos y tú solo quieres gritarle «Bésalo, tonta, si lo quieres, ¿por qué te haces la dura?». Me cae fatal siempre ese personaje, y ahora mismo soy consciente de que estoy siendo ella, pero lo hice con conocimiento de causa.

Era una noche para celebrar mis éxitos, para abrazarme a mí misma por haberlo conseguido, para brindar con mi gente, para ser yo la que se bailara las dos bachatas con la yaya, para llegar a la cama e intentar descubrir si lo que acababa de vivir era todo un sueño o la realidad.

Llevaba casi treinta años de mi vida esperando ese momento y, no, no se podía ver empañado porque él hubiera decidido venir sin avisar. No podía dejar a toda mi gente por tener esa conversación pendiente, no podía aparcarlo todo por él.

Ya no, así no, esta vez no.

Hice de tripas corazón, lo dejé a él y su olor a mis espaldas, cogí mi ego, lo planté en el trono que se merece y me fui a quererme, a celebrarme, a vivirme.

Bendita terapia, gracias a ella soy capaz de calmar a la Karma niña y decirle que ahora es la adulta la que toma las decisiones; si por ella hubiera sido ya tendríais ante vosotras siete escenas porno en las que nos decimos sin hablar cuánto nos hemos echado de menos.

Pero no, mini Karma, ahora tomamos las decisiones teniéndonos en cuenta, no buscando únicamente la validación ajena.

Ya gestionaría todas las emociones que se agolpaban en mi pecho con respecto a él, pero no esa noche. Esa noche era mía, era de Roberto, era de Maggie, era nuestra.

Y si algo tenía claro es que Leo no debía formar parte de ella.

¿Han inventado ya pastillas para la resaca emocional?

A la mañana siguiente nos despertamos con una resaca que podríais alucinar, acompañada de la noticia de que las entradas para el resto del mes también estaban agotadas.

Teníamos cuatro funciones programadas y las cuatro estaban agotadas. Socorro.

Sonreí pensando que David tenía razón. Ayer nos lo encontramos en el mismo bar al que fuimos, estaba con el resto de los trabajadores de los Teatros Luchana, nos miramos varias veces y nos sonreímos todas y cada una de ellas, pero la cosa quedó ahí.

Nos despertamos, me puse ropa de deporte y me fui a darme un paseo por la Casa de Campo antes de quedar con mis padres para pasar el día. Habíamos quedado a la hora de comer e iba con tiempo, así que me dediqué la mañana para mí misma.

Últimamente me daba mucho por ahí, por hacer planes de mí para mí sin contar con nadie. No esperaba a que alguien me propusiera un plan, no esperaba a que alguien aceptara a hacer algo que a mí me apetecía; si no surgía con nadie, lo hacía sola.

Así que, nada, me fui a pasear, hacía una mañana de principios de invierno maravillosa. Hacía fresquete, pero el sol calentaba lo justo y necesario para que fuera una sensación agradable sin llegar a quemar. Hay un rincón, que es de mis favoritos de Madrid, que se encuentra justo entre la Casa de Campo y Madrid Río. El pedacito que conecta una cosa con la otra, muy cerca de Príncipe Pío y es tan... pacífico.

Es un paseo de piedra rodeado de césped y de árboles, árboles viejos, robustos, llenos de hendiduras, de salientes, de ramas retorcidas. Hay banquitos cada poco, individuales y en forma de merendero. Lo mismo te encuentras a alguna persona meditando, a otra haciendo yoga, a muchas con sus perros, otras con sus libros, otras simplemente sentadas mirando la vida pasar. No sé qué tiene ese lugar, pero tiene algo. Cada vez que voy siento que todas las personas que lo recorremos paramos nuestra existencia durante un rato, tengo la sensación de que todos estamos en la misma sintonía.

Extendí mi mantita de camping en el césped, me senté sobre ella, me puse mis auriculares, seleccioné una lista de reproducción de música instrumental de piano, cerré los ojos y me dediqué a pensar, a interiorizar, a profundizar.

Intenté pararme a sentir todo lo vivido el día anterior, punto por punto, no quería que nada se me pasara por alto, no quería que ningún detalle, por pequeño que fuera, se me escapara y se borrara de mi mente para siempre.

Entendí que mi vida había cambiado, que el lunes no tendría ocho horas delante del ordenador de la oficina, pero tampoco tendría ensayos. Ahora tenía tiempo, tiempo de verdad, para invertir en mí misma y en mi carrera. Ya no había curro de tarde, ni de mañana. Ahora había tiempo libre y tenía la sensación de que debía aprovechar cada minuto, ya fuera generando mis propios proyectos o dedicándome tiempo de calidad.

Había entendido después de muchos meses en terapia la necesidad de pararme, de estar me quieta, de dedicarme única y exclusivamente a pensar, a preguntarme para qué y por qué.

Dejar de vivir en automático, dejar de tomar decisiones porque la vida me lleva a ello, y no me paro a pensar realmente qué quiero yo.

Ahí, en medio de ese trozo de naturaleza ocupado por la humanidad, tomé la decisión consciente, decidí que había llegado el momento de lanzarme al mundo de las redes sociales, teniendo las cosas claras, muy claras.

No sería una de esas personas que decían que las redes habían llegado a su vida de rebote, yo quería crear contenido de calidad, yo quería ser la casa, el espacio seguro, el hogar en el que las personas disidentes encontraran su hoguera en medio de la intemperie. Quería hablar sobre mi experiencia como mujer gorda, quería denunciar todas las injusticias que me había tocado vivir por el simple hecho de existir en un cuerpo gordo, quería ofrecer refugio a las personas que alguna vez se hubieran sentido como yo.

También quería ser un espacio en el que reír, en el que desconectar, en el que simplemente pasar el rato desde el humor más absurdo y respetuoso posible. Quería ser *influencer*, quería influenciar, quería ser ejemplo de desastre y de imperfección, de inconstancia, de naturalidad, de todo lo que yo necesitaba ver y nunca podía encontrar. Quería ser la mujer que la Laura de quince años necesitaba tener como referente.

Ahí es nada, ¿eh? Quería todo eso y lo quería sabiendo que estaba en mi mano, que lo podía conseguir, que estaba a mi alcance. Callé la voz que todo el mundo llama «síndrome del impostor», silencié los pensamientos que me decían que adónde iba, que ejemplo yo de qué, que quién me creía, que si pensaba que alguien me iba a hacer caso a mí.

Los callé porque yo me conocía, yo confiaba en mí, yo sabía que sí podía ser la amiga, los oídos, la voz de una generación. Me lo había demostrado el día anterior en el teatro, había visto cuántas personas necesitaban sanar, cuántas mujeres necesitaban alzar la voz, sentirse empoderadas, comenzar a poner los límites, yo estaría al frente de la lucha. Se me daba bien escribir, se me daba bien comunicar, se me daba bien hacer reír, ¿por qué no usarlo todo?

Con la sensación de haber encontrado por fin el nuevo motor de mi vida, de haber descubierto a los treinta que había alternativa para mí, que sí podía encontrar mi final feliz y solo dependía de mí, me levanté, recogí y me fui a pasar el día con mi familia.

Todo el mundo me dijo lo guapa que estaba, nadie notó que no tenía nada que ver con mi físico.

Me siento como las cozy girls de internet

¿Conocéis ese tipo de perfiles? ¿El de las mujeres que te enseñan cómo ponen la lavadora, cómo cocinan salmón con espárragos, cómo se hacen un té, cómo cambian las sábanas y tú solo puedes pensar «Quiero ser ella»? Pues así me sentía yo.

Me levantaba por la mañana, hacía mi rutina de piel, me preparaba mi desayuno, veía algo con Rupert, iba al gimnasio, organizaba el contenido que quería grabar, grababa vídeos que tenía pendientes, escribía guiones, textos, preparaba la comida para los dos, veíamos nuestra serie de confianza, íbamos al teatro a trabajar los fines de semana, intercambiaba alguna que otra frase con el técnico precioso siempre que tenía la oportunidad, hacíamos planes chulos con Maggie cada domingo por la mañana, conseguimos que nos ampliaran las funciones hasta fin de año, cuando lo anunciamos en redes sociales tardaron menos de un día en agotarse, todas.

Las críticas estaban siendo brutales, la gente hablaba de nosotras y hablaba maravillas, mis seguidores en redes crecieron a un ritmo apabullante, empecé a conocer a David y empecé a cagarme encima del puto miedo de que todo fuera tan bien.

¿POR QUÉ? ¿Por qué esa sensación de «Tranqui, Karma, que la hostia está a la vuelta de la esquina»? ¿Por qué tener clarísimo que se viene debacle? ¿Por qué no disfrutar del momento tan maravilloso que estaba viviendo por fin?

—Karma, ¿te puedes relajar? Hace más de un mes que dejaste El Corte Inglés y te está yendo de puta madre, ¿se puede saber qué te pasa?

—Eso, ¿se puede saber qué me pasa? ¿Por qué tengo ansiedad? ¿Por qué me puto cuesta dormir por las noches si todo está bien? ¿Por qué tengo la sensación de que se va a ir todo a la mierda y no lo habré disfrutado lo suficiente?

—Pues porque eres una petarda y te encanta protegerte, no estás acostumbrada a que te vayan bien las cosas, estás fuera de tu zona de confort y te agobias.

—Deja de leerme como si me conocieras mejor que yo, cerdo.

—Es que te conozco mejor que tú. Trae el agua fría.

—No hay.

—Como vuelvas a meter la botella al frigo vacía, te juro que te arranco una teta.

—Ha sido sin querer.

—Siempre es sin querer. Acuérdate de que esta tarde tenemos una entrevista, es por videollamada.

—Sí, sí, lo tengo en mente. Ahora le mando un mensaje a Maggie para que no se le olvide. Creo que ha visto un piso en Idealista que le mola, pero tal como están las cosas con el alquiler en Madrid, vete tú a saber si se lo darán o no.

—Me alegro, se merece vivir en Madrid, no pinta nada en Málaga, y esto de subir y bajar cada dos por tres la acabará volviendo loca.

—A ella le mola mucho la *slow life*, ¿eh? Veremos a ver si no se agobia aquí en dos meses.

—Karma, es actriz, ¿cómo le va a gustar la *slow life*? Le gustará para un ratito, pero luego

también necesitará su dosis de urbanismo.

—¿Sabrá llevar la relación a distancia?

—Ni de coña, les doy dos meses.

—Eres un bestia.

—¿Apostamos?

—No, porque voy a perder.

—Me imaginaba.

—Oye, ¿qué tal con David?

—¿Qué David?

—El de Miguel Ángel, no te jode... Cómo me toca los cojones que te hagas la tonta.

—No me hago la tonta, es que no sé de qué David me hablas.

—El de los Luchana, amor. El técnico con el que te pasas hablando siete horas cada vez que vamos al teatro.

—Ah..., ese. Pues bien, no sé, sin más.

—¿Sin más? Sabes que le molas, ¿no?

—¿Qué dices?, solo es majo conmigo.

—Es un hombre hetero siendo majo contigo, ata cabos, amor.

—A veces eres peor que los heteros, te lo digo. Menudo radical, ni que no se pudiera tener una amistad entre dos personas hetero.

—Tú eres bisexual, amor, aunque todavía no te lo reconozcas.

—Dios mío, cállate un año, Roberto, me agotas.

—¿Cuándo te vas a comer un coño?

—Cuando tú te hagas *drag*.

—Qué pesada es la niña con el puto tema.

—Lo mismo digo. Nunca me han atraído las mujeres.

—¿Por qué das por sentado que tiene que ser un coño cis?

—¿Por qué me acabas de llamar bisexual?

—Tránsfoba.

—Gilipollas.

—¡¿Que si le vas a comer la polla a David, Karma?!

—No lo sé.

—Ah, o sea que te lo has planteado... Cómo me gusta. Es monísimo, ¿eh? No luce casi hetero.

—Sí, bueno, es muy mono y se puede hablar con él de muchas cosas, es actor frustrado.

—¿Qué me dices?, ¿en serio? Jamás lo habría dicho, pensaba que era técnico devoto.

—Dice que le hace feliz estar en contacto con el teatro sea como sea, que cree que no es bueno actuando y que por eso buscó alternativa. Dice que soy la mejor actriz que ha pasado por los Luchana, es un zalamero.

—¿Lo ves? Te quiere comer el coño.

—No me agobies.

—¿Y si nos vamos a tomar algo con los trabajadores de los Luchana? El domingo al terminar la función, ellos siempre se quedan en el bar de enfrente a tomar algo y, por lo que tengo entendido, luego se van al pub de abajo.

—A ver, parecen gente maja, no me parecería mal.

—Así conoces a David en otra situación que no sea la laboral.

—Eres un cansino.

—Soy un visionario.

Escondidos, como Bisbal y Chenoa

Sí, hijas mías, estaba quedando con David a escondidas de Roberto, de Maggie y de todo el mundo. ¿Por qué? Pues no lo tengo muy claro, la verdad. Es como que me lo quería guardar para mí, no quería que nadie se enterara, no quería que nadie se hiciera o me hiciera hacerme expectativas.

Bueno, a ver, que solo fueron dos veces, parece que estuviera yo aquí quedando con el chiquito siete veces por semana y nada más lejos de la realidad, pero un par de cafés por el centro sí que nos tomamos.

En la primera nos sentamos poco más de una hora en una cafetería que hay en la plaza de la Luna y luego fuimos a la Casa del Libro a pillarme un libro de literatura fantástica al que llevaba intentando echarle el guante meses. Fue una cita *cute*, mona, discreta, linda.

En la segunda me llevó a una cafetería de Malasaña que hacía café barista porque al parecer el señorito era especialito y el cortado que le pusieron en la que yo escogí la vez anterior no le gustó nada. Yo la verdad es que no entiendo de cafés, pero ese estaba bueno que te cagas. Lo pedimos para llevar y nos paseamos por el centro sin rumbo, hablando un poco de todo.

—¿Por qué no te sigues formando como actor?

—Pues porque cuesta una pasta, dejé de tener treinta hace demasiados años y debo tener un trabajo estable que me permita ser independiente.

—A ver, no seré yo quien te juzgue, porque dejé de intentarlo también, pero de repente me ha surgido la oportunidad, puede llegarte en cualquier momento.

—Si me saliera algo, supongo que lo cogería, pero con mi cuerpo y los pocos contactos que tengo, no creo que me pase.

—Trabajas literalmente en un teatro, ¿cómo que no tienes contactos? Seguro que alguna compañía querría trabajar contigo.

—Pero para eso deberían saber que soy actor.

—¿Y no lo saben?

—No, no se lo digo a nadie.

—¿Y por qué a mí sí?

—Porque tú sonríes demasiado bonito.

—Oye, tonto, no me digas esas cosas, que me pongo roja.

—Vale, pues no te las digo, pero no dejo de pensarlas.

—Qué idiota...

—¿Te puedo hacer una pregunta que llevo queriendo hacerte desde el día que te vi entrar por la puerta del teatro?

—Claro que sí, dispara.

—¿Tienes novio?

—Hala, sin rodeos.

—Hombre, llevo semanas para atreverme a hacértela, algún rodeo he dado, pero es la segunda

vez que quedas conmigo, es por saber si estoy en la *friendzone* o tengo alguna posibilidad.

—No, no lo estás y, no, no tengo novio.

—Conque no lo estoy, ¿eh?...

—A ver, tampoco es que no lo estés, estás en la *colegazone*.

—Auch, puñal en el corazón, lady Laura.

—Es que aún no te puedo considerar mi amigo, *sorry*, bebé.

—Ojalá me consideres otra cosa algún día.

¿Por qué no sí sí?

Qué mal me estaba cayendo a mí misma, chicas, de verdad os lo digo.

David era monísimo, pero monísimo de verdad, y aun así..., *meh*. No *meh* en plan «paso, qué pesado»; *meh* en plan «no eres Leo».

Leo, sí, el señor al que odio y al que no quiero volver a ver en la vida porque estoy infinitamente mejor sin él, pero no podía dejar de comparar, no podía dejar de pensar que con David no me sentía ni de lejos como me sentía con Leo.

¿Que es un error? Lo sé. ¿Que comparar es horrible? También lo sé. ¿Que jamás una persona te hará sentir exactamente lo mismo que otra? Clarísimo.

Pero aun así era como que quería intentarlo, quería probar a conocer a alguien, a pasármelo bien sin ataduras, a no saber qué rumbo llevaban las cosas y simplemente fluir.

¿Yo sabía de antemano que con David las cosas no iban a ir a ningún sitio? Creo que sí. ¿Aun así quería experimentar qué era eso de tener algo casual? Pues también.

Me caía bien, era respetuoso, tenía una buena conversación y yo le gustaba, ¿por qué no darle una oportunidad, aunque no quisiera casarme con él? ¿Por qué no seguir conociéndolo y a lo mejor de repente descubrir que sí me gustaba de verdad?

Estoy harta de pensar tanto las cosas, de verdad os lo digo, que se supone que soy Aries, que soy impulsiva, que yo hago las cosas con el cuerpo, no con la cabeza.

Pues en mi vida, en mi santa vida.

Supongo que por eso lo llevaba a escondidas, porque tenía miedo de que alguien me juzgara y me dijera que estaba jugando con el chaval. Pero ese era mi juicio, y era un juicio que tenía que deconstruir porque no estaba haciendo nada malo.

Vámonos de fiesta, ¿no?

Madrid. Domingo. Dos de la madrugada. Chamberí. Pub de dos plantas con las bebidas al precio más decente que encontrarás en el centro de la capital. Diez personas bebiendo chupitos de tequila de fresa. Todos del mundo del teatro. Técnicos, actrices, director, acomodadoras. Ochenta por cierto del equipo del colectivo LGTBIQ+. Besos. Besos por todas partes. Perreos descarados, alcohol de más, libertad.

Así me sentía libre, pletórica, feliz. Estaba en el Pablus, un bareto que hay cerca del teatro, flipando con el buen rollo que tenía esa gente, con la bienvenida tan maravillosa que nos habían dado, parecía que éramos amigos de toda la vida. Qué bien sienta conocer a gente nueva, salir de fiesta y darlo absolutamente todo sin que te importe absolutamente nada.

Estaba en mi *peak*, en el mejor momento posible de mi vida. Soltera, disfrutona, besucona. Besé literalmente a ocho personas de las nueve que salían de fiesta conmigo aquella noche. No me juzguéis, o juzgadme... ¿Sinceramente? No cambiaría absolutamente nada. Eran morreos de amistad, de qué bien besas, de a ti no te he besado todavía, de tú pones la boca dura, de no metas tanta lengua, de buah, qué temazo vamos a bailar y dejar el beso a medias porque lo menos importante es pensar en terminar nada.

Había besado a ocho personas y me faltaba una, me faltaba la que más ganas tenía de besar, me faltaba la boca de David. Es TAN mono, chavalas..., pero TANTO. No sé si será el alcohol, pero lo veía más atractivo que nunca, esos ojos rasgados me tenían el toto loco.

Era un chico que mediría poco más de metro setenta, estaba gordo y tenía unos ojos verdes que se escondían tan bonito tras su sonrisa... Estaba todo el rato sonriendo, era tan tierno, se portaba tan bien todo el rato conmigo, me miraba tan chulo... Roberto decía que me quería comer el toto, y yo sabía que no iba desencaminado, aunque me hiciera la loca.

Estaba sonando la canción *Envolver*, de Anita, y la peña se había vuelto loquísima. Estaban todos en el suelo haciendo el paso de Rauw Alejandro: básicamente, una persona tumbada, otra se tiraba encima y empezaba a hacer el gusano sobre la primera. Las risas se oían a dos calles de distancia, se suponía que tenían que ser sexys, pero estaba siendo todo un cuadro digno de exposición. Yo estaba mirando cómo se revolcaban todos y de repente noté una presencia detrás de mí, muy cerquita de mi oído.

—¿Entretenida?

—¿Esto es siempre así?

—Tres noches por semana, como poco.

—¿Os dejáis el sueldo en beber?

—Literalmente. Aunque también me gusta beber cafés con chicas guapas. Os tenéis que venir más, hoy están más animadas que de normal.

—La sangre fresca siempre viene bien.

—Sois los tres muy divertidos, como mantengáis este ritmo durante varias semanas os vais a convertir en nuestra obra favorita.

—Ah, ¿que tenéis favoritos?

—Hombre, claro, es lo que tiene la multiprogramación, que nos da hasta para hacer rankings.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué posición voy en tu ranking?

Se lo dije girándome y pegándome a su boca. Sí, lo digo. ¿Quién era esa persona y dónde estaba Karma? Nadie lo sabe, pero ojalá se quedara en su casa una temporada más. David se puso rojo como un tomate y empezó a trabarse, era tan asquerosamente mono que me podría haber casado con él en ese mismo momento.

—¿En el mío? No, no. Es de las obras en general, no de cada persona.

—Pero tú tendrás un ranking personal, ¿no?

—Puede ser...

—¿Y en qué posición estoy?

—Eh..., top tres sin duda.

—¿Top tres solo? Yo quiero ser top uno.

—El top uno hay que ganárselo.

—¿Y cómo se gana?

—Invitándome a un chupito.

—Qué fácil.

—Soy un hombre sencillo.

—Y guapísimo.

—Karma, me estás poniendo nervioso.

—Es justo lo que quiero.

Me di la vuelta y pedí dos tequifresis más. Me lo bebí sin dejar de mirarlo a los ojos. Estaba poseída por el espíritu del amor propio, me sentía tan poderosa que podría haber arrasado con una ciudad entera sin apenas moverme.

Cómo es besar otros labios después de tanto tiempo

Nos bebimos el chupito de una y me quedé mirándolo. No era capaz de aguantarme la mirada, y cómo me ponía eso. En el momento en que se apartó sonriendo decidí que me quería liar con él, pero no en plan besos tontos como con el resto, quería comerle la boca con todas las de la ley.

Se alejó de mí y volvió a colocarse en una esquina para ver el show que estaban dando todos, yo me quedé en la barra quieta, miré a mi alrededor y pensé: «¿Qué mierdas, Karma? No tienes nada que perder».

Me acerqué a él, le di la mano y lo saqué fuera.

—¿Adónde se supone que vamos?

—A fumar.

—¿Tú fumas?

—No, pero tú sí.

—Ah, ¿y cómo sabías que tenía ganas de fumar?

—Telepatía.

—Actriz y bruja..., interesante.

—Sí, lo soy.

Empezó a liarse un piti apoyado en un coche frente al local, yo me apoyé en la pared y lo miré con cara de depredadora.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde los catorce.

—¿Y no te planteas dejarlo?

—Algún día, pero de momento no, el trabajo me estresa mucho.

—Ya..., el teatro, el directo, es tenso.

—Definitivamente.

—¿Te pongo, David?

—¿Cómo?

—Que si te pongo cachondo.

—Madre mía, cómo está la actriz de moda... Hoy eres tú la que no se anda con rodeos, ¿eh?

—Estoy cansada de perder el tiempo.

—¿Sueles perderlo?

—Siempre.

—¿Y conmigo no?

—No, contigo no, me gustas mucho.

—Tú a mí también.

—Al principio creía que eras maricón.

—¿Si fuera maricón haría esto?

Tiró el piti al suelo, se acercó a mí, me cogió el cuello con las dos manos y empezó a besarme, despacio. Pero yo no quería despacio, yo no quería nada lento, yo quería fuego, yo quería pasión,

yo quería sentir. Yo quería borrar de mi cabeza y de mi cuerpo el recuerdo del puto Leo.

Así que eso hice, le correspondí el beso y lo hice fuerte, sin piedad. Cogí mis manos y las puse en su pecho, las bajé mientras mi respiración se aceleraba, empecé a comérmelo con hambre voraz, metí las manos por debajo de su camiseta y, antes de que me diera cuenta, estaban recorriendo la cinturilla de su pantalón vaquero.

Me siguió el ritmo, no se amedrentó. Hizo lo correspondiente y, antes de que me diera cuenta, ya tenía mis tetas entre sus manos, salvajes, necesitadas, ansiosas.

—Soy bisexual.

—Quién pudiera.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Vamos al baño.

—¿Al del Pablus? ¿Tú estás loca?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—No tienen puerta, es solo una cortina.

—Más cachonda me pone.

—Pero ¿tú de dónde has salido hoy?

—No tengo ni idea.

Siempre hay una primera vez para todo

Lo volví a agarrar de la mano, entramos dentro y lo conduje escaleras abajo. La gente empezó a gritarnos cosas, pero, ¿sinceramente?, me la sudaba. No sé si era el alcohol, el sentirme dueña de mí misma o que estaba cachonda perdida porque llevaba muchos meses sin que nadie me tocara y mi cuerpo pedía salsa.

Lo metí al primer baño que vi, cerré la cortina, lo senté sobre la cisterna y, antes siquiera de empezar a comerle la boca, le agarré el paquete con la mano. Empecé a acariciarlo arriba y abajo por encima del vaquero, él empezó a boquear y yo me acerqué más a sus labios.

—¿Te gusta?

—Eh... Sí, joder, sí.

—Me alegro.

Le desabroché el vaquero, le metí la mano dentro del calzoncillo y me saludó un pene duro que me puso más a fuego todavía. Definitivamente, lo ponía cachondo. Saqué la mano de dentro de su pantalón, la acerqué a su boca y metí los dedos dentro, quería llenarme de su saliva, quería que estuviera bien lubricado. Recordé que eso justo era lo que Leo me hacía a mí en el sueño del autobús y me cagué en toda su estampa, aunque no dejé que el recuerdo se apoderara de mí. Volví a la carga y, ahora sí, empecé a hacerle una paja de campeonato.

Él solo sabía cerrar los ojos, morderse el labio y echar la cabeza atrás. Yo empecé a subir el ritmo y en cuestión de menos de dos minutos vi cómo se retorció, cómo se tensaba, cómo empezó a avisarme de que se iba a correr.

—Como no pares, me corro.

—Es justo lo que busco.

—¿Ya?

—Ya. Córrete para mí. Abre los ojos, mírame.

Me obedeció, hizo contacto visual conmigo, yo escupí hacia su polla sin dejar de mirarlo, aumenté aún más el ritmo y, mirándolo a los ojos, vi cómo se deshacía entre mis manos.

Su corrida me recorría toda la superficie, manchó sus calzoncillos y sus pantalones. Cogí un poco de papel para limpiarme y, antes de que me diera cuenta, estaba de pie detrás de mí. Pegó su cuerpo contra el mío, hizo que me apoyara completamente en la pared, su pene contra mi culo, mi cabeza y mis brazos tocando la piedra fría del baño.

—Yo también quiero que te corras para mí.

—Pues pon tu mano en mi coño, ¿a qué esperas?

Me metió los dedos en la boca y yo empecé a chuparlos como si de su pene se tratase. Los calé, cada centímetro, aunque sabía que no sería necesario, estaba empapada. Metió la mano por dentro de mi pantalón, por dentro de mis bragas, puso toda la palma de la mano en mi coño y presionó, con toda la superficie. En respuesta, mis piernas se abrieron y mis rodillas cedieron un poco, eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro. Cogí su otra mano, la metí por debajo de mi camiseta y la llevé hasta mi teta izquierda, él me pellizcó el pezón. Y yo creía que me

corría en ese mismo instante.

Volví a pegar mi cabeza contra la pared de piedra, cogí la mano que estaba dentro de mi coño y la subí hacia arriba, quería que encontrara mi clítoris y quería que lo hiciera ya. Las yemas de sus dedos habían estado en contacto con mi entrada, así que se mojaron con mi flujo y, para cuando llegaron a mi clítoris, estaba siendo un contacto más que placentero.

Empezó a masturbarme, a presionar, a recorrer cada terminación nerviosa de mi centro de placer. Subió el ritmo, me susurró algo al oído que no recuerdo qué era, pero sí recuerdo que me encendió todavía más. Le supliqué que no parara, que siguiera, que subiera el ritmo. Me hizo caso y en cuestión de segundos me corrí. De pie. En el baño de un bareto. A una cortina del resto del mundo. Con las piernas temblando y las rodillas sin saber cómo sujetar mi peso.

Tardé varios segundos en recuperarme y, cuando lo hice, me puse de pie, le di un beso en la mejilla y fui a lavarme las manos.

¿Qué acababa de pasar y por qué no podía dejar de pensar en Leo?

De vuelta a casa contando estrellas dramas

Subí la escalera que llevaba a la planta de arriba. Cuando aparecí todo el mundo estaba aplaudiendo, yo sentía que iba más borracha de lo que sabía gestionar, tenía cara de mierda y no podía aguantar ahí dentro ni un segundo más.

Cogí mis cosas y salí, empecé a alejarme a paso superacelerado, Roberto y David salieron detrás de mí.

—¡Karma María, quieta ahí! ¿Se puede saber qué te pasa?

—Me quiero ir a casa, déjame.

—No te vas a ir sola a casa con la mierda que llevas en todo lo alto, estate quieta, ya.

Me paré en seco y me apoyé en la pared que tenía cerca. Tenía la sensación de que si no lo hacía acabaría comiendo suelo. Oí cómo Roberto le decía a David que volviera dentro, que no pasaba nada, que él se encargaba, pero a David se la sudó completamente y vino hasta mí.

—¿Estás bien? ¿He hecho algo mal?

—No, no, no. Está todo bien contigo, David. De verdad.

—¿Seguro? ¿Has hecho algo que no quisieras?

—No, no. De verdad, quería, lo que he hecho contigo ha sido porque quería hacerlo.

—Pero ¿estás bien?

—Me ha subido mucho el alcohol de golpe y me quiero ir a casa, ya está.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. O sea, no en plan borde, pero no, quiero irme sola.

—Sola no te vas a ir.

—Me voy yo con ella.

—¿Seguro?

—Seguro.

—De verdad, David. Está todo bien, solo me he rayado un poco, nunca había hecho algo así y ahora me da vueltas todo.

—Si te sirve de algo, yo tampoco he hecho nunca nada ni remotamente parecido.

—Nos vemos la semana que viene, ¿vale?

—Vale, luego te escribo para saber si has llegado bien.

—Perfecto.

Vimos cómo se alejaba y volvía dentro. Roberto me miró con cara de padre y echó a andar delante de mí.

—No tendrás el rabo gordo de enfadarte encima conmigo.

—Claro que me enfado contigo, ¿se puede saber por qué haces cosas que en realidad no quieres hacer?

—Sí que quería, me estaba sintiendo bien.

—Karma, tienes treinta años, ¿cuándo vas a aprender a escucharte?

—¡Pero que me estaba escuchando, me apetecía muchísimo!

—Tronca, llevo semanas hablándote de David porque sé que le molas y siempre me sales con largas: no te gusta y lo sabes.

—He quedado con él dos días. Sí me gusta, me gusta bastante.

—Pero no lo suficiente, voy a ignorar que me has ocultado que has quedado con él porque, si no, te mando a la mierda y vuelvo a la discoteca.

—Ay, por favor, no me rayes, ya la he liado, ya está, no me metas más caña, por favor.

—Perdón.

—No pasa nada.

—Claro que no, ha sido un polvo tonto.

—¿Me odiará mucho?

—No creo, se os oía genial.

—¿Nos has oído?

—Hombre, claro, hemos bajado por turnos prácticamente todos.

—No te creo, qué mal...

—Karma, que no ha sido para tanto, ha sido un polvo tonto en el baño de una discoteca con un chico monísimo que te mola.

—¿Se veía algo?

—Nadie ha entrado a mirar, se oía desde fuera.

—Me quiero morir.

—Toca apechugar, querida.

—¿Por qué lo he hecho?

—Eso, ¿por qué lo has hecho?

—Quería... quería sentirme deseada.

—¿Y te has sentido deseada?

—¿Sí?

—¿Sí o no?

—Sí, creo que sí. O sea, era como que estaba poseída, me he puesto rollo mandona, yo nunca me he puesto así. Es un chico de dar paseos, no de follar en baños públicos.

—¿Puedes, por favor, andar en línea recta?

—Perdón.

—Deja de pedir perdón.

—Perdón.

—No te soporto. O sea, que ha salido la Karma Dominatrix.

—Creo que era Laura.

—¿Cómo?

—Que... era Laura.

—¿Cómo que Laura?

—Yo, Laura.

—Pero ¿te refieres a que te has vuelto a sentir pequeña?

—No, es que... Creo que quiero volver a llamarme Laura.

—Tía, estás borrachísima.

—Que no, escúchame, que te lo digo de verdad. Es como... que he hecho las paces con mi nombre, conmigo misma. Llevo pensándolo desde el verano... pero me da vergüenza después de haberle dicho a todo el mundo que me llamara Karma que ahora quiero ser Laura otra vez.

—¿Quieres que te llame Laura a partir de ahora?

—Sí.

—¿Y eso por qué? ¿Qué diferencia a Laura de Karma?

—Laura es las dos. Laura soy yo. Laura es mi nombre. Lo echo de menos, ya no tengo que huir de mí misma, ya quiero ser yo todo el rato, no un personaje que me inventé de adolescente.

—Wow. Si llego a saber esto, meto una escena así en la obra.

—Qué tonto eres.

—Me parece una reflexión chulísima, es como cuando me cambié el mail de tito_rober_666@hotmail.com a robertoherranz@gmail.com. Es un gran paso.

—¿Y eso con cuántos años lo hiciste?

—Con dieciocho, cuando llegué a la universidad.

—Genial, yo tengo treinta y eres la primera persona a la que se lo digo.

—Tú siempre has sido un poco lenta *pa'* tus cosas.

—Gilipollas.

—Habló quien pudo y quien no se quedó mudo.

—He pensado en Leo.

—¿Cuándo?

—Cuando me he corrido. He pensado que era él quien me estaba tocando.

—La madre que te parió.

—La madre que me parió.

—¿Vas a quedar con él?

—¿Con quién?

—Con Leo.

—No sé si estoy preparada.

—Ni que fuera un maratón el chaval.

—Idiota, te estoy hablando en serio.

—Y yo a ti también.

—¿Te parece bien que quede con él?

—Pues hombre, lo que yo opine aquí no importa una mierda. Lo echas de menos y tenéis una conversación pendiente.

—No sé si estoy preparada. No quiero perder todo lo que he aprendido estos meses, no quiero dar marcha atrás, no quiero verlo y que de repente se me olvide todo el daño que me ha hecho, todo lo que me ha costado reconstruirme.

—Karma puede que no estuviera preparada, Laura sí lo está.

Abracé a Roberto en mitad de Fuencarral, me puse a llorar y entendí que (una vez más) tenía razón.

Laura estaba preparada.

¿Conclusiones?

No me arrepiento. No me arrepiento de nada de lo que hice con David. Lo hice porque quería, lo hice porque me salió, lo hice porque por una noche quería no pensar, solo quería sentir.

¿Lo utilicé? Pues creo que sí, pero al mismo tiempo creo que no. Él también es adulto, también sabía qué estaba haciendo. Pero vaya, para mí gana el sí, lo utilicé porque sabía que él quería algo conmigo y yo sabía que no quería nada con él más que un polvo. Pero como Roberto me dijo, no merecía la pena estancarse en esos pensamientos, lo conocía desde hacía dos semanas, no es que el chaval estuviera locamente enamorado de mí.

Le escribí un mensaje nada más llegar a casa, pidiéndole perdón y dándole las gracias, diciéndole que me había sentido muy cómoda con él. Él me dijo que también había estado super a gusto, que jamás se habría imaginado que yo era así de... así de fuego. Le dije que era la primera vez que me ponía así en mi vida, me pidió una cita «normal», me dijo que ya bastaba de cafés, que me invitaba a cenar, y yo le dije que no podía, que quería ser sincera con él, que creía que aún tenía sentimientos por otra persona, pero que ojalá algún día tuviera mi corazón libre porque creía que era un chico que realmente merecía la pena.

¿Cuál es la fórmula para olvidar a alguien? ¿Cómo se hace? ¿Está bien lo de follar con otros para olvidar a uno? ¿Debería haberme tirado a siete más? ¿Debería no haberme follado a nadie hasta haber olvidado por completo a Leo? Quién sabe, ¿no?

Al final cada uno hace lo que puede, lo que sabe o lo que quiere.

Yo la lie, vamos, siento que la lie, porque estoy segura de que si les pregunto a mis amigas todas me dirían que no lie nada, que solamente hice lo que me apetecía, que ya está bien de pensar todo el rato en los demás, que para una vez que pongo mi coño en primer lugar que no ose rayarme. Pero para mí, la lie y parda, porque en realidad no me había parado a hablar conmigo misma, había aparcado mis sentimientos por Leo como si no estuvieran ahí y estaban, estaban ahí todo el rato. Aunque no les diera el permiso de salir a la luz, a la primera línea de pensamiento.

Literalmente estaba haciendo justo lo contrario de lo que me había propuesto en la vida: no estaba reflexionando, estaba siendo impulsiva sin pararme de verdad a saber qué quiero.

¿Había servido de algo tirarme a David? Pues sí, para darme cuenta de que por ahí no era. ¿Triste? Es posible, pero también es mi realidad. Puede que haya personas ahí fuera que lo encuentren funcional, que sean capaces de sacar un clavo con otro clavo o con una caja entera de clavos. Puede que haya personas que jamás bajo ningún concepto harían lo que yo hice. Hay mil maneras de gestionar una ruptura y cada uno intenta sobrevivir como puede.

«Laura, por Dios, que fueron tres meses...» «Ya, ya lo sé. Pero qué tres meses.» Muchas veces creo que el problema fue dejarlo en la parte bonita, en el romanticismo absoluto, el no haber llegado a tener una rutina, habernos conocido mejor, me quedé con la parte idealizada y para mí, aunque al final hubiera sido un gilipollas seguía siendo la persona que más me había entendido jamás, que más cómoda me había hecho sentir (fuera y dentro de la cama), que en mi corazón

seguía siendo el top uno para convertirse en el hombre de mi vida, aunque lo odiara y el día que lo vi fuera de todo menos romántico.

Yo entendí muchas cosas después de aquella noche. Que a mí no me iba eso de follar por follar y menos en baños públicos, al día siguiente me quería morir de resaca y de vergüenza. No sé cuál de las dos era la peor.

Entendí que David era monísimo, pero que por él no sentía nada ni remotamente parecido a lo que me hacía sentir Leo y, sí, tenéis razón, que os leo el pensamiento, a David apenas lo conocía, pero me vais a permitir volver a decir una vez más que yo soy medio bruja y que por mucho que lo conociera jamás sería lo mismo. La corriente no existía, la adrenalina no estaba, yo no me sentía cerca de él «especial».

¿Laura, romántica empedernida que creció leyendo *Crepúsculo*? Ya sabéis que sí, no sé por qué os sorprende a estas alturas... Qué cuadro soy y qué mal me caigo, huyendo del romanticismo literario escribiendo una comedia romántica. Sí, soy.

Tenía que hablar con Leo, queridas, y lo tenía que hacer pronto, porque si lo seguía dejando al final no lo haría y sabía que me lo debía, nos lo debía. Pero ¿cómo se hacía?

«Oye, perdona, no he dejado de pensar en ti desde que saliste de mi vida, el otro día cuando viniste al teatro creía que te iba a pegar un guantazo en cualquier momento porque paso de no soportarte a querer comerte la boca en cuestión de segundos, tengo pánico de volver a hablar contigo porque sé que, en cuanto me mires, me voy a querer quedar a vivir en tu pecho, me da pavor desaprender todo lo que he aprendido desde que no estás, pero voy a confiar en que ya soy lo suficientemente adulta y que todo lo que he construido estos meses está bien cimentado, voy a creer en mí, en quien soy, y me voy a atrever a pedirte una cita. ¿Cuándo puedes quedar?»

Ojalá tener los ovarios, pero no, evidentemente. No.

Convoco al consejo de sabios, compro vocal y resuelvo

—Chavales, voy a escribirle a Leo, ¿qué coño le pongo?

—Buenos días a ti también, *amore*. Aún no me he bebido el café, ¿me das un chance y cierras la boquita hasta que termine de desayunar?

—No, no hay chance que valga, de hoy no pasa.

—A ver, tía, no seas radical, vamos a reflexionar antes de hacer cosas a lo loco.

—Soy Aries, queridos, no quiero reflexionar más, estoy harta de proponerme cosas que van en contra de mi naturaleza. He decidido que quiero hablarle y voy a hacerlo.

—¿Puedo terminar de puto desayunar?

—Que sí, pesado.

Esperé a que el señorito terminara, Maggie y yo estuvimos mirándolo todo el rato para hacer presión y también para que se agobiara, era un dos por uno chulísimo.

—Como sigáis las dos, pedazo de petardas, mirándome así me levanto y me voy.

—Te perderás entonces saber qué le voy a poner.

—Cómo sabes dar donde duele, ¿eh?

—A ver, yo voto porque escribas lo menos posible y directamente quedes con él; hablar estas cosas en persona siempre es la mejor alternativa.

—Pues yo no estoy de acuerdo, deberías dejar claras las intenciones por WhatsApp para que luego no se líen las cosas antes de empezar. A ver si tú vas a querer ir a poneros al día y él te va a querer follar en un banco.

—Pero ¿cómo me va a querer follar en un banco?, ¿tú estás tonto?

—A ver, vamos por partes, ¿tú qué quieres de él?

—No tengo ni idea.

—Genial, empezamos superbién... ¿Ves como es una petarda?

—Roberto, deja de meter mierda. A ver, amor, cuéntanos, ¿por qué te apetece hablarle justo ahora? ¿Por qué no lo has hecho antes? ¿Por qué no quieres esperar más?

—Es que no lo sé, son como muchas cosas.

—Vale, venga, pues dilas en voz alta, que seguro que así te aclaras más.

—A ver, lo echo de menos. Creo que eso es algo que tengo superclaro, no sé si como novio, como amigo o como follamigo, pero echo de menos estar con él, quedar con él, hablar con él, tenerlo cerca. El otro día, cuando me follé a David en el baño, fue como una revelación, estaba buscando todo el rato resquicios de Leo. Igual lo que pasa es que necesito un cierre.

—¿Te lo quieres follar duro contra el muro?

—No. O sí, mira, no lo sé. No estoy pensando en sexo, no sé ni siquiera si lo quiero perdonar, solo sé que necesito explicaciones reales, las gilipolleces que me dijo en su momento no me sirven, no me sirve que me dejara porque un día quería jugar con sus amigos, otro tenía sueño y al tercero no tenía hambre.

—Karma María, ¿tú estás segura de que quieres volver a hablar con ese niño?

—Sí, pero quiero que sea algo casual. No quiero ir con ideas preconcebidas. Quiero que me dé explicaciones, eso sí, y en caso de que me sirviera lo que sea que me tenga que decir y se me quiten las ganas de querer ahorcarlo, pues... Quiero conocerlo, pero en plan de verdad, no rollo montaña rusa de emociones como la última vez. No quiero que si vuelve a decirme de quedar y luego no aparece yo sienta que el mundo se termina, que tengo clarísimo que si me vacila lo mando a la mierda pronto, pero me gustaría conocerlo como persona, pero sin la intensidad de los mares, intentando que no todo sea incendio, quiero que sea más *chill*.

—Tú no has sido *chill* en tu vida, guapa.

—Bueno, pues ahora sí, he cambiado, real. Desde este verano siento que ya no quiero sentir como antes, no voy a dejar de ser una intensa ni una romántica de narices, pero quiero ser capaz de diferenciar la idealización de la realidad.

—Guau, has currado con la psicóloga, ¿eh? Cómo se nota.

—Sí, tía, siento que soy otra persona, que he crecido, y siento que necesito hablar con él, que igual quedamos y veo que se me pasa, que era todo idealizado, que no es para mí, que si funcionó tan bien fue porque nos encontramos en un punto concreto de nuestra vida que nos hizo hiperbolizarlo todo o igual no, igual es el hombre que creo que es, que intuyo que es, que desde que lo conocí sé que hay dentro. Pero no porque yo lo quiera pensar, sino porque realmente lo es.

—Vale, chocho, ¿qué tipo de cita quieres?

—Pf, ni idea, primero tendré que saber si quiere quedar, ¿no?

Los dos se rieron a la vez, muy fuerte. Yo no entendía qué les hacía tanta gracia, pero acabaron con un ataque de risa. A mí se me acabó contagiando, pero no tenía ni idea de qué nos reíamos tanto. Fue Roberto el primero que consiguió calmarse y arrancar a hablar.

—Laura, fue al teatro el día que estrenamos la obra, ¿cómo coño no va a querer quedar? ¿Tú en qué mundo vives, amor?

—Qué raro se me hace que me llames Laura.

—¿Paro?

—No, no. Me encanta.

—¿Te llamas Laura?

—Sí, tía. En plan en mi DNI soy Laura, creo que me voy a cambiar el nombre de Insta y todo, quiero ser «más seria».

—Joder, normal, si con lo bonito que es Laura, no sé cómo no lo usas.

—Cosas de la vida. El caso, vamos a centrarnos. Yo no tengo tan claro que quiera quedar, o sea, creo que fue porque era un momento importante para mí y hablamos muchísimo sobre mi sueño de poder hacer algo como actriz alguna vez, pero de ahí a que quiera volver conmigo hay un mundo.

—Nadie ha dicho que quiera volver contigo, pero mínimo un revolcón te quiere dar, si no, ¿de qué va a ir al teatro?

—No me mires así, yo estoy con él.

—¿Tan evidente es?

—Pues... un poco sí. Encima, luego, cuando os quedasteis solos a la salida, que te estaba esperando para irnos con el resto... Tía, teníais algo, en plan se veía desde lejos, cómo te miraba, cómo lo mirabas, no sé. Es como que había una burbuja a vuestro alrededor.

—Eh, eh, eh. Frénate ahí, guapa, lo que le faltaba a la otra, que le des tú coba y románticos su vida más todavía.

—Escúchame, Roberto, que te lo digo en serio, que se miraban superintenso, era como que se decían cosas con los ojos.

—Pura hormona, *amore*.

—Y eso que yo lo quería matar, si nos llega a ver en nuestros tiempos...

—Bueno, que da igual, que el chaval va a querer quedar contigo seguro, Lauri, escríbele y ya está.

—Dios mío, Lauri... Voy a tardar años en acostumbrarme a esto.

—Te pega tantísimo.

—¿Real?

—Superreal.

—Qué guay.

Me quedé paladeando lo bien que sonaba mi nombre en boca de Roberto y de Maggie, me había hecho muy feliz lo de «Lauri», pero me había hecho más feliz todavía que Maggie confirmara lo que yo sentía, que no es que dude de mis sentimientos o de cómo creo que él se siente cuando está cerca de mí, pero que te lo confirme una persona externa es como que lo refuerza todo y sientes que no estás tan loca.

—¿Entonces dónde quedo con él? ¿Le digo de ir a desayunar?

—¿Quéééé? Pero ¿qué es? ¿Tu madre? Si quieres quedar en un bar, quedas a cenar, ¿qué es eso de desayunar?

—Pues yo qué sé, para luego poder salir corriendo si me cago de miedo, puedo fingir que he quedado para hacer algo, si quedo a la noche lo tengo imposible, porque a ver qué excusa pongo.

—¿Y si quedas por la tarde? Ya diciéndole que luego tienes una cena o algo así.

—¿Y si luego no me apetece irme?

—Que es lo que te va a pasar, como si te hubiera parido.

—Eso no lo sabemos.

—Eso sí lo sabemos, pero tú prefieres hacerte la petarda.

—Imagínate que la cosa va fatal, que no hay conexión y que no tenemos ni idea de cómo hablar.

—Aham, seguro que os pasa eso, y más después de lo que yo vi el otro día.

—Me estáis poniendo muy nerviosa.

—Venga, petarda, queda con él a media tarde, dais un paseo, si estás incómoda te vuelves a cenar y si estás cómoda pues te quedas con él por ahí.

—Eso, dile de quedar por el río, que así estás cerca de casa.

—Ni de coña, yo no quiero que me manche más el barrio, que luego todo me recuerda a él. Roberto, deja de mirarme así o te meto un guantazo que sales volando por la ventana.

—Es que eres tontísima.

—Oye, déjala, si ella siente así, pues siente así. Queda en El Retiro, que ahí no vas nunca y al mismo tiempo siempre se vuelve con personas distintas.

—¿Un paseo por El Retiro?

—Ni se te ocurra montarte en las barcas, no seas cutre.

—Pero ¿cómo me voy a montar en las barcas? Roberto, por Dios.

—Como si no te conociera...

—¿Y qué le escribo? ¿«Hola, Leo, quiero quedar contigo, ¿te apetece que vayamos a dar un paseo por El Retiro»?

—Exacto.

—Me cago.

—Pues si te cagas, al baño, no me manches el salón.

*¿PUEDE ALGUIEN TRAER A DAVID CIVERA Y QUE ME
DETENGA?!*

Me metí a mi habitación, cerré la puerta, me senté en la cama y empecé a romantizar mi existencia, como a mí me gusta.

Por unos momentos me sentí Hilary Duff en *Una cenicienta moderna*, pero en lugar de tener un móvil azul con estrellitas plateadas que se despliega y tiene un teclado chulísimo, pues tenía mi iPhone de confianza. (Ojalá pudiera estar a punto de escribirle un mensaje a Chad Michael Murray, también te digo.)

Abrí la aplicación de WhatsApp, busqué su nombre y me apareció enseguida encabezando la lista. Redacté el mensaje varias veces, pero después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que para algo había hablado con mis amigos: iba a ser fiel a la conclusión que habíamos sacado.

Hola, Leo, ¿qué tal? Igual este mensaje te pilla un poco de susto, pero bueno. Desde que nos vimos el otro día le he estado dando vueltas, me gustaría quedar contigo y que nos demos una vuelta o algo, ¿te apetece?

Le di a «Enviar» sin pensar más. Ya estaba hecho. Mi corazón se convirtió en Mayumana en cuestión de segundos. Tiré el móvil a la cama y me puse de pie dispuesta a dar vueltas por la habitación, pero el señorito no me dio tiempo a dramatizar mucho la situación, se me había olvidado que si tiene el móvil en la mano, él contesta. Nada más ponerme de pie, antes de empezar a caminar, miré la pantalla del móvil sobre la cama y vi el «En línea» y el «Escribiendo...» en el momento. Me volví a lanzar a la cama, me senté con las piernas cruzadas y esperé a su respuesta.

Hola, Karma. La verdad es que muy bien, me has pillado justo en un cambio de clase y con el móvil en la mano. Me encantaría verte, me apetece mucho que nos pongamos al día, y tenemos alguna que otra conversación pendiente que me gustaría tener, la verdad. ¿Cuándo puedes?

¡Cómo me alegra leer que sigues con tus clases! Confío en que sigas siendo el profesor de música más enrollado de la capital. Pues tengo las tardes bastante libres, ¿podrías alguna de esta semana?

Hombre, faltaría más, el profesor de ukelele medio terapeuta sigue al pie del cañón con sus chavales. Sí, claro, podría el miércoles, que martes y jueves tengo entrenamiento de rugby y no me gustaría ir con prisas.

Justo el miércoles no sé si tengo una cena, pero si la tengo será rolo diez y pico, así que podemos quedar sobre las 18 h y así tenemos margen, ¿te parece?

Me parece. ¿Dónde nos vemos? ¿Quieres que vaya a tu zona?

Emmmm, mejor no, que me apetece despejarme, que no salgo del barrio. ¿Te renta que vayamos al Retiro?

Oh, wow, me parece genial, llevo años sin ir, y eso que vivo aquí en Madrid.

Me pasa exactamente lo mismo.

¿El miércoles a las 18 h en la Puerta de Alcalá?

¡Perfecto! Nos vemos en dos días.

Nos vemos en dos días, Karmita.

Ahora me gusta que me llamen Laura.

¿Qué me dices? ¿Sí?

Llevo solo un par de días, pero parece que voy en serio.

En ese caso, nos vemos en dos días, Laurita.

No me llames Laurita porque puede que me derrita, y te sigo odiando muy fuerte.

Ah. ¿No queremos eso, Laurita?

¡LEO! ¡PARA!

¿Para qué me regalas armas si no quieres que las use?

Has sido tú el que ha empezado a llamarme así.

Y has sido tú la que me ha dicho que te molesta.

Molestarme, precisamente molestarme, no me molesta.

¿Ah, no? ¿Y qué te hace?

Pffff... Paso muchísimo de ti.

¿No me lo vas a decir, Laurita?

Te veo en dos días, Leíto.

Ya estaba sonriendo a la pantalla, otra vez. «Céntrate, Laura. Céntrate de una maldita vez, que tiene muchas cosas que explicarte y tú tienes muchas cosas que entender.» Dejé de sonreír de golpe, bloqueé el móvil y seguí con mi vida.

Ahí está viendo pasar el tiempo, la Puerta de Alcalá

Paso los próximos dos días por alto, porque básicamente era yo poniéndome nerviosa porque lo vería, enfadándome por ponerme nerviosa cuando me la debería sudar, y voy directamente al meollo. Yo tengo ganas de escribirlo, y espero que vosotras tengáis ganas de leerlo. Además, en esos días no pasó nada relevante más allá de que las horas se me estaban haciendo eternas y que pensé en rajarme una media de quince veces a la hora.

Estaba nerviosa, estaba atacada, estaba como si fuera a verlo por primera vez. Por el amor de Yisus, le había comido el cimbrel en siete posiciones distintas, lo había visto hacía relativamente poco, ¿por qué es tan difícil a veces todo?

Me vestí para la ocasión, evidentemente. Me puse un vestido negro que tenía dos aberturas en los costados y llegaba hasta media espinilla, unos mocasines negros, una americana naranja, una boina negra, los rizos en todo su esplendor, el *eyeliner on point*, muchas capas de máscara de pestañas, bien de rubor y siete litros de perfume.

¿Se me había ido el *outfit* de las manos? Creo que sí, sinceramente. Parecía yo *Emily in Paris* sin ser yo nada de eso, pero quería estar guapa, quería que me viera guapa, quería que se quedara alucinando cuando me viera aparecer. Y, queridas, objetivo conseguido. ¿Para qué quería yo eso? Pues para no dejar de ser idiota e incoherente.

Bajé del metro y salí por la boca de la Puerta de Alcalá, cuando llegué él ya estaba esperándome allí, justo delante de la entrada del Retiro. Llevaba casi la misma ropa del otro día, un vaquero oscuro, un jersey de cuello alto negro, la chupa de cuero negra y unas botas militares negras también, tenía el pelo bastante más largo, y me di cuenta de que cuando lo vi en los Luchana no me había fijado.

Me vio desde varios metros de distancia y me escaneó entera, de arriba abajo, pero se detuvo en mis ojos y lo vi tragar saliva. «Aguenta, Laura, recuerda que es un profundo idiota que te ha hecho muchísimo daño.» Se pasó la mano por el pelo y lo recolocó hacia atrás, aunque apenas duró ahí unos segundos, enseguida volvió a caer hacia adelante y, joder, qué sexy me había parecido eso. «LAURA, PARA YA.»

—Dios mío, Karma, estás preciosa.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal.

—Creo que nunca te había visto tan guapa.

—Creo que nunca me había tomado tan en serio cómo vestirme.

—¿Ahora vistes siempre así?

—Me gustaría, la verdad, he cambiado bastante mi armario, pero no sé cuánto tiempo aguantaré alejada del pantalón del chándal y de la sudadera de *El Señor de los Anillos*.

—Bueno, cuando vas así también estás tremenda.

—No me compares, anda.

—No te comparo, son distintas versiones, pero las dos son tú.

—¿Entramos?

—Sí, claro, vamos a dar un paseo.

Y entramos dentro del Retiro, comenzamos a caminar a paso lento, él con las manos en los bolsillos, yo mirando un poco a todas partes. ¿Por qué de repente estaba tan tranquila?

«Lo odias, lo odias, lo odias.»

—¿Qué tal va la obra? Por lo que he podido ver, lo estáis petando, ¿no?

—La verdad es que sí, estamos flipando mucho, no sé si algún día me acostumbraré.

—Ojalá que no, pero seguro que sí.

—¿Cómo?

—Pues que a partir de ahora esta será tu vida y, aunque ahora te parezca extraordinario, luego será rutinario, ojalá tarde mucho en llegar ese momento, pero seguro que te acaba pasando en mayor o menor medida.

—Yo con no volver a ser teleoperadora me doy con un canto en los dientes.

—¿No lo echas de menos?

—Ni un poquito.

—Ay, vaya, yo pensando que desde que no te ponen a niños al teléfono para que les expliques que los juguetes no les llegan a tiempo eras menos feliz.

—Estoy muy feliz ahora mismo, la verdad, desubicada, pero feliz.

—Te ha cambiado la vida, ¿eh?

—Muchísimo.

Cuando se lo dije, levanté la cabeza y lo encontré mirándome. Nos quedamos quietos durante unos segundos, sonriéndonos mutuamente. Sentí la conexión, una vez más, recorriendo el hilo invisible que unía sus ojos con los míos, el imán que hacía que todo el tiempo quisiera estar más y más cerca. «Laura, ¿puedes parar?» Noté un micromovimiento por su parte, cómo se iba a acercar a mí, y decidí continuar caminando.

—He ido a terapia.

—Yo también.

—Bueno, estoy yendo.

—Yo también.

—¿Y qué tal? ¿Te está sentando bien?

—Pues creo que sí, la verdad, tenía ganas de hablar contigo en parte por eso.

—¿Por tu terapia?

—Por las conclusiones que he ido sacando en las sesiones, sí.

—¿Alguna tenía que ver conmigo?

—Unas cuantas, Laura, unas cuantas.

—Me has llamado Laura.

—Es tu nombre, ¿no?

—Lo es.

—Fui un gilipollas. ¿Nos podemos sentar? No quiero hablar de esto sin poder mirarte a los ojos.

Conversaciones de vida adulta (por fin)

Nos sentamos en el primer banquito que vimos. Estaba en una zona que no era de paso, era como un pequeño jardín, apenas había nadie cerca, se encontraba a la derecha del camino que te lleva a la zona de las barcas, al Palacio de Cristal y demás, apenas había gente cerca y tenía un par de farolas. Era perfecto para poder vernos las caras porque estaba a punto de anochecer.

—Ibas justo diciendo que fuiste un gilipollas.

—Anda, no se le ha olvidado a la niña la palabra.

—Necesitaba que me lo dijeras.

—¿Porque tú también lo piensas?

—Sí.

—Perdón.

—¿Por qué exactamente?

—Por todo un poco, la verdad. No sé qué me pasó.

—Pero ¿sabes que te pasó algo?

—Sí, claro, creo que era algo que se estaba gestando casi desde el principio, pero al final me acabó explotando en la cara y con esa explosión te viniste tú detrás.

—No fue agradable, la verdad, pero gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme esto, he pensado durante muchos meses que estaba loca.

—Pero ¿por qué vas a estar tú loca?

—Porque en parte creo que tenías razón. Me lo dijiste de unas formas horribles y me dolió tanto que he estado hasta ahora sin hablarte, y aún no sé muy bien qué hago aquí, pero creo que tenías razón.

—No la tenía.

—Sí, sí la tenía. No era normal que me doliera tantísimo que me dejaras tirada... Te juro que creía que me iba a morir.

—Fueron tres veces. Seguidas.

—Lo sé, créeme que lo sé.

—Fui un gilipollas.

—Y yo me tomé lo nuestro demasiado en serio.

—Me dio miedo. Tenía miedo.

—¿De qué?

—De que descubrieras el pastel, de que vieras que no soy tan maravilloso como tú piensas, de ver que te había encerrado en una relación en la que ni siquiera me conocías.

—Leo, algo te conozco.

—Algo sí, por supuesto, mucho más que muchísimas personas, pero... pero me tenías demasiado idealizado. Sentía un complejo de inferioridad muy fuerte cuando se trata de ti, Karma.

—Laura.

—Perdón, Laura.

—No quiero ser yo quien invalide tus emociones o tus palabras, pero no me cuadra lo que estás diciendo.

—¿Por qué no?

—Porque no, Leo, porque si sientes ese complejo de inferioridad como tú dices no me tratas así de despota.

—Era mi mecanismo de defensa. Para no admitirme ni a mí mismo que sentía que no merecía estar contigo, me aparté. Lo sigo pensando.

—¿Qué sigues pensando?

—Que no estoy a la altura.

—Leo, esto no va de alturas. No sé de dónde viene ese sentimiento, pero yo también lo sentía, no entendía cómo estabas conmigo, estuve los casi tres meses pensando que cualquier día me ibas a dejar, y eso no puede ser.

—Yo estaba igual, jamás me lo habría creído si alguien me hubiera dicho que te iba a dejar yo a ti, bueno, que sería yo quien querría terminar con la relación.

—Pues la terminaste y me dejaste hecha una mierda.

—Lo siento, Laura, de verdad que lo siento. No estaba preparado para conocer a alguien que me importase tanto de la nada.

—De la nada, no, guapo, que estábamos en Tinder.

—Ya, pero yo he tenido muchos rollos en Tinder, lo tuyo fue distinto, desde el principio, como que conectamos.

—Lo sé.

—Lo siento, de verdad que lo siento, Laura. Llevo castigándome desde que dejamos de hablar, he intentado escribirte doscientas veces, pero al ver que no estabas por la labor, paré. Entiendo perfectamente que no quisieras saber nada de mí.

—Quería saber de ti, quería saber de ti cada maldito día, Leo. No sé cuántas veces he abierto tu conversación en WhatsApp, no sé cuántas veces he pensado en llamarte, pero sabía que no lo tenía que hacer, necesitaba sanar, necesitaba valorarme, necesitaba ponerme en primer lugar.

—Lo entiendo.

—He soñado contigo casi todos los días, maldito.

—Me ha pasado.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de sueños?

—Ah, que te interesa...

—Hombre, claro, para saber si eran del mismo estilo...

—¡Mírala ella! Pues han sido casi todo pesadillas, la verdad. Hay uno que era recurrente, estaba como en un juicio y tenía que defenderme, pero no era capaz de hablar.

—Oh, wow, los míos eran casi todos porno.

—De esos también ha caído alguno por mi subconsciente. Éramos pura química.

—Tenemos mucha química.

—La tenemos.

Hubo dos segundos de silencio en los que únicamente miramos a los labios del otro, parecía que el resto de nuestro cuerpo no existiera. Hice ademán de acercarme un poco a él, pero cuando apenas me había movido un par de centímetros volvió a hablar. «Y menos mal, estate quieta, Laura.»

—Lo hemos dicho en presente.

—Sí, pero también tengo claro que no podíamos dejarnos llevar solo por la química, había que poner cabeza. He estado reflexionando mucho, Leo. Corrimos demasiado, estuvimos juntos poco más de tres meses y dormí en tu casa casi sesenta días... Ese ritmo no era ni medio normal.

—Yo... me agobié.

—¿Por mi culpa?

—Por la de los dos, supongo. Al final no eras tú la que me obligaba a pasar tiempo contigo, los dos queríamos hacerlo.

—¿Alguna vez quisiste no quedar conmigo y te viste obligado a hacerlo?

—Sí y no. Alguna vez sabía que teníamos que frenar, pero no tenía ganas, no quería, me apetecía estar contigo, pasar tiempo contigo, me lo pasaba muy bien contigo, Laura.

—Y yo contigo. Entonces... ¿cuál fue el problema?

—Pues que de repente me vi teniendo una relación demasiado seria sin haberlo meditado, me metí hasta el fondo del mar sin tener ni idea de nadar, y todo esto con una chica arrolladora, que había vivido muchísimas cosas, que tenía unas aspiraciones superalejadas de las mías, que tenía unos sueños gigantes y yo me sentía muy pequeño, muy poca cosa. Nos habíamos ido a Roma, habías conocido a mis amigos, te quedabas a dormir en mi casa seis días a la semana de siete y en realidad ni siquiera sabía si estaba preparado para tener una relación con alguien tan... tan tú. Fueron como demasiadas cosas en poco tiempo.

—Pero yo no tuve la culpa, te quiero decir, éramos los dos los que queríamos vernos todo el rato, hablar a todas horas... Te regalé el viaje a Roma porque habíamos dicho que queríamos ir juntos.

—Que sí, Laura, que sí. Que no me excuso, te eché a ti la culpa y te dije que tenías que ir a terapia tú, pero la realidad es que el que tenía que amueblarse la azotea era yo. Yo debería haber sabido identificar qué me estaba pasando, qué estaba sintiendo. Debería haber sabido frenar, haber sabido comunicarte qué me estaba pasando, pero ¿siéndote sincero? No tenía ni idea de qué me pasaba. De repente me vi muy agobiado y que no quería quedar contigo, sencillamente no me apetecía y no entendía que encima te molestara. Creía que estabas siendo una niñata por no entender lo que me estaba pasando.

—Encima.

—Un gilipollas de libro, lo sé, y lo siento.

—No pasa nada, gracias por decirme esto ahora.

—Qué menos.

—¿Sabes identificar qué es lo que te agobió?

—Dejarme llevar por tu intensidad. Sé que puede parecer que yo también era igual de intenso que tú, pero la realidad es que yo no soy así. Yo soy un chico supertranquilo, me gusta dar clase, tocar el bajo, jugar a videojuegos y ver películas. Tú eras actriz, escribías, habías recorrido medio mundo, sabes hablar cuatro idiomas... Era como que quería estar a la altura de tus expectativas, pero al mismo tiempo tenía clarísimo que en cualquier momento ibas a descubrir el pastel y me ibas a mandar a la luna.

—Me gusta como eres.

—No sabes cómo soy.

—Sí que lo sé.

—Soy mucho más tranquilo que tú, Laura.

—¿Y qué? Creo que ahí está el problema, en que nos adaptamos el uno al otro demasiado rápido renunciando a nuestra individualidad. Dejé a mis amigos, dejé de hacer los planes que me gustaban, dejé de ser yo para estar contigo. Eras como una droga para mí, Leo. Llevaba

demasiado tiempo sin sentir... Sin sentir nada, y llegaste tú, lo revolucionaste todo, todo lo demás era como... como insípido, y, claro, siendo yo como soy, imagínate saber poner límites.

—Los tendría que haber puesto yo, porque a mí me pasó lo mismo. De normal me encanta pasar tiempo en soledad, me gusta no hacer nada, soy muy de ir de tranquis, y tú eres un jodido terremoto.

—Tendríamos que haber hablado más.

—Y de forma asertiva. No desde el echarle las culpas al otro, sino desde un lugar en el que explicar cómo nos sentíamos nosotros.

—Lo siento.

—Yo también lo siento.

Nos quedamos callados un rato, un rato demasiado largo. Era como que teníamos que digerir todo lo que nos habíamos dicho. Pero ¿sabéis qué? Que ya habría tiempo para eso más tarde, estaba harta de pensar, de reflexionar, de intelectualizarlo todo.

—¿Has montado alguna vez en las barcas?

—¿En las del Retiro?

—Sí.

—No.

—¿Vamos?

—Pero ¿qué somos de repente? ¿Guiris?

—Venga, va, vamos a hacer algo divertido. Nos hemos puesto demasiado intensos.

—No he remado en mi vida.

—Yo tampoco. Vamos a aprender.

—Estás fatal.

—Dime algo que no sepa.

Juguemos a los prejuicios

Echamos a andar de nuevo y nos dirigimos a las barcas del Retiro, ¿lo hice en parte porque Roberto me había pedido expresamente que no lo hiciera? Puede ser, pero la verdad es que me apetecía muchísimo.

Ya os adelanto que no os tenéis que preocupar, no se viene escena empalagosa de parejita en las barcas del Retiro, no os voy a hacer eso, aunque deberíamos admitir que a más de una nos habría encantado.

Llegamos al sitio y la verdad que aluciné porque era bastante más barato de lo que me esperaba, pagamos a medias y subimos. Se montó él primero y yo fui detrás. Sería chulísimo contaros cómo subí a la barca y él me ayudó desde dentro, cómo al entrar caí pizpireta muy cerca de él y nos miramos intenso para luego besarnos locamente.

¿La realidad? Que casi me mato, casi vuelco la barca y casi tiro al agua al señor que había allí ayudándonos a subir. Nos dio un ataque de risa..., para qué. Más de cinco minutos intentando superar la cara de asco que me puso aquel hombre, me tropecé al entrar, chillé, se medio vino detrás de mí, al poner mi peso en la barca se tambaleó y nos vi dentro del agua al señor, a Leo y a mí..., pero no, sobrevivimos sin mojarnos.

Nos cogimos un remo cada uno y, cuando conseguimos frenar un poco la risa, comenzamos a hablar de forma divertida tranquilamente de todo un poco.

—Oye, estás creciendo en redes sociales últimamente, ¿eh? El otro día vi a mi hermana viendo un vídeo tuyo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, estaba viendo uno en el que hablabas de la experiencia que había tenido una amiga tuya en un probador de Inditex, que se puso a llorar porque no le abrochaba la 38.

—Ostras, ya..., ese vídeo se me ha hecho superviral, me subieron casi diez mil seguidores después de eso.

—Era muy bueno, ¿eh? Me encanta el mensaje que das en redes, es supernecesario.

—Jo, muchas gracias. La verdad que hablar de temas que son importantes para mí me está haciendo muy feliz, veo que no estoy sola en esto en el mundo y que puedo echar una manita a alguna que otra persona que lo necesita.

—Es algo muy guay, ¿te ves currando de *influencer*?

—Sí, claro, para eso subo los vídeos. O sea, sé que soy actriz y que mi energía va a estar focalizada en seguir desarrollándome como tal, pero las redes me molan y no me importaría para nada dedicarles tiempo como estoy haciendo ahora.

—Eres una gran comunicadora.

—Bueno... Lo intento.

—Y lo consigues, señorita, y lo consigues.

—Bueno, va, ya basta de piropos, ¿jugamos a algo?

—Cómo te echaba de menos, terremoto.

Lo miré una vez más, se me escapó una medio sonrisa y él se contagió también. Menudo par de pipiolos, de verdad.

—Qué guapa estás, Laura, la madre que me parió.

—Cállate ya, anda. ¿Jugamos o no?

—Venga, dale. ¿A qué quiere jugar la niña?

—A los prejuicios.

—Este es nuevo.

—Nunca hemos repetido juego.

—Es verdad. Venga, explícamelo.

—Vale, yo te digo un prejuicio que tengo de ti y tú me dices si es verdad o no.

—Pero ¿un prejuicio en plan cómo?

—Un prejuicio en plan «Tienes el armario organizado por colores».

—Ni de coña.

—En ese caso he perdido y te tocaría a ti lanzar un prejuicio.

—¿Y si aciertas? ¿Vuelves a lanzar otro?

—No, cada vez uno.

—¿Entonces de qué sirve acertar o fallar?

—De pasárnoslo bien y conocer al otro, Leo. No es un juego matemático con reglas con sentido, literalmente me lo acabo de inventar.

—Si es que somos como agua y aceite... Yo quiero saber si voy ganando o no, si no, ¿pa' qué juego? Pero bueno, vale, te lo compro. Cuando eras pequeña, la profesora siempre te mandaba callar en clase.

—Supercorrecto.

—No me esperaba menos, te toca.

—Como eres el hermano del medio, siempre has sentido que eres al que menos quieren de la casa.

—Sin duda alguna, no es que lo sienta, es que es lo que hay, en mi casa soy la última mierda.

—Hala, qué exagerado eres, de verdad.

—Cuando eras adolescente tuviste época EMO.

—Que me meo... No, jamás. ¿Te imaginas?

—Te pega todo.

—¿A mí? Pero si soy una princesa.

—Sí, claro, de cuento.

—¡Oye! ¡Pero ¿de qué vas?!

—Laura..., princesa, lo que se dice princesa, no eres.

—A veces sí, listo.

—A veces, pero no la mayoría del tiempo.

—Tu superhéroe favorito es Iron Man. Dios mío, espero haber fallado, como sea Iron Man, te tiro de la barca.

—Lo es, ¿cuál es el problema?

—Dios mío, eres tan hetero...

—Tú también eres hetero.

—Pero por lo menos no me gusta Iron Man.

—¿Y qué te gusta? ¿El Capitán América?

—Más que Iron Man definitivamente.

—Pero ¿cómo te va a gustar más el pringado ese?

—¿Que cómo? ¡Pero si Iron Man lo único que tiene es pasta!

—Tony Stark es de las personas más inteligentes de todo Marvel.

—Tony Stark es la persona más ególatra de todo Marvel.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que me da profunda pereza, todo gira en torno a su rabo.

—¿Y el Capitán no es así?

—No, no es así, listo. Al Capitán le importa el bienestar de su gente.

—El Capitán América es un jodido blanqueo del patriotismo estadounidense, jamás me habría esperado que fuera tu favorito.

—No es mi favorito.

—¿Y por qué lo defiendes?

—Porque me gusta más que Iron Man, pero mi favorito es Hulk.

—¿HULK? ¿Quién tiene como favorito a Hulk? Si tiene las peores películas de toda la industria.

—Yo, Leo, yo, y no estoy sola en el mundo. Aunque tenga las peores películas es el personaje más completo y con el arco más increíble.

—¿Qué es lo próximo?, ¿que te cojas a Bulbasaur de inicial?

—Hombre, claro, alguien tendrá que elegir a los tipo planta.

—Eres una causa perdida.

—Soy una buena persona.

—Y que Hulk...

—¡Oye, ya vale!

—Es que mira que hay donde elegir.

Y así estuvimos debatiendo sobre quién era el mejor de Los Vengadores durante más rato del que me gustaría reconocer, pero no os lo transcribo porque al final os vamos a caer fatal a la mayoría, y no es ese el objetivo de estas páginas.

Cachimba para dos, que se note que somos heteros

Nos faltó la cena en La Tangiatella, ya os lo adelanto. Menos mal que no fuimos a cenar a ningún sitio, porque si le llego a decir a Roberto que hemos ido a las barcas del Retiro, a un italiano y después a fumarnos una cachimba a medias, me quita el puesto de aliada del colectivo, y con razón.

Salimos de las barcas y volvimos sobre nuestros pasos, salimos del Retiro y comenzamos a caminar dirección Cibeles, subimos hacia la Gran Vía y nos metimos por Huertas. No penséis que habíamos dejado el tema de los prejuicios, porque no fue así, estuvimos más de dos horas con lo mismo.

Es un juego que da lugar a mucha conversación interesante, lo único es que hay que tener mucha idea de prejuicios, porque si uno empieza pronto con el «No se me ocurre nada», apaga y vámonos. No era nuestro caso.

—Oye, ¿tú no te tenías que ir a cenar?

—Nada, no te preocupes, puedo no ir.

—¿Era una excusa que te habías inventado por si no estabas a gusto?

—...

—¡Laura! ¡Qué fuerte! ¿Cómo te atreves?

—Es que imagínate que eres un gilipollas integral y que lo paso fatal, tendré que tener la manera deirme pensada.

—¡Pero si ya nos conocemos! Si alguna vez no estás a gusto conmigo te puedes ir tranquilamente, me lo dices y te piras, no hace falta que montes una excusa.

—A ver, llevábamos demasiado sin vernos, no sabía cómo iba a ir esto.

—¿Y cómo está yendo?

—Yo estoy bastante a gusto, la verdad. ¿Tú?

—Yo también, pero nos noto como... como tranquilos, ¿no?

—Sí, creo que sí. Parece que hemos aprendido a bajar la intensidad.

—A ver cuánto nos dura. ¿Te *ape* que vayamos al bar de un colega que está por aquí cerca? Tiene cócteles, cachimbos y eso.

—Pero ¿de un amigo?

—Sí, claro, de Iván, no sé si te he hablado alguna vez de él.

—No me suena, la verdad.

—Es que no viene casi nunca, porque siempre está currando, ha emprendido él solo el negocio, es un máquina.

—¿Y vamos a ir ahí?

—Si te apetece, sí, es un sitio así en plan tranquilo para seguir hablando y eso.

—Sí, sí, por mí guay.

Me quedé un poco rayada, ¿me iba a presentar a otro amigo suyo? ¿Justo después de que habláramos de que teníamos que dejar de ser tan intensos? ¿Eso era que me veía como una amiga

y por eso no le importaba presentármelo? ¿Era porque quería algo conmigo y de perdidos al río? ¿Era porque era un hombre y a este tipo de cosas no les daba más vueltas? Me quedaré con la última suposición, esto no lo he aprendido en terapia, pero lo he aprendido en la vida. Si hay algo que un hombre hace y no entiendes por qué, vete a lo más evidente y sencillo, muy probablemente acertarás. (Generalización modo *on*, me tomo la licencia.)

Llegamos al sitio, y la verdad es que estaba chulísimo. Era un local de dos plantas. Arriba había mesas normales y en la parte de abajo había como minisaloncitos supercucos. A nosotros nos sentaron en uno que tenía dos sofás enfrentados y una mesita baja en medio de ambos. Durante unos segundos me rayé fuerte porque no sabía si sentarme a su lado o enfrente, él había pasado primero y había cogido asiento. Decidí sentarme enfrente, los sofás eran de dos plazas y más bien pequeños, no quería ponerme en una situación incómoda teniendo que tener su cuerpo pegado al mío.

—¿Te vas a sentar ahí?

—Sí, ¿no? Es que parece pequeño el sofá.

—A ver, yo prefiero que te sientes conmigo, no quiero que estés a dos metros de distancia.

—Ah, vale. Me daba palo que no cupiéramos.

—A ver, si no quieres, no, ¿eh? Te sientas ahí enfrente y ya está, que no quiero que estés incómoda.

—Que no, que no, estoy bien, me he rayado un momento, pero todo en orden.

—Pero siéntate aquí, ¿no?

—Vale.

—¿Seguro?

—Que sí, que sí, que, vaya, por mí sí.

—Dios mío, somos tontísimos, siéntate donde quieras.

—Ahí contigo.

—Venga, pues aquí conmigo.

Me senté ahí con él y efectivamente era un sitio bastante justo, era imposible que no tuviéramos contacto físico el uno con el otro. Yo me giré para sentarme de lado y así poder verlo bien, él hizo lo mismo. Nuestras rodillas chocaban y ambos teníamos el brazo subido en el respaldo del sofá.

Nos trajeron una cachimba y un cóctel a cada uno, estaban los dos increíblemente buenos.

—¿Sigues con la musicoterapia?

—No, de momento la he dejado aparcada, me he quedado solo con las clases, me han hecho fijo en el colegio en el que estoy y quiero centrarme bien en mis alumnos. Quiero tiempo para mí, para seguir con el bajo, jugar al rugby, estar con los colegas...

—¿Cómo están?

—¿Quiénes?, ¿estos? Estupendos, la verdad, Ana y Ger se van a casar.

—Ya, lo vi en Instagram.

—Sigues hablando con Ana, ¿no?

—Cada vez menos, la verdad.

—¿Y eso?

—No sé, me recordaba a ti, aunque no quisiera.

—Os lleváis demasiado bien, no deberías perderla.

—Pero es tu amiga.

—Y la tuya.

—La mía no.

—Bueno, iba por el camino.
—Ya...
—Venga, vamos a seguir con los prejuicios y el que falle bebe.
—Ah, ¿nos vamos a poner así?
—Hemos venido a jugar, ¿no?
—Dispara.
—Desde que lo dejamos, no has dejado de follar.
Escupí literalmente el trago que le estaba dando a mi cóctel.
—Uy, sí, una cosa loca, vamos.
—¿No has follado con diez tíos por lo menos?
—El otro día estuve con un chico, pero poca cosa.
—¿Y nadie más?
—Nadie más.
—¿Por qué?
—Porque no me sale, ya lo sabes, no puedo tirarme a cualquiera.
—Hombre, a cualquiera no digo, Laura, pero yo qué sé, han sido muchos meses.
—¿Tú te has tirado a muchas personas?
—Mmmmm..., a tres chicas.
—¿Y qué tal?
—Meh, sin más... Ninguna me gustaba de verdad. ¿Y el tuyo?
—Pues es muy mono, hicimos el guarro en el baño de una discoteca, pero no creo que repita.
—¿Por qué no?
—Porque no me gusta lo suficiente. —«Y porque mientras lo tocaba solo podía pensar en ti.»
—Ah.

Ambos bebimos de nuestras copas. No sabía cómo me había sentado esa información, se había tirado a tres mujeres en nueve meses. Wow. Yo no había sabido hacer otra cosa que escribirle poemas e ir al psicólogo para intentar entenderme. «Eh, quieta, Laura, detén esa línea de pensamiento. No estaba contigo, podía hacer lo que le diera la gana, nadie es como tú, cada uno es como es y gestiona como quiere.»

Cayeron tres cócteles, cada uno. Me vi un par de veces acariciándole el brazo de forma despistada como quien no quiere la cosa y enseguida me cortaba a mí misma; aunque me saliera de forma natural, no tenía nada claro. Lo pillé un par de veces mirándome los labios más de la cuenta, dejamos de jugar a los prejuicios y empezamos a hacer test de internet, rollo los de la *Super Pop*, pero frikis.

—Venga, señorita, a ver qué raza de *El Señor de los Anillos* eres.
—Claramente soy de los elfos.
—Claramente eres de los hombres.
—¿Qué dices?
—¿Cómo vas a ser tú elfa?
—Ya... Es la que más me gusta, pero yo no sería elfa.
—No, no lo serías. En realidad eres un poco *hobbit* también, ¿eh?
—Tú eres tontísimo.
—Que no, que te lo digo en serio. Te gusta escribir, te gusta cocinar, eres superenana.
—Te pego, ¿eh?
—Venga, va, ¿qué arma llevarías contigo a la Edad Media? ¿Un puño de acero, un hacha, una espada larga o un arco? Te pega el hacha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Venga, hacha. ¿Qué bebida pedirías en una taberna? ¿Hidromiel, cerveza, agua o vino especiado? Hidromiel.

—Hidromiel.

—¿Qué personaje te gustaría que te acompañara en tus aventuras? ¿Aragorn, Saruman, Gandalf o Legolas?

—Dímelo tú.

—Gandalf.

—Definitivamente.

—¿Qué cualidad valoras más? ¿Lealtad, ambición, poder o codicia? Lealtad.

—Aham.

—¿Qué lugar de la Tierra Media visitarías primero? ¿Minas Tirith, Abismo de Helm, Edoras o La Comarca? La Comarca claramente. La última: ¿qué harías si el Anillo Único cayera en tus manos? ¿Te lo quedas, pero no lo usas; intentas replicarlo; te lo quedas y usas su poder o lo replicas?

—Tú sabrás, has contestado a todo por mí...

—Te lo quedas, pero no lo usas.

—¿Qué soy?

—Un elfo.

—¡Lo sabía!

—Qué fuerte, creía que te iba a salir la raza de los hombres.

—Estoy destinada a casarme con Legolas.

Porque decirle que estaba destinada a casarme con él era demasiado fuerte para una primera segunda cita, ¿no?

Me caigo fatal, esa última frase es mentira, ¿vale?

Santificarás a los conductores de Uber

Acertó todas y cada una de las respuestas de todos y cada uno de los test que me hizo. De Marvel, de *Harry Potter*, del *League of Legends*... ¿Cómo era posible que apenas nos conociéramos y que a la vez nos conociéramos tanto?

¿Que si me hizo ilusión? Pues, por mucho que me joda reconocerlo, sí, muchísima. Me ponía tanto que supiera la respuesta a cualquier cosa superaleatoria... Hicimos lo mismo al contrario y yo también supe qué contestar todas y cada una de las veces.

Nos acabamos todos los cócteles y nos dieron más de las dos, era un día tonto entre semana y el bar cerraba. Con mucho amor y cariño, el colega nos echó, nos dijo que nos esperaba por allí cualquier otro día, no nos cobró la cachimba y nos vimos pasada la medianoche en mitad de Gran Vía un miércoles tonto.

—¿Qué te apetece hacer?

—Eh... Yo es que mañana doy clase.

—Ay, es verdad, claro, qué tonta. Pues yo me voy a pedir un Uber.

—Cómo se notan los billetes, ¿eh?

—A estas horas no hay metro, y paso de esperar un nocturno con el frío que hace.

—Total, yo también voy a pillarme un coche.

—Genial.

Ambos cogimos nuestros móviles (obvié la retahíla de mensajes que tenía de Rup y de Maggie) y pedimos un coche, cada uno para nuestra casa.

—El mío tarda tres minutos.

—El mío cinco.

—Te gano.

—Como siempre.

Nos quedamos ahí los dos, vergonzosos de repente, sin saber muy bien qué decir o qué hacer. Yo me fijé en que él estaba temblando y se lo dije.

—Oye, estás tiritando.

—Es que hace frío, lo que no sé es cómo estás tan normal si solo llevas la americana y el vestido de manga corta debajo.

—Soy una mujer calurosa.

—A ver, yo tampoco soy el más friolero de España, pero es que aprieta, ¿eh?

—Te dejaría mi chaqueta, pero es que no tengo ninguna. Ay, mira, mi coche.

Nos miramos durante unos segundos, yo no me moví, porque no sabía qué se suponía que tenía que hacer, fue él el que inició el movimiento, creía que iba a ir a darme dos besos, pero en lugar de eso me abrazó. Me abrazó muy fuerte, me abrazó de una forma que hizo que su olor se metiera hasta en el último rincón de mi cerebro.

Yo... yo únicamente cerré los ojos y me dejé hacer. Me dejé abrazar, me dejé querer, me permití deshacerme en sus brazos, como tanto echaba de menos, como tanto había querido. Sin

ser muy consciente o siéndolo completamente, empecé a girar la cara en busca de su cuello, en busca de la fuente de su olor, en busca de su punto débil. Respiré ahí un par de veces, eché mi aliento con sabor a daiquiri de maracuyá, lo noté tensarse a mi alrededor, noté cómo sus brazos de repente me abrazaban más fuerte, cómo su respiración se aceleraba, cómo apartaba un poco la cabeza para darme un mejor acceso.

Empecé a besarle el cuello, piquitos cortos, restregando cada centímetro de mi cara contra su piel, absorbiendo cada partícula.

—Laurita...

—No me llames así.

Lo dije pegada a él, no había ningún centímetro que nos separara, me cogió la cabeza con las dos manos, me separó un poco y me miró a los ojos. Nos quedamos ahí varios segundos, en mitad del frío de Gran Vía, con alcohol de más, con perfumes revueltos, con restos de muchas cosas que aún quedaban por decir. Noté cómo poco a poco comenzaba a acercarse a mí, lo vi cerrar los ojos, yo cerré los míos y entonces...

Entonces el señor de mi Uber decidió pitar como si no hubiera un mañana. Puede que creáis que esto lo hago para estirar el momento, pero si a vosotras os jode no leerlo, imaginaos cuánto me jodió a mí no vivirlo.

No nos besamos y lo sentí como una maldita señal divina, menos mal que cuando yo no sé poner orden en mi vida lo hace el universo por mí. Jesucristo (o el señor del Uber) no quería que eso pasara y, si no pasó, fue por algo.

Creía que no querías nada. Creía que tú tampoco

Me subí en mi Uber con una mezcla de sentimientos... No sabía qué sentía, no sabía si había ido bien, si había ido mal o si había ido regular.

Habíamos hablado como personas adultas, me había pedido perdón por no haber hecho las cosas como debía, nos echamos unas risas, nos demostramos que nos conocíamos más de lo que queríamos admitir, pero no nos habíamos besado, y en realidad yo no sabía si quería hacerlo o me estaba dejando llevar por el momento.

¿De verdad pretendía besarlo como si nada? ¿De verdad una conversación en mitad del Retiro era suficiente para volver a revivirlo todo?

En estos pensamientos andaba cuando de repente se iluminó la pantalla de mi móvil con un mensaje suyo:

Mi señor de Uber me acaba de dar un bocadillo y una botella de agua... Estoy flipando.

Pero ¿qué dices? JAJAJAJAJAJ...

Lo que lees, lleva aquí una caja entera con bocadillos y me ha preguntado si quería coger uno.

Y tú lo has cogido, claro.

Hombre, cómo no. No hemos cenado nada y tengo un hambre que me muero.

Ya, tío, somos lo peor... Pero vaya, qué bien, menuda maravilla de fin de noche, cierras por todo lo alto, JAJAJAJA.

A ver, se me ocurren mejores maneras de cerrar, la verdad.

¿Ah, sí? ¿Como por ejemplo?

Tú y yo yéndonos a casa en Uber, en el mismo, no en distintos.

Ah, ¿querías que nos fuéramos juntos?

¿No era evidente?

No lo sé.

Laura, me he pasado la tarde dándote señales.

¿Señales de qué?

Señales de que te quería besar.

¡Pero ¿qué dices, loco?! ¡Si he sido yo la que no ha parado de tocarte! Me ha costado mucho controlarme.

¿De tocarme?

Hombre, claro, el momento en el que estabas tú con el test en el móvil y yo he empezado a acariciarte el brazo... Me he dado cuenta y he tenido que cortarme.

Yo no quería que pararas, eres supercariñosa, siempre tocas a todo el mundo, no creía que fuera señal de nada.

Tampoco sé si era señal de algo, me ha salido solo, pero he pensado que no era el momento.

¿Has estado incómoda?

No, para nada, pero no quiero confundirme ni tomar decisiones precipitadas, me gustaría antes entender qué pienso al respecto de todo lo que hemos hablado.

Si necesitas hablar cualquier cosa, preguntarme lo que sea, estaré encantado de responderte a lo que quieras.

Esta noche... ¿tú querías besarme?

Laura, por favor, si ya te he dicho que me quería ir contigo en el mismo Uber... ¿No has visto cuando he empezado a mirarte la boca durante doscientos minutos seguidos?

¿Doscientos minutos? Luego la exagerada soy yo.

No sabía qué más hacer, no quería que te sintieras incómoda, no sabía si querías.

Quería, claro que quería, pero tengo que poner cabeza y límites de vez en cuando a mi impulsividad, que luego me encuentro metida en situaciones que no sé si quiero vivir por no pararme a pensar ni dos minutos las cosas.

Pues qué pena... Ya no eres una mujer loca e impulsiva.

¿No se supone que me dejaste por intensa? Pues mira, aquí me tienes, rebajando intensidad. Además, no hay mal que por bien no venga, así mañana vas al colegio fresco como una lechuga.

No te quedes con que no quiero que seas intensa, por favor... A veces no sé muy bien cómo explicarme, pero me refería a que nuestra historia me sobrepasó, nunca había conocido a una chica que se entregara tanto en tan poco tiempo, pero me encanta cómo eres y no me habría importado ir menos fresco, la verdad.

Leíto... No te me pongas ahora valiente, ¿eh?

Creía que no querías nada, de verdad.

Yo creía lo mismo que tú.

¿Y si cambias la dirección del Uber?

¿Y si la cambias tú?

¿Quieres que me haga una mochila y vaya?

Están Roberto y Maggie en casa.

Si a ti no te importa, a mí no me importa.

Lo pensé, lo pensé como diez segundos antes de contestar. Miré por la ventanilla y vi a muchísima gente haciendo cola en la Riviera, gente viviendo. «A la mierda.»

Sí, venga, te paso mi dirección.

Me sé tu dirección.

A veces quiero que se me olvide que ya nos conocemos.

Pues nos conocemos, querida, algo nos conocemos.

Eh... Leo, perdón. Mejor no vengas, ¿vale? ¿Quedamos otro día? Se me hace raro que después de tanto tiempo te plantes en mi casa de madrugada para echar un kiki, prefiero que lo dejemos estar.

Por mí no hay problema, te entiendo perfectamente. Además, si tiene que pasar, pasará. No hace falta acelerar las cosas. Mejor otro día y listo.

Sí, otro día mejor.

Bloqueé el teléfono, suponía que me tendría que sentar mal, que tendría que maldecirme a mí misma por no hacer justo lo que me apetecía, pero no, creía de corazón que había hecho lo correcto. Después de habernos separado, ¿qué sentido tenía alargar algo que no había surgido de manera natural? La pantalla de mi móvil me cortó la línea de pensamiento.

Me lo he pasado increíble, Laura. Creo que ha sido de las mejores noches del año sin lugar a dudas.

Yo también me lo he pasado muy bien, Leíto... No me importaría repetir pronto.

¿Nos vemos el finde?

Trabajo en el teatro, tengo función sábado y domingo.

Ostras, es verdad, que ahora eres una chica ocupada en los momentos de ocio. ¿Quieres que te recoja el sábado cuando termines?

Es que siempre nos tomamos algo con los del teatro al salir.

Bueno, vale, *don't worry*. Ya me dices tú cuando puedas.

Sí, yo te aviso. Nos vemos pronto, capitán.

Nos vemos pronto, pequitas.

Llegué al portal de mi edificio pensando que había ido increíble. Eso era justo lo que necesitaba. Sin sexo, sin demasiada intensidad, solamente dos personas que se atraen y se tienen mucho cariño hablando de la vida y dándose las explicaciones que se debían.

Poco a poco, chicas, poco a poco.

Yo mataré tsunamis por ti

Cuando llegué a casa y me encontré a todo el mundo durmiendo me dio un poco de bajón, pero, claro, eran casi las tres de la mañana, ¿qué pretendía? ¿Que pararan su vida para escuchar mi drama? Pues por supuesto que no.

Me desmaquillé, me puse mis cremitas, me lavé los dientes, perfumé mi cama y me metí dentro. Sabía que no me quedaría dormida pronto, así que decidí escribir. No quería pensar, y es la mejor manera que he encontrado para entender qué siento sin tener que intelectualizarlo.

Cómo sentir tantas cosas y no saber elegir cuál de todas sientes.

Cómo conseguir calmar a este corazón que no deja de debatir con su cabeza.

Cómo acallar a mi cuerpo, que no para de repetirme que no lo escucho.

Me llegan descargas de sentimientos por cada parte de mi ser, cada una me cuenta una cosa distinta y yo no sé escucharlas a todas a la vez.

Me enciendes, me despiertas, me conviertes en erupción.

Me aterras, me frenas, me paraliza la idea de volver a ser contigo.

No quiero perderme en el camino.

No sé si estoy preparada para volver a encontrarte.

Me tiemblan las manos al pensar que podrías estar aquí, dentro de estas sábanas, compartiendo espacio y respiraciones junto a mí.

Me arrepiento de no haberte suplicado que te pasaras, que recorrieras mi cuerpo, que volvieras a tocarme como solo tú sabes hacerlo.

Me alegro de haberme mantenido estoica, de no haberme dejado llevar por la idea de que esta noche la pasaras pegadito a mis suspiros.

Me siento tan adolescente cuando escribo sobre ti, cuando pienso en ti, cuando me pierdo en ti.

¿Por qué romantizarlo todo tanto? ¿Por qué no sé ser sin escribir? ¿Por qué no sé sentir bajito? ¿Por qué no soy capaz de controlar todo lo que nace de mis entrañas?

No sé qué pasará mañana, pero hoy me voy a dormir sabiendo que te echaba de menos, que tu sonrisa es capaz de iluminar El Retiro entero y que sentir que me conoces es de los regalos más grandes que me ha hecho la vida.

Tú me ves, querido, tú me ves de verdad.

Aunque te abrume mi intensidad. Aunque temas mis huracanes. Aunque te atormente mi manera de sentir.

Tú me ves y, a pesar de todo, has decidido volver a pasearte por la orilla de esta playa.

Prometo intentar calmar los tsunamis, aunque no estoy segura de que sepa cómo hacerlo.

La obra de teatro renueva hasta fin de temporada y yo solo quiero chillar

Al día siguiente me desperté feliz, definitivamente estaba contenta con el transcurso de las cosas. Tanto que hasta cambié las sábanas, así, a lo loco. Ordené la habitación a fondo, puse un par de lavadoras, encendí una velita nueva que me había pillado en el Muy Mucho, grabé contenido para mis redes sociales y me senté frente a mi ordenador a organizarme los próximos temas de lo que querría hablar.

Había pensado en empezar a contar mis desastres amorosos, todas las citas desastre que había tenido alguna vez en mi vida y que todas habían salido mal. En la obra de teatro hablábamos de los desastres amorosos y la gente se meaba al oírnos: si funcionaba en la obra, por qué no iba a funcionar también en las redes.

Maggie y Roberto me hicieron intervención a mitad de mañana, los dos se sentaron en mi cama y me escucharon atentos narrarles toda la historia.

—Flipo con que de verdad te montaras a las putas barcas, eres la persona más básica que conozco.

—Pues me lo pasé increíble.

—Tía, pero qué mierda que no os dierais ni un piquito ni nada.

—Es que no, tía. Todavía no, primero quiero ver cómo me siento y cómo va avanzando la cosa. Quiero ir poco a poco, no quiero precipitarme.

—Así me gusta, mi niña aprendiendo de sus errores.

—Gracias, bombón, no fue tarea sencilla.

—De todas formas, ya tenemos los treinta y ya os habéis follado en todas las posiciones. Está bien que vayáis poco a poco y que te dosifiques, pero a la próxima, si te apetece, qué menos que que te coma el manubrio.

—Hay vida más allá del sexo.

—¿Y eso me lo dices tú, Laurita? En cuanto te lo tires otra vez, ya verás como no quieres salir de su cama en un año.

—Que no, esta vez las cosas van a ser distintas, me ha dicho de quedar el fin de semana y le he dicho que no.

—¿Y por qué le has dicho que no?

—Pues porque le he dicho que nos íbamos a tomar algo con los del teatro, no quiero parar mi vida otra vez por él.

—A ver, *amore*, esto va de equilibrios. Si has quedado con él el miércoles y te apetece verlo el sábado, pues, coño, queda con él. La cosa es que no desaparezcas del mapa y te vayas cada día a su casa.

—Bueno, que da igual, que me lo quiero tomar con calma y ya está.

—Vale, vale. Yo no digo nada. Por cierto, tenéis un podcast esta tarde, que quieren que vayáis a hablar de la obra.

—Maravilla. Tía, podríamos grabar algún vídeo juntas para redes, ¿qué te parece?

—Eh... Sí, claro. Me encantaría.
—Eso, *coworking* las dos, que tenemos muchas entradas que vender.
—Si están todas agotadas.
—Ya, pero las de los próximos meses no.
—¿Próximos meses? ¿Nos renuevan?
—¡Hasta fin de temporada!
—¡¿Hasta junio?! ¡¿Nos estás vacilando?!
—No, no os estoy vacilando, nos quedamos programados sábados y domingos hasta junio.
—Dios mío, no me lo puedo creer.
—La verdad es que yo tampoco.
—Dios mío, chavales, cómo lo vamos a petar.
Y lo petamos, vaya que si lo petamos, pero vamos poco a poco.

Escribir como manera de curar el alma

Cuando terminé de hacer todo lo que me había organizado para esa mañana, me fui al Verde a merendar con el portátil y comencé a escribir estas páginas. Sí, queridas, escribía mientras iban pasando las cosas, y menuda montaña rusa de emociones. En realidad, os lo recomiendo, es como que te enteras muchísimo mejor de tus movidas, te entiendes mejor cuando te escribes y, aunque no lo hagas para que alguien lo lea, yo os recomiendo fervientemente el ejercicio.

Yo escribo sobre el amor porque es lo que más me cuesta gestionar, lo que más me cuesta ver, y creo que estos libros han sido lo que ha hecho que haya sabido mejorar tanto mi forma de relacionarme con el mundo en general y con Leo en particular.

Decidí que me apetecía seguir hablando con él, desde la noche anterior ninguno nos habíamos dicho nada, y me lancé a escribirle sin ningún tipo de reparo.

¿Cómo está el profesor de música más chulito de Madrid?

A punto de encender el PC para echarme un LOL, ¿entras?

Qué va, estoy en una cafetería haciéndome la interesante,
he dejado los videojuegos.

¿Qué me dices? ¿Has conseguido salir de esta mierda?
¿Cómo lo has hecho?

Siendo consciente de que los usaba para escapar de mi
realidad. Esta cuarentena le he dado muy duro.

Ya, cuando me metía a jugar siempre te veía en partida, pero
pensaba que era por aburrimiento.

Lo era, pero también he caído en que, cada vez que no
quería pensar, encendía el ordenador y me tiraba horas
evadiéndome de cosas que tenía que afrontar.

A ver, siempre que se use como entretenimiento está bien,
pero si para ti es una vía de escape para eludir
responsabilidades, pues claro, mal.

Totalmente. Algún día aprenderé a jugar sin compulsividad,
pero de momento me lo he desinstalado del ordenador.

Pues nada, reina, enhorabuena, ojalá yo algún día siga tus
pasos.

No creo que tú puedas dejar los jueguitos en tu vida.

Tampoco quiero en verdad, siempre es tiempo de calidad que echo con los colegas.

Definitivamente. ¿Cómo ha ido el día?

La verdad que muy bien, me he levantado de muy buen humor... No sé por qué será.

Anda, ¿sí? ¿Ha cambiado algo en tu vida últimamente?

Pues chica muy mona, que ayer decidió quedar conmigo...

¿Qué me dices?, ¿sí? ¿Y cómo fue?

La verdad que muy bien, la deberías conocer, te caería genial.

¿Es simpática?

Es simpática y graciosa, pero bueno, tiene sus cosillas, ¿eh?

No me digas más.

Le gusta el Capitán América.

Pues definitivamente me caería genial.

¿Sabe ya la señorita cuándo querría volver a verme?

¿Te apetece verte el sábado?

¿Con tu gente?

Sí, con mi gente.

Pero ¿no me habías dicho que íbamos a ir en plan tranquis?

Sí, sí. Si es en plan tranqui... O sea, es que te vengas a tomar algo con mis amigos, sin más.

¿Va Roberto?

Hombre, claro.

Qué miedo.

¿Qué miedo por?

Porque seguro que me odia.

A ver, odiarte, odiarte, no te odia, esa es una palabra muy fuerte.

Bien no le caigo.

No te conoce.

Pero ha oído hablar de mí.

Algo...

Algo dice, no me podrá ni ver.

Que se apañe.

¿Me lo puedo pensar?

Faltaría más.

¿Cuál es el plan?

Vamos a tomar algo en el bar de enfrente del teatro y luego quieren ir de fiesta.

Pero ¿fiesta en plan *hardcore*?

Leo, es sábado.

Ya, ya... Es por ir haciéndome a la idea.

¿Eso es un sí?

Eso es un me lo pensaré, no soy yo muy fiestero.

Quieren ir a la Sala Caracol, que hay una sesión de reguetón clásico.

¿A la Reggaeton Old School?

¡Ahí! ¿La conoces?

Vi la promo una vez y me acordé de ti.

Me han dicho que va a ser la mejor noche de mi vida.

No me importaría formar parte de ella.

Venga, pues nos vemos el sábado.

Dale.

Reflexión aleatoria que me ha salido del corazón

La vida estaba yendo bien, yo me estaba adaptando a las mil maravillas a mi nueva rutina. El hecho de levantarme tranquilamente, tener tiempo para mí, invertir horas en hacer cosas que me movieran y me motivaran a partes iguales estaba siendo un absoluto regalo.

Creía que esto sería así eternamente y, claro, definitivamente no. En breve me daría cuenta de que tener una productora de teatro propia, una obra de teatro que lo petara fuerte, un crecimiento en redes sociales asombroso, una persona con la que quería retomar una relación de algún tipo, mantener a mis amistades y familiares contentos y cuidarme a mí misma no sería tan fácil.

Pero qué oasis en medio del desierto viví durante tres meses, qué dichosa me sentía, qué bien cuando todo va bien. Más tarde llegarían nuevas formas de emprender, personas con mensajes de *hate* a manchar el buen rollo que inundaba mis redes sociales, contratos con marcas, libros que escribir, tener que ponerte guapa porque (aunque os cueste creerlo) la gente me empezaba a parar por la calle para darme las gracias.

Os juro que es algo a lo que no sé si me acostumbraré alguna vez, algunas personas me paraban para decirme cuánto se divertían conmigo, cuánto les hacía reír, cuánto se distraían con mis historias de no-amor tan disparatadas; otras me daban las gracias por la reivindicación, por el poner límites, por el denunciar con la cabeza alta cosas que no deberían vivir las personas gordas por el simple hecho de existir.

Jamás podré agradecer lo suficiente a todas y cada una de las personas que se nutrieron de mí, de mi contenido, de mis libros, de nuestra obra de teatro... Era una sensación absolutamente maravillosa; pero, en contraposición, estaba la sensación de exposición, el ponerte como centro de diana, el señalarte abanderada de un movimiento que hacía que en muchas ocasiones el activismo estuviera por delante de tu salud mental.

Mi vida hoy en día no es de color de rosa, me he juntado con más trabajos de los que puedo y sé gestionar, tengo que dar explicaciones a muchísimas personas de cada paso que doy, siento que si me equivoco me lapidan en la plaza pública que es el maravilloso mundo de internet. Pero ¿al principio? Al principio era todo diversión, amor, risas, palabras de aliento, de agradecimiento, de sostén. No fue así eternamente, pero me siento muy orgullosa de cómo aprendo cada día a gestionarlo mejor.

Al final, esto del amor propio, de la autoestima, de quererte de verdad y ponerte siempre es un camino, un camino que no tiene fin. Tiene muchas cimas, muchos puntos en los que pararte en lo alto de la montaña, observar las vistas y sentirte plena, pero luego toca volver a ponerse en marcha un día de lluvia y pelear con el barro y el viento por caer ladera abajo.

Supongo que lo que quiero deciros con esto es que, a pesar de estas páginas, de que en esta novela parezca que todo va bien, que todo está en su lugar, que por fin me encuentro de verdad y todo parece fácil y sencillo, no es así.

Las vidas perfectas no existen, la profesión ideal no está a nuestro alcance, aprender a tener una relación sana con alguien supone un esfuerzo y un trabajo diario.

Para mí la solución siempre estuvo acompañada de la terapia, de una psicóloga que me ayudara a entenderme, a gestionarme. Una profesional que me diera herramientas para combatir la ansiedad, el insomnio y los dolores de cabeza que me traían por el camino de la amargura más veces de las que jamás me atreveré a admitir.

Aprender a ver a las personas a las que quería como compañeras de vida y no como mi vida en sí misma fue difícil. De hecho, no me atrevo a decirlo muy alto porque aún no estoy segura de no volcar en ellos gran parte de lo que soy. Existimos por cómo nos ven los demás, y a veces nos perdemos demasiado en la imagen que proyectamos y no en quien realmente somos.

Manteneos constantes, queridas. Entablad una relación seria con vosotras mismas, tratad de volver cada vez que podáis al punto de partida, a la casilla de salida, al lugar en el que poder hablar con vosotras y redescubriros las veces que haga falta.

No os perdáis en los demás, no dudéis de vosotras, no lo hagáis durante mucho tiempo seguido; aprended a detectar cuándo os perdéis y volved a la casilla de salida (que, por cierto, jamás es la casilla de salida, nunca retrocedemos tanto, aunque tengamos la sensación de que es así).

Aquí hay Leo, aquí hay Roberto, aquí hay Maggie, aquí hay muchísimas personas de las que ni siquiera habéis oído hablar porque no quiero diluir la historia que he venido a contar; pero lo que os quiero transmitir es que aquí, entre estas páginas, entre estas letras, estoy yo. Laura. Sin apellidos, sin adjetivos, sin nada más que mi persona.

Os abro mi corazón y mi mente para que veáis que muchas somos las que pasamos por procesos muy parecidos, puede que no os identifiquéis con todo, pero estoy segura de que sí os veréis reflejadas en mucho. No estamos solas, no es fácil, no todos los días es igual de bonito.

Pero desafiemos al mundo queriéndonos, poniéndonos en primer lugar, aprendiendo a ser mejores personas cada día.

Disculpad si me pongo petarda cuando hablo de nosotras, yo siento así.

Vamos a venerar a Dios, o sea, a bailar Don Omar hasta el amanecer

Antes de empezar a hablaros del sábado... Nadie se había equivocado cuando me dijeron que esa fiesta podía ser la mejor noche de mi vida. Porque lo fue, lo fue muy fuerte, no le pedí matrimonio al DJ porque estaba un poco feo, pero podría haberme casado ahí mismo, entre restos de alcohol en el suelo, gente sudada y olor a humanidad que se lo está pasando increíble.

Salimos del teatro después de otro lleno absoluto, saludamos a la gente que se quedó a vernos al salir, fuimos a beber al bar de enfrente, empezamos con vinos y cerveza, pero tardamos poco en pasarnos a lo duro.

Yo me había hecho un *outfit* que parecía que iba más al gimnasio que de fiesta, sinceramente. Me planté un conjunto de mallas y sujetador deportivo de cebra, me hice doble *eyeliner* negro, pintalabios rojo y pelazo rizado al viento (el cual sabía que acabaría en una coleta en cuanto pusiera un pie en la discoteca).

Leo me había dicho que le daba palo venirse solo con mi gente, yo le dije que si quería seguir quedando conmigo tendría que ver a mis amigos sí o sí. Me dijo que en cuanto cogiera confianza que, sin problema, pero que era una persona tímida y que le costaba mucho trabajo adaptarse a un círculo social nuevo, que si me parecía nos veíamos directamente en la discoteca, que él iba a hacer la previa con sus amigos en su casa y luego allí nos encontrábamos todos. Me pareció estupendo y maravilloso, yo tenía mis necesidades, él tenía las suyas, mientras ambos nos adaptáramos todo bien. Yo esa noche quería bailar y punto, con o sin él.

La gente del teatro sin duda apuntaba fuerte a convertirse en nuestro nuevo grupo de amigos, eran absolutamente maravillosos, todos y cada uno.

Las cosas con David la verdad es que estaban superbién, el chaval en ningún momento me incomodó, y creo que yo a él tampoco, había muy buen rollo y no dio ninguna señal de tirarme la caña o algo parecido. Asumo que sería la conversación que tuvimos por WhatsApp, pero definitivamente no estaba molesto conmigo. No sé tampoco muy bien qué reacción me esperaba yo, literalmente lo conocía de verlo por los pasillos y tener conversaciones esporádicas unas cuantas semanas.

Jugamos a un montón de juegos de beber, al tipiquísimo «Yo nunca», al «Psicólogo», a «El pueblo duerme»... Literalmente, una de las técnicas de luces y sonido que se llamaba Teresa se meó encima de la risa y tuvo que volver a entrar al teatro a ducharse y buscarse unos pantalones secos... Fue todo un cuadro, pero un cuadro TAN divertido.

Pedimos distintos taxis para ir a la Sala Caracol, eran casi las tres de la mañana y llevábamos un pedo encima bastante importante. Cuando me subí al coche escribí a Leo para preguntarle si él ya estaba allí, para mi sorpresa no me contestó. Asumí bastante rápido que no vendría y, la verdad, me molestó, pero también pensé que si no aparecía sería una forma de demostrarme que no tenía tanto interés en mí y que, por tanto, no merecía la pena rayarme pensando en él. Estaba pedo, tenía un nuevo grupo de amigos e iba a sonar *Angelito sin alas*, más no podía pedir.

Llegamos al local y... Y en la cola para pagar oí cómo dentro estaba sonando *Pégate más*,

también conocida como MI CANCIÓN. Os juro que es oír ese temazo y me vuelvo completa y absolutamente loca en cuestión de segundos. Empecé a meterles prisa para que pudiéramos pasar pronto y encontré mi lugar de peregrinación.

La discoteca de mi vida.

Había gente, pero no muchísima. La peña estaba bailando, pero bailando de verdad, restregándose todos con todos, bajaban perreando hasta abajo, no se veía a ningún baboso rondar... PF. Es que no tengo palabras para describir (han dejado de hacer esta sesión en Madrid y me duele en el corazón que no podáis ir a vivirla al menos una vez).

Nos fuimos derechos a la barra a pedir la consumición, buscamos un sitio en el espacio en el que cupiéramos, yo apoyé mi copa en el lugar que estaba destinado para ello, me recogí el pelo en una coleta, me quité el abrigo y comenzó mi clase de zumba. Luego que digan que las gordas no nos movemos, ojalá me hubierais visto toda embutida en un conjunto de licra con *animal print* de cebra, mis Converse y sudando como una cerda.

Lo di todo, lo di absolutamente todo. Fueron tres horas en las que únicamente sonaron temazos, uno detrás de otro. Sin fin. ¿Leo? ¿Quién era ese?

Seres de luz y chupitos de tequifresi

Pues era el que justo estaba entrando por la puerta de la discoteca en el momento en el que estaban sonando las K-Narias a todo lo que daban los altavoces de sí.

Estaba dándolo todísimo con Maggie al ritmo de «y no te vistas que no vas, que no me vuelvas a buscar, porque lo nuestro ya pasó y ahora sin ti yo estoy mejor». Toda la frente perlada de sudor, prácticamente con el culo en el suelo mientras bajábamos hasta el inframundo. En cuanto lo vi dejé de bailar y me quedé mirándolo.

Sería el alcohol, sería que tanto bailar reguetón me estaba poniendo mala, pero nada más verlo me entraron unas ganas de abalanzarme contra él y estamparlo contra una pared para comérmelo a besos que no sé cómo pude controlarme, pero me controlé. Buena chica.

Bueno, sí que lo sé, me controlé porque de repente llegó Ana dando gritos y abrazándome como si no hubiera un mañana.

—¡Que me caso, Karma! ¡Que me caso!

—Amor, ya lo vi en Instagram. ¡¡¡Enhorabuena!!!

—Tía, que me lo pidió en un *escape room* de *El Señor de los Anillos*, la última prueba me llevaba al anillo y era el anillo de poder, pero para pedirme matrimonio, ¿sabes? No sabes la llorera...

—No te creo..., ¡¡¡qué maravilla!!!

—La boda la vamos a hacer medieval, como si estuviéramos en Rohan. Ya lo estamos mirando todo, me tienes que ayudar a organizar.

—Claro que sí, loca, lo que necesites.

—¡Venga, vente! ¡Que te invito a un chupito!

¿Por qué llevaba sin ver a esa mujer casi un año y parecía que no hubiera pasado ni un solo día? Nos fuimos a la barra y a él no lo saludé. Qué guapo estaba, chicas, de verdad os lo digo. Era la primera vez que lo veía con camisa... Me podría morir ahí mismo. La llevaba de color blanco, unas zapatillas blancas y un vaquero negro, 112, esto es un llamado de emergencia, *baby*...

—¿Cómo estás con Leo, tía? Cuando nos ha dicho que veníamos aquí porque estabas tú, me he emocionado muchísimo.

—No te emociones tanto y no te emociones tanto, que solo nos hemos visto una vez.

—Bueno, y esta dos, hacéis superbuenas pareja, tenéis que volver.

—Frena el carro, que no quiero precipitarme, ha sido duro, amor.

—Bueno, tía, sois los dos superbuenas personas, seguro que encontraréis la manera de estar en la vida del otro sin haceros daño. Por cierto, tengo que ir a ver tu obra de teatro. He intentado sacar dos veces las entradas con Ger y siempre están agotadas. ¡¡Qué fuerte!!

—Ya..., estamos alucinando, quién nos lo iba a decir.

—Pues cualquier persona que te conozca, tía. Eres luz.

Le di un abrazo, porque cómo no iba a abrazar a ese ser humano. Ella sí que era pura luz.

Cuando nos separamos nos encontramos con Leo y Ger, que habían venido hasta nosotras.

—No pensaréis brindar solitas, ¿no?

—¡Ay, Ger! ¡Qué ilusión verte, jo! ¡Cuánto tiempo!

—Ya ves..., desde antes de la pandemia, ¿no? No te he saludado antes porque aquí mi prometida te ha cogido por banda y anda que te suelta.

—¡Ya me ha contado que os casáis!

—Estás invitadísima a la boda.

—¡Pero ¿qué dices?! ¿Qué pinto yo ahí?

—No te va a salir la oportunidad de ir a una boda en Rohan en tu vida, así que no digas que no.

—Eso también es verdad... —Me giré para mirar a Leo a los ojos directamente y sin reparo alguno—. ¿Y tú qué?

—¿Y yo qué de qué?

—¿No me vas a saludar?

—Sí, claro.

Se acercó a mí y pasó su mano por mi cintura. Olía a su perfume y a... a alcohol. Al parecer, no era la única que iba un poco pedo. Se acercó con su boca a mi moflete derecho y me dio un beso con todas las de la ley. No fue un beso al aire, no. Plantó sus labios en mi piel y yo creía que me podría morir ahí mismo. Me separé un poco y me quedé mirándolo, ¿por qué me gustaba tanto ese maldito hombre? «Aguanta, Laura, aguanta.»

—Definitivamente, van a volver.

—¡Tía, cállate ya!

Entre risas, me aparté de él, llegaron los chupitos y brindamos por los novios.

Podría acostumbrarme a vivir momentos así, la verdad.

Voy buscando una lady

Volvimos con el resto, saludé a todos sus amigos e intenté hacer ronda de presentaciones, pero de repente empezó a sonar *Virtual diva* y, claro, una tiene sus prioridades.

Ana no tardó nada en ser una más de nuestro grupo, consiguió hasta que Roberto perreara con ella, con eso os lo digo todo. Me encantaría deciros que los dos grupos se fusionaron, pero os estaría mintiendo. Los amigos de Leo no dejaban de ser hombres hetero, y la peña del teatro tenía todas las siglas del colectivo.

Tardaron un rato en aclimatarse y arrancarse a mover un poco los pies del sitio, no los culpo, aquello parecía un antro del pecado y ellos señores que van a misa cada domingo.

Y yo estaba ahí, dándolo todo con Ana cuando empezó a sonar *Una lady como tú* y un ser humano vino por detrás de mí, juntó su pecho con mi espalda y agarró mis caderas... al ritmo de esa canción que roza la perfección. Yo me dejé llevar y pegué cada centímetro de mi cuerpo al suyo al ritmo de la música. Me di cuenta de que jamás había bailado con él, de que jamás había ido a una discoteca con él, en realidad habíamos hecho tan pocas cosas juntos...

Se agachó un poco para llegar a mi oído y me susurró.

—Estás tan sexy cuando te lo pasas bien.

—Leo, voy sudada y en ropa de deporte.

—Estás tan sexy cuando te lo pasas bien.

—No puedo llevarte la contraria, ¿no?

—No, no puedes.

Me giré y pasé mis brazos por detrás de su cuello. A tomar por culo, no quería pensar más. Seguimos bailando mientras nos mirábamos... Cómo me miraba, es que jamás podré describirlo bien, todo desaparecía, hasta Manuel Turizo dejaba de sonar, era como que solo existían los latidos desbocados de mi corazón. Me sentía tan a tres metros sobre el cielo...

«Voy buscando una lady como tú, la quiero así. Quiero que te enamores como estoy yo de ti. A casa enviarte flores y en tu nombre escribir mil canciones de amores pa' que pienses en mí como yo pienso en ti...»

Mirarlo mientras sonaba eso de fondo y los dos nos movíamos al ritmo de la música... No pude más y, sin saber muy bien por qué, comencé a deslizar mi mirada, bajé de sus ojos y empecé a mirarle los labios, como si fuera la primera vez que los veía en mi vida. Humedecí los míos y... y poco a poco me acerqué, disfrutando de cada centímetro recortado, de cómo mi aire salía de mi boca, entraba en la suya y viceversa. Podría quedarme ahí a vivir, a dos centímetros de su boca, pero él no tuvo tanta paciencia como yo y terminó de recorrer la distancia hasta que sus labios se fundieron con los míos. Nos besamos como tantas otras veces y, sin embargo, lo sentí como si fuera la primera.

Asumo que de alguna manera lo era.

Fue un beso lento pero cargado de pasión, cargado de cuánto te echaba de menos, cargado de qué bien me haces sentir.

Puso la palma de la mano en mi cara y nos envolvimos en una burbuja, tan solos y tan rodeados de gente...

Qué bonito cuando sucede la magia, cuando todo cobra sentido, cuando crees que has encontrado tu lugar, el lugar que siempre estuvo ahí, esperándote.

La magia sigue siendo cosa de dos, ¿no?

Y que mis canciones ahora sean nuestras

Esa canción siempre sonaría a él, lo supe en ese mismo instante, y eso que los besos que nos dimos duraron más de quince canciones, pero a partir de ahora no podría escuchar ese tema sin pensar en él.

Por un momento tuve la sensación de haberla liado. ¿Solo una cita y dos conversaciones intensas por WhatsApp y ya le estás comiendo la boca mientras piensas que vuelves a romantizarlo todo como si lo acabaras de conocer? Acababa de renunciar a una canción que era muy mía y ahora pasaba a ser nuestra, a ser de su recuerdo, de sus labios, de sus manos trepando por mi cuerpo. ¿Me estaba precipitando? La parte de mí que reniega del romanticismo se cagó en toda mi estampa, me odió durante varios segundos y me dijo que podría haber elegido cualquier otra que no me gustara tanto.

Luego caí en que no, en que no tenía ningún sentido dejar de besar, dejar de sentir, dejar de intentarlo por no manchar canciones, por no manchar lugares, por no manchar momentos. La vida va de esto, de vivirla, de compartirla.

Y sé que alguna de vosotras podría creer que se lo puse demasiado fácil, otras pensaréis que debería haberlo besado el mismo día del estreno de la obra, yo solo sé que estaba intentando hacer las cosas lo mejor que sabía.

Siempre dicen que las segundas partes nunca fueron buenas, pero yo creo firmemente que no tiene por qué ser así. ¿Por qué no volver a intentarlo? ¿Por qué, si sabes que fue porque no era el lugar ni el momento, no volver a probar? ¿Por qué, si hay intención de intentar hacer las cosas bien, no dar otra oportunidad?

Si sale mal, que salga. Pero ¿y si sale bien?

En el amor y en todo en la vida. A veces las cosas no salen bien a la primera y no pasa nada. No es menos válido, no es menos útil, no es menos nada.

Hay que hacerlo con cabeza, con intencionalidad, con propósito.

Y yo estaba dispuesta, estaba dispuesta a hacerlo bien de verdad. ¿Con ayuda profesional? Sí, pero yendo a por todas.

Matadme por esto que voy a escribir:

Leo, ojalá que a partir de ahora todas mis canciones sean tuyas también.

Follar o no follar, esa es la cuestión

Cuando conseguimos despegarnos después de mucho, mucho tiempo, vimos que el resto seguían dándolo todo al ritmo de las mejores canciones del mundo (para mí).

Volví a bailar con mis chicas y vi cómo Leo se acercaba a Roberto y le daba la mano. Roberto estaba serio, estaba muy serio, pero por lo menos parecía que le daba conversación. Con que no le hubiera escupido en la cara yo me daba por satisfecha, sinceramente.

Qué noche tan chula, de verdad. Es que cada vez que la recuerdo me dan ganas de volver a ella, y era consciente, ¿eh? No es de esos momentos que vienen a tu mente pasado el tiempo y piensas: «Joder, qué bien me lo pasé y no lo sabía». Yo sabía que estaba viviendo algo que se quedaría en mi mente durante muchos años.

Entre besos, risas y música sucia, terminamos la noche a las siete de la mañana, cuando salimos ya estaba el sol dándonos los buenos días... Qué rayada, ¿eh? Cuando sales de fiesta y vuelves siendo de día, vuelves a casa demacrada, con ropa de noche y pensando que eres un ser inmundo e indecente. Lo que hace ver las cosas con luz, ¿no? Porque, vamos, dentro de la discoteca estás tú que pienso yo en qué hora es en algún momento (cuando me lo estoy pasando teta, claro).

Salimos y... y sería el alcohol, chicas, yo qué sé, pero es que estaba aún más guapo que dentro. ¿Cómo es posible? Literal iba pedo, con la camisa por fuera, me había comido la boca veinte veces en menos de dos horas y ahí estaba, radiante, el muy asqueroso.

Roberto y Maggie me preguntaron si iba a volver a casa y si iba a volver sola... Yo la verdad que no lo tenía del todo claro. ¿Estuve bailando durante ciento ochenta minutos sin parar? Sí. ¿Me quedaban fuerzas para echar un polvo de campeonato? También. La reina del cardio me llaman por ahí, pero no sabía si era lo correcto. Harta de la moralidad, os lo juro.

Me acerqué a Leo y le pregunté qué tenía en mente.

—Oye... Estos me preguntan que si voy a volver a casa, ¿tú qué planes tienes?

—¿Te apetece que demos un paseo?

—¿Ahora?

—Eh... Sí, ¿no?

—Claro, sí, sí. Pensaba que querías volver a casa, que se ha hecho tarde y usted es ya mayor.

—Pero serás perra..., si tengo dos años más que tú.

—Estás cerca de los cuarenta ya, señorito.

—¿A que no hay paseo?

—Es broma, es broma. Vámonos de *after* a caminar.

Les dije a estos que yo iría un poco más tarde, me miraron los dos con cara de «Sí, claro, hasta la noche no te vemos el pelo» y se fueron. Me despedí de todo el mundo, algunos se iban en metro, otros en bus y otros en coches. Qué bien me caía toda esa gente, de verdad.

Nos quedamos solos y comenzamos a caminar dirección Madrid Río.

—No sabía que también bailabas bien, ¿eh, capitán?

—Tengo mis secretos ocultos.

—Cuando te has puesto detrás de mí a perrearme creía que me podía desmayar.

—¿Cuando te has puesto a restregar tu culo contra mi polla?

—¡Pero, pero, pero...! ¿Tú? Yo soy una señorita, yo no hago esas cosas.

—Sí, bueno, no había más que verte ahí dentro, toda una princesa.

—Pf, me encanta bailar reguetón, no lo puedo evitar.

—Lo haces increíble.

—No bailo bien.

—¿Cómo que no bailas bien?

—O sea, que no soy bailarina, solo me lo paso bien y sigo la música.

—Pues eso, estás superatractiva cuando bailas.

—¿Ah, sí? Dime más cosas, anda.

—Cuando he entrado y te he visto bajar hasta el suelo con ese movimiento de caderas, creía que te podría haber empotrado en medio de la discoteca y me la habría sudado que nos mirara todo el mundo.

—Oh... Yo he pensado justo lo mismo cuando te he visto entrar. Estás muy sexy hoy.

—¿Solo hoy?

Sin saber muy bien cómo ni cuándo, se giró hacia mí, me empujó a la pared del portal que teníamos justo al lado, puso sus manos a cada lado de mi cabeza y se quedó mirándome fijamente.

—¿Por qué estamos aquí y no hemos ido a tu casa?

—Porque no sé si quiero follarte con alcohol de por medio.

—Yo ya no voy casi pedo, ¿eh?

—Dile eso a alguien que te crea... Te he visto beberte cuatro chupitos, y seguro que alguno se me ha escapado.

—Tú no te has quedado corta, ¿eh, guapa?

—Algún que otro chupito también me he bebido, la verdad.

—Yo solo tenía ganas de beberte a ti.

Tragué saliva y sentí cómo mis pupilas se dilataban de deseo. Era consciente de que estábamos en medio de la calle, pero las ganas que tenía de que me metiera la mano por debajo de las bragas después de haberse chupado los dedos mientras me miraba... eran sencillamente incontrolables. Malditos sueños húmedos, me crean necesidades. Me quedé quieta, inmóvil, esperando a que hiciera algún movimiento, que se separara o que me besara, algo, cualquier cosa, pero estuvimos casi un minuto entero así, cerca, con nuestros cuerpos tocándose, pero con nuestras bocas sin rozarse.

Se acercó a mi pelo y oí cómo inspiraba entre mis rizos.

—¿Por qué llevas toda la noche bailando y sigues oliendo tan condenadamente bien?

—No te acerques a mi sobaco entonces.

Se quedó serio mirándome y yo también. Apreté los labios en cuestión de dos segundos porque no podía aguantarme la risa y, en cuanto empezó un amago de sonrisa a asomar por mi cara, nos descojonamos los dos.

—Es que paso, no se puede ser un *sex-symbol* contigo.

—Me has dicho que huelo bien y yo te digo que no es verdad.

—El pelo te huele bien.

—Pues será el pelo, porque el resto del cuerpo... Huelo a recién salida del gimnasio.

—Creo que me pone.

—¿Que huela mal?

—Que huelas a ti.

—O te gusta cómo me huele el pelo o te gusta cómo huele mi sudor, las dos cosas no se puede.

—Mira esta. ¿Y por qué no?

—Porque son olores completamente opuestos.

—Pues me flipan los dos, los dos me recuerdan a ti.

—No me tienes que recordar, me tienes delante.

—Qué raro y qué natural se me hace.

—Me pasa.

Me dio un beso en la frente y se alejó de mí, yo empecé a notar en falta su presencia física y me moví rápido para darle la mano. No podía empotrarme contra una pared y pretender que siguiéramos con el paseo como si nada. Entrelacé mis dedos con los suyos y continuamos caminando.

—¿Puedo saber si tenemos un rumbo fijo?

—Vamos a ir hasta tu casa y te voy a dejar en la puerta.

—¿Y no vas a subir?

—No, no voy a subir.

—¿Por qué no?

—Porque quiero hacer las cosas bien, tenías razón.

—¿Follarme es hacer las cosas mal?

—Laura... No me tientes, que suficiente fuerza de voluntad estoy teniendo.

—La fuerza de voluntad está sobrevalorada.

—Esto es nuevo.

—Está bien cuando es para cosas que no te apetece hacer y las tienes que hacer sí o sí, pero para subir a mi piso y darme unos besitos tontos no hace falta que tires de ninguna fuerza de voluntad.

—¿Besitos tontos? ¿Tú te crees que si ahora mismo yo me encierro en una habitación contigo solo te voy a querer dar unos besitos tontos?

—A ver, siempre me los puedes dar en el coño.

—No puedo contigo, pasas de princesa a hipersexual en cuestión de segundos.

—Soy ambas cosas, pero, perdón, dejo de decir estas burradas, que soy yo la que te ha dicho en primer lugar que esta noche no.

¿Por qué no dejaba de poner frenos a algo que quería que pasara con todas mis fuerzas? De verdad, me siento Géminis, a cada segundo que pasaba quería una cosa distinta, ni que fuera yo Roberto.

¿Qué decir y qué callar?

—¿Me has echado de menos?

—Definitivamente, sí.

—Pero te has acostado con más personas.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Para mí, sí.

—Pero para mí, no.

—¿Qué es el sexo para ti?

—Pues depende de con quién lo practique. Puede ser que sea algo que haga solo por diversión, puede ser que lo haga porque disfruto de la compañía de la persona, puede ser que lo haga porque siento muchas cosas por esa persona y la mejor manera que encuentro para comunicarle lo que siento es a través de mi cuerpo.

—¿Y las chicas con las que has estado cuál de las tres ha sido?

—Laurita, ¿estás celosa?

—Mmmmmm, ¿no?

—¿Interrogación?

—Creo que no son celos, pero mi ego se siente herido.

—¿Habrías querido que no me follara a nadie durante los meses que no has estado presente en mi vida?

—¿Egoístamente? Sí, claro.

—Yo puedo tener sexo casual con cualquier persona y eso no cambia lo que sienta o deje de sentir por ti.

—Sí, sí. Lo sé, soy consciente de que esta parte romántica y tóxica que baña mi sangre es algo que debería deconstruir.

—No tienes por qué hacerlo, únicamente es entender que el sexo no significa lo mismo para todo el mundo. Que yo me haya acostado con alguien no quiere decir que no te echara de menos.

—Si lo sé, por eso te digo que no son celos... Además, que no estaba contigo, tenías toda la libertad del mundo para hacer lo que quisieras.

—Tú también te acostaste con un chico, ¿no?

—Y me arrepentí al momento.

—¿Por qué?

—Porque cuando me corrí solo podía pensar en ti.

—Ahora soy yo el romántico tóxico.

—¿Por qué?

—Porque eso me ha sonado extremadamente bien.

—Estamos fatal de la cabeza.

—Un poco sí.

Seguimos caminando unos minutos en silencio, de la mano, sintiendo el frío de primera hora

de la mañana en nuestras caras, con paso lento, sin prisa alguna por llegar. El silencio estaba genial, pero yo tenía muchas cosas que preguntar y que hablar, así que no me pude controlar demasiado tiempo.

—¿Quieres volver a intentarlo?

—¿El qué?

—Lo nuestro.

—No, estoy aquí porque quiero *desintentarlo*.

—Idiota. Esa palabra encima no existe.

—Eres tú la que siempre se inventa palabras y nadie puede decirte nada.

—Todo lo malo se pega, ¿eh?

—Sí, sí quiero volver a intentarlo. No sé qué quieres tú ni cómo lo quieres, pero sí me gustaría que nos diéramos una segunda oportunidad. Sin prisa, sin presiones, tú marcas el ritmo.

—¿Qué crees que debería cambiar para que esto funcionara?

—No quiero que cambies.

—Está claro que algo hay que cambiar, si no, volverá a salir igual.

—No somos las mismas personas que a principios de año.

—Hombre, ya, hemos pasado hasta una pandemia mundial.

—¿Tú crees que yo debería cambiar algo?

—Sí, pero creo que yo también debería hacerlo.

—¿Qué crees que tienes que cambiar?

—Mi dependencia de tu persona. No quiero estar todo el día pensando en ti, no quiero verte a todas horas, no quiero renunciar a hacer planes que me gustan con gente a la que quiero por ponerte a ti en primer lugar.

—Yo voy a tratar de adaptarme más a ti, voy a intentar no quedarme en la comodidad de hacerte siempre venir a ti a casa y, sobre todo, voy a intentar... No, lo voy a hacer. Voy a comunicarme más y mejor.

—Esa parte también me la apunto yo. Si queremos que esto funcione, tenemos que hablar, sin tapujos.

—A ver, tampoco *sincericidas*...

—No, no, claro, pero las cosas que sean importantes nos las tenemos que decir. Yo tengo que ser capaz de decirte las cosas que me molestan o que no me gustan, no desde el enfado ni desde el reproche, pero no puedo pasar por alto comportamientos que me hagan daño.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo llegar a tu casa, que estés con tus amigos y que no me saludes.

—Perdón por eso.

—No, no. Ya está superado y perdonado, si no, no estaría aquí. Pero, en lugar de encerrarme en tu habitación y fingir que no pasa nada, si me vuelvo a sentir así te lo comunicaré para que trates de no hacerlo o me expliques por qué lo haces y yo sepa entenderte.

—Espero poder darte el espacio y la confianza para que así sea.

—Dios mío, somos Mr. Wonderful.

—No, querida. Somos dos personas que han ido a terapia.

—También es verdad.

El silencio volvió a instalarse y llegamos a Madrid Río. Ya quedaba poco para llegar a mi piso y el frío en esa zona siempre se duplicaba, bajaban los grados de golpe y el paseo ya no era tan agradable.

—¿Tienes frío?

—Me estoy quedando pajarito.
—Llegamos en nada.
—¿De verdad no vas a subir conmigo?
—Laura...
—A ver, que si no quieres, no, pero si es por esa chorrada de la fuerza de voluntad me parece un poco mal. Si nos apetece y surge, ¿por qué vamos a dejar de hacerlo?
—No quiero que hagas algo para lo que aún no estás lista.
—Es que es eso, no quiero que nos precipitemos.
—Yo tampoco quiero volver a correr.
—¿No te quieres volver a correr?
—¡Laura!
—Perdón, perdón. Uso el humor cuando me pongo nerviosa.
—Si quieres puedo subir, pero no lo hacemos.
—¿Puedo preguntarte por qué?
—Porque, evidentemente, hay una parte de ti que no lo tiene del todo claro, porque he bebido, porque huelo mal y porque quiero hacerlo sin estar cansado.
—¿Puedes subir y simplemente dormimos?
—¿Vas a ser capaz?
—Te prometo que sí.
—¿Me puedo duchar?
—Faltaría más, yo te dejo un chándal para cuando salgas de la ducha.
—Qué fácil me lías.

Azul, líneas en el mar

Llegamos a casa tiritando, cuando entramos estaba todo en silencio absoluto..., bueno, mentira, se oían los ronquidos de cierta persona. Jamás revelaré quién de los dos roncaba, que si no puede que muera lenta y dolorosamente.

Lo cogí de la mano y lo llevé a mi habitación. Estaba bastante desordenada, de manera muy justificada. Había salido de fiesta, evidentemente había estragos de haber tenido que arreglarme. Algo de maquillaje sobre la mesa, la ropa que me había quitado en la silla del escritorio, un par de zapatos que no fueron los elegidos tirados por el suelo, el pijama encima de la cama...

Di la lucecita de la mesilla de noche, encendí el humidificador de aceites esenciales que tenía y empecé a recoger todo superdeprisa mientras le pedía perdón por el desorden. Él no me escuchaba o no me decía nada, estaba demasiado ocupada en ordenar todo cuando me di cuenta de que no me estaba respondiendo. Me giré para mirarlo y, claro, caí en la cuenta de que él nunca había entrado en mi habitación.

—Dios mío, es verdad. Nunca habías venido a casa.

—Se puede saber mucho de una persona por cómo tiene su habitación, ¿sabes?

—Esa frase es mía, chulito.

—Qué bonita la tienes.

—¿Aprendes algo de su dueña?

—Casi nada que no supiera.

—¿Ah, sí? Ilústrame.

—Por todas estas fotos que tienes aquí puedo saber que eres una persona feliz, sales en todas sonriendo y tienes muchas, muchas personas que te quieren. Puedo ver también que eres una persona a la que le gusta leer, mucho. Sobre todo, novelas de fantasía y romances. También puedo ver que el orden no es una prioridad en tu vida, tampoco es que seas un desastre ni mucho menos, pero definitivamente no estás obsesionada con la organización. Te gusta mucho el cielo, la luna, las constelaciones...

—Es mi carta astral.

—¿Cómo?

—Ese póster de la Luna que ves ahí es mi carta astral. Así es cómo estaba la Luna sobre la Tierra el día y la hora en la que nací, justo encima del lugar en el que estaba.

—¿Crees en los horóscopos? Nunca hemos hablado de ellos.

—Definitivamente.

—Anda, cosa nueva. ¿Yo qué soy?

—Acuario.

—¿Cómo lo sabes?

—Me encantaría decirte que porque se te ve a leguas, que se te ve, pero es que sé cuándo es tu cumpleaños y, claro, se me hace fácil atar cabos.

—¿Y tú qué eres?

—Aries.
—¿Y se supone que nos llevamos bien?
—Yo soy fuego y tú eres aire.
—¿Acuario es aire? ¿Qué tipo de timo es ese?
—Pregúntale a Esperanza Gracia.
—¿Y cómo somos los Acuario?
—Creativos, sensibles, persistentes, mentales.
—¿Y los Aries?
—Fogosos, determinados, con madera de líderes.
—Te pega.
—Soy muy Aries.
—Y yo muy Acuario al parecer, pero no me has dicho si los astros nos dan su bendición.
—Nos la dan.
—¿Aries y Acuario pegan entonces?
—Sí, tenemos muchas cosas en común. Somos bastante independientes y motivados con todo lo que hacemos, teóricamente nos contagiamos las ganas de hacer cosas y siempre nos apoyamos en nuestros proyectos. Aunque lo más interesante está en el sexo.
—Anda, ¿sí?
—Sí. Los Aries somos los top 2 follando.
—¿Y quiénes son los top 1?
—Los Escorpio.
—¿Y los Acuario cómo vamos en ese ranking?
—Por el medio... Pero cuando os juntáis con un fuego se hacen incendios.
—¿Estás queriendo decirme algo?
—Yo no, los astros.
—¿Los astros quieren que follemos?
—No, los astros dicen que tu aire revoluciona mi fuego.
—¿Y estás de acuerdo?
—Completamente. Bueno, ¿qué más conclusiones sacas de mí, míster Sherlock?
—Que me encanta que tu habitación sea de color azul, me recuerda al cielo.
—Y al mar.
—Y al mar. Hay una canción que siempre que la escucho pienso en ti, habla del mar.
—¿Cuál es?
—¿Quieres que te la ponga?
—Por favor.

Se sentó sobre mi cama y yo me senté a su lado, dejé todo lo que tenía en las manos en el suelo porque, sinceramente, ya no me importaba nada que cada cosa estuviera en su sitio. Sacó su teléfono móvil, abrió la aplicación de Spotify y tecleó «*Se dejaba llevar por ti*», de Antonio Vega. Amo a la gente con cultura musical, a mí me sacas de Bad Gyal y ya me pierdo, que compartan su música conmigo es algo que me hace asquerosamente feliz, es un *love language* que me encanta.

Comenzaron los acordes a sonar y yo empecé a escuchar la canción más bonita que jamás nadie me había dedicado (justo es decir que nunca nadie me había dicho que pensaba en mí cuando escuchaba una canción). Cuando oí el verso que decía «reina un sueño con sonido a mar», no pude evitarlo y me senté a horcajadas sobre él, como la primera noche que nos conocimos. Lo único que ahora, en lugar de estar en su reino, estábamos en el mío y me sentía

todavía mejor que entonces.

Él retiró mis rizos de mi cara, los metió detrás de mis orejas y nos quedamos mirando durante unos segundos mientras la canción seguía reproduciéndose.

—Es preciosa, la letra es preciosa.

—No es solo la letra lo que me recuerda a ti.

—¿Qué más?

—Los acordes, la melodía. Si tuviera que definirte con una canción sería con esta. Me haces sentir como esta canción suena.

—Leo... No puedes decirme esto y después pretender que no sea intensa.

—No quiero que no lo seas, únicamente no quiero que te desvivas por mí.

—Es lo que me sale.

—Pues tenemos que aprender a controlarlo.

—¿Podremos?

—Por supuesto que sí.

Y después de oírlo decir que sí, que podríamos, me acerqué y lo besé. Cogí su cara entre mis manos y disfruté de su sabor, recorrí con la punta de mi lengua la suya, sus dientes, sus labios, cada rincón. La canción seguía sonando y yo no podía entender cómo se suponía que debía controlarme, cómo se suponía que no debía querer besarlo cada segundo de mi vida, cómo se suponía que iba a ser capaz de hacer algún plan que no fuera justo ese que estaba sucediendo.

Mojado todo está más rico

Nos besamos despacio durante mucho, mucho tiempo. Finalmente me bajé de su cuerpo, me puse en pie y abrí el armario, saqué una toalla limpia y se la acerqué.

—Venga, va, a la ducha.

—¿Has parado de besarme para que me meta en la ducha?

—Y no suficiente con eso, voy a dejar que te duches solo y no conmigo.

—¿Por decisión propia?

—Para que flipes conmigo. En cuanto salgas tú, entro yo y nos dormimos.

—¿Solo dormir?

—Solo dormir.

—Enséñame dónde está el baño.

Lo metí dentro, le expliqué cómo funcionaba la ducha (odio cuando la gente no te explica cómo va el grifo cuando vas a casa ajena y te toca tirarte dos horas resolviendo el galimatías de cómo llegar al agua caliente sin abrasarte la piel) y salí de allí. Volví a mi cuarto, terminé de recoger la habitación, rocié las sábanas con el pulverizador de ropa de cama que tenía de Rituals, me saqué ropa interior limpia y un pijama que apenas había estrenado. Cogí para él unos pantalones de chándal y una camiseta básica ancha, fui al baño y lo dejé todo apoyado en el WC. Cuando me disponía a salir, oí cómo la cortina de la bañera se descorría y... y madre de Dios.

Mi colega me miró completamente desnudo y completamente mojado desde escasos dos metros de distancia. Yo me giré y me apoyé sin quererlo en la puerta, que se cerró despacio por el peso de mi cuerpo sin yo ser consciente del todo.

—¿Se puede saber por qué me haces esto?

—Yo no te estoy haciendo nada.

—Leo, has abierto la cortina.

—Laura, no sabía que estabas aquí.

—¿Y por qué no te tapas?

—¿Y por qué no me miras a los ojos?

—¿Y por qué tu polla se alegra de que no lo haga?

—Te echa de menos.

—¿Más que tú?

—Estamos empate.

—¿Puedo acercarme?

—Laurita...

—No me digas que no, porque es evidente que sí quieres.

—¿En qué te basas?

—En que cada vez estás más duro.

—¿Y eso te gusta?

—Eso me pone cerdísima.

—Y solo con mirarte, ¿eh?
—¿Me puedo acercar?
—¿Para qué?
—Para darte un besito en la frente.
—¿Y nada más?
—Y nada más.
—Entonces sí.
—Pero tienes que salir de la bañera, que, si no, no llego.

Lo vi salir y se quedó plantado delante de la bañera, sobre la alfombrilla, sin quitarme los ojos de encima. Cómo me gustaba su seguridad, que en ningún momento tratara de ocultar ninguna parte de su cuerpo ante mis ojos, que se sintiera tan cómodo al estar vulnerable frente a mí.

Poco a poco empecé a acercarme a él, como una cazadora que ya tiene el ojo echado a su presa. Sus ojos y los míos parecían dos imanes de polos opuestos, su mirada era la que tiraba de mí hacia él, era una fuerza superior a mí, mi cuerpo se movía solo en su dirección.

Me paré frente a él y lo observé desafiante, con el fuego en mi mirada. Recorté la poca distancia que quedaba entre nosotros y me puse de puntillas para tratar de llegar hasta su cara. Tuvo que agacharse un poco y bajó sus labios hasta los míos, yo me acerqué para darle un beso suave y traté de alzarme un poco más para llegar a su frente, cuando lo hice posé mis labios despacio, muy despacio, y antes de despegarlos mi mano se aventuró a acariciar su polla.

Su cuerpo reaccionó a mi caricia, cogió aire con prisa, llenó sus pulmones de golpe y se apartó un poco para mirarme, pero no lo suficiente como para que su pelvis se alejara de mí. Hice que la caricia dejara de ser etérea y, con algo más de decisión, cerré mi mano alrededor de su pene, comencé a subir y a bajar despacio, sin ejercer demasiada presión.

—Eres muy mala.
—No estoy haciendo nada.
—¿Ah, no?
—No, es tu cuerpo el que me obliga.
—Mi cuerpo no se ha movido.
—No estoy nada de acuerdo con esa afirmación.
—Laura, si me miras así mientras me haces una paja voy a tardar diez segundos en correrme.
—¿Si te miro cómo?
—Con cara de niña buena.
—Sabes que no tengo un pelo de buena.
—Lo sé muy bien.
—¿No quieres que me arrodille aquí y ahora?
—¿Desde cuándo hablas mientras practicas sexo?
—Es una novedad en mi vida.
—Me pone mucho.
—A mí me pones tú. ¿Quieres que te la chupe?
—Sabes que sí.

Presioné mi mano con más fuerza mientras lo miraba intensamente, subí y bajé tres veces con mucha decisión. Me acerqué a su boca para besarlo, pero antes de hacerlo le dije:

—Una pena que esta noche solo vayamos a dormir.
Le di un pico, aparté mi mano, me giré y, saliendo por la puerta, añadí:
—Termina pronto, que yo también me quiero duchar.

Ya va siendo hora

Llegué a mi habitación y tardó unos cincuenta segundos en aparecer detrás de mí, con el pelo mojado, los pies descalzos, un pantalón de chándal gris y una camiseta básica blanca. Yo estaba terminando de estirar las sábanas, y antes de que pudiera ser consciente de su presencia ya lo tenía en mi espalda, con su polla pegada a mi culo, abrazándome por detrás, no dejando que ni una pizca de aire se colara entre nuestros cuerpos. Con su boca en mi oreja, comenzó a mordisquear mi lóbulo, yo empecé a frotar mi panderero contra él y a tener la respiración entrecortada.

—Leo..., para querer solo dormir, estás muy activo.

—No he empezado yo.

—Yo diría que sí.

—¿Quién es la que se ha metido al baño y me ha agarrado la polla con la mano?

—¿Quién ha abierto la cortina desnudo, se ha empalmado y no ha pensado ni por dos segundos en tapar su cuerpo?

—No sabía que estabas.

—Al principio, pero luego me has visto y no has hecho nada para evitarlo.

—El caso es que tú me has tocado a mí y yo no te he tocado a ti.

—¿Y qué estás haciendo ahora mismo?

—Abrazarte.

—¿Solo abrazarme?

—De momento, sí.

—¿Y tu polla entre mis nalgas es parte del abrazo?

—Definitivamente, pero quiero más.

Sus manos, que estaban rodeando mi cintura, comenzaron a subir despacio por mi tronco, suave, lento, sin prisa. Hasta que llegaron a la zona de mis pechos y se revolucionaron. De golpe y porrazo atrapó mis tetas entre sus dedos con fuerza, estrujándolas a la vez que respiraba profundamente en mi oído. Mis piernas, de manera instintiva, perdieron fuerza, se cerraron de una y se apretaron entre ellas para paliar todo lo que estaba emanando de mi clítoris.

—¿Te gusta que te toque las tetas?

—Sabes que me encanta.

—¿Quieres más?

—Sí.

—¿Qué quieres, Laura?

—Quiero que me amases las tetas con tus manos.

—¿Así?

—No.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y cómo quiere la señorita?

—Por debajo del sujetador, quiero sentirte.

En cuestión de segundos ya se habían colado por debajo del sujetador deportivo de cebra. Al haber estado aprisionadas ahí dentro durante tantas horas fue tal la sensación de alivio, placer y libertad... que no pude reprimir un gemido que arrancó del centro de mi pecho.

—Cómo me gusta que seas tan sensible.

—Cómo me gusta que conozcas tan bien mi cuerpo.

Con esas manos que tan bien sabían tocarme, siguió amasando mis tetas. Mis pezones no tardaron ni dos segundos en ponerse duros como chuzos de hielo, turgentes ante sus caricias. Poco tardó en reparar en ellos y centrar el foco de sus caricias en su dureza, comenzó a pellizcarlos, sin pasarse de fuerza, pero sin quedarse corto. A pasar la mano por encima de ellos, a pegarlos contra mi piel. De repente apartó la mano de mi pecho derecho y la subió hasta mi boca, enseguida supe qué quería que hiciera y no me hice de rogar. Comencé a chupar sus dedos, dejé que mi instinto aflorara, acumulé saliva en mi boca y empapé cada centímetro, confundiendo sus yemas con el recuerdo de su polla, que no dejaba de recordarme su presencia contra mi culo.

Cuando decidió que era suficiente, volvió a bajar los dedos empapados a mi teta, la lubricó por completo con mi saliva y volvió a reanudar el masaje, pero con más fuerza y precisión que antes.

—¿Te gusta cómo te toco, Laura?

—Quiero que me toques de verdad.

—Ah, ¿esto te parece de mentira?

—No, pero quiero más.

—¿Qué más quieres?

—Ya sabes lo que quiero.

—Pero quiero que me lo digas.

Me quedé callada porque de repente no me salían las palabras, me daba vergüenza pronunciar en voz alta que estaba deseando que metiera sus dedos en todo mi santísimo chocho y me lo reventara sin piedad.

—Te oigo pensar, pero no te oigo hablar.

—Ya sabes lo que quiero.

—Pero quiero que me lo digas.

—Me da vergüenza.

—¿A estas alturas?

—Ya..., perdón.

—No me pidas perdón y dime qué quieres.

—Quiero que me metas mano.

—¿No lo estoy haciendo ya?

—Pero no en las tetas

—¿Dónde?

—En mi chocho.

—¿Que quieres que haga qué?

—Que metas tu mano en mi coño.

Antes de que terminara de pronunciar la última palabra, tenía toda su mano presionando contra mi centro con fuerza, sin apenas moverse. En cuanto noté su contacto en la zona no lo pude evitar y volví a gemir mucho más alto de lo que me habría gustado. Él llevó su otra mano a

mi boca y la tapó para evitar que siguiera por ahí.

—Chisss..., Laura, que tienes gente durmiendo en casa.

—Lo sé, perdón.

—Deja de pedir perdón.

—Perdón.

Lo oí sonreír. Sé que eso no se puede hacer, pero lo hice, no lo veía y sabía que estaba sonriendo.

—Te voy a tener que castigar por pedir perdón...

—¿Cómo?

—Ah, que te interesa el castigo...

—Un poco.

—¿Cómo quieres que te castigue?

—No lo sé.

—A mí se me ocurren muchas, pero muchas cosas.

—La que elijas estará bien.

—Si está bien, no es un castigo.

—Me estás entendiendo perfectamente.

—¿Qué te parece si esta mano que tengo aquí la empiezo a mover en círculos sin llegar a despegarla ni un solo centímetro de tu coño? ¿Qué te parece si hago esto sin parar hasta que estés a punto de correrte y, cuando vayas a hacerlo, quito la mano de golpe?

Lo hizo. El muy cerdo, mientras hablaba, iba haciendo lo que decía. Cuando apartó su mano de mí, un páramo helado ocupó su lugar. Siempre me ha gustado su contacto, pero que lo retirara de ese lugar en ese momento se me hizo insoportable.

—Vuelve.

—¿Adónde?

—A tocarme.

—¿Por encima del pantalón?

—Por dentro.

—Ah... ¿Quieres que me acerque por aquí?

Su mano apareció por encima de mi ombligo, justo en la cinturilla del pantalón. Con su dedo índice comenzó a recorrerla entera. Centímetro que tocaba, centímetro que se me ponía de gallina, era una tortura insoportable. Cuando había recorrido la superficie un par de veces, aventuró ese dedo un poco más abajo, despegó la tela de mis mallas de mi piel y repitió el recorrido.

—Leo, me voy a morir.

—No voy a dejar que el castigo sea para tanto.

—Ufff.

—Ufff, ¿qué?

—Ufff, quiero más.

A su dedo guía lo siguieron todos los demás y, tardando mucho más de lo que yo querría, acabó metiendo su mano entera por dentro de mis leggings, recorrió toda mi tripa y por unos segundos dejó de ser una caricia sexual para ser una caricia tierna. De repente sentí que era bonita, que mi barriga era digna de amor, que era bella, que siempre lo había sido.

—Te oigo pensar.

—Me gusta que me toques la tripa.

—¿Por qué?

—Porque nunca nadie la había tocado con tanto cariño antes.

—Tu tripa es preciosa porque es tuya.

—Gracias.

—No me des las gracias.

—Perdón.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Me giré porque de repente no podía soportar no estar mirándolo a los ojos. Con mi movimiento su mano recorrió toda mi cintura hasta acabar pegada a la parte baja de mi espalda.

Solamente estaba encendida la luz del humidificador en la habitación, que era muy tenue y cambiaba de color cada tres segundos. Me quedé mirándolo, mirando cómo su piel pasaba de ser rosita a azul, a verde, a violeta...

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No, nada no.

—No quiero ser intensa.

—No quiero que dejes de ser tú.

—Gracias por tocarme como lo haces.

—Laura, te toco normal.

—No, no lo haces. A mí nunca nadie me había tocado así.

—Así, ¿cómo?

—Con devoción.

—No es devoción.

—¿Entonces qué es?

—Las caricias de una persona a la que le gustas.

—Nunca antes le había gustado a nadie entonces.

—Quizá sí, pero no habías llegado a meterlo en tu habitación.

—¿No crees que lo que tenemos es especial?

—Definitivamente sí, pero no deberías darle tintes de extraordinario a lo que debería ser lo normal.

—¿Qué debería ser lo normal?

—Que te toquen como yo te toco.

—Como me tocas tiene de todo menos normalidad.

—No es verdad.

—¿Tocas así a todo el mundo?

—A todo el mundo que me gusta de verdad.

—¿Entonces esto no es único?

—Tú y yo sí, nuestra relación es única. Porque tú eres tú y yo soy yo, no hay nadie como nosotros, pero las cosas cotidianas no deberían sumar puntos.

—¿Por qué no?

—Porque quedan idealizadas y me subes a un pedestal que no me merezco.

—No te tengo en ningún pedestal.

—Laura...

—Vale, igual un poco sí.

—Quiero ser una persona importante en tu vida, quizá la más importante de todas, pero no quiero que sientas que me debes cosas por el simple hecho de existir contigo.

—No estoy acostumbrada a que me quieran bien.

—Pues ya va siendo hora.

Compensar

¿En qué momento dejamos de querer follar y pasamos a ser las dos personas más tiernas de Madrid? No lo tengo claro. Bueno, qué narices, sí lo tengo claro. Fue en el justo instante en el que empezó a acariciar mis michelines con amor.

Entiendo que igual hay personas a las que este gesto les parece nimio y tonto, pero para una gorda como yo, que ha crecido toda su vida pensando que su barriga es su castigo, era un gesto de todo menos nimio y tonto.

No lo hice en el momento, pero ahora, al recordarlo, literalmente se me empañan los ojos. Sé que él decía (y dice) que debería ser lo normal, pero, claro, eso solo lo puede decir una persona con el privilegio de haber crecido y habitado la norma.

Esto lo sé ahora, pasado el tiempo, es algo que me dio mucho, pero mucho que pensar. Esa conversación sin apenas luz en mitad de mi habitación me ha hecho reflexionar tantas, pero tantas horas...

¿Debería parecerme normal que un hombre me tocara así? ¿Debería no sentir que era una relación única solamente por caricias como esa? ¿Debería bajarlo del pedestal en el que evidentemente lo tenía porque en realidad no era para tanto? ¿Lo exageraba todo? ¿Lo bañaba todo de romanticismo imperante? ¿Me desvivía tanto por él porque en realidad creía que nunca nadie jamás me miraría como él lo hacía? ¿Me gustaba él o me gustaba cómo me hacía sentir él?

Muchas reflexiones, muchas preguntas, muchas horas de introspección cuanto menos interesantes. Lo hablé con Lidia en cuanto tuve sesión con ella, le expuse mis teorías, y la verdad que se quedó bastante sorprendida con mi trabajo de investigación para conmigo.

Definitivamente, Leo me gustaba (de más) por cómo me trataba. ¿Debería haber estado acostumbrada a que las personas con las que tengo algo me traten así? Sí, debería, pero no era así. A mí no me miraban con deseo, a mí no me miraban con amor, a mí no me tocaban con pasión. No lo había hecho nunca nadie. Ni siquiera Juanjo, el que fue el primer adulto con el que conviví casi dos años. Así que me tocó ser justa conmigo misma y darle al César lo que era del César.

Leo me gustaba, me gustaba de verdad, pero no iba a desvivirme por compensar que fuera mutuo. Él tenía razón, aunque lanzara sus premisas desde el privilegio de no entender lo que significaba para mí que alguien me mirara con ojitos de amor.

Tuve que luchar durante muchos meses contra eso, tuve que hacerme muchas veces la misma pregunta: «¿Esto lo haces porque quieres o porque quieres que le merezca la pena estar contigo?». Puede lucir a pregunta sencilla, no lo es.

Es muy difícil escarbar, ser genuinamente sincera contigo misma, bajar capas y capas de tu piel para encontrarte con la cruda verdad, y la verdad, en muchísimas más ocasiones de las que me gustaría reconocer, era que demasiadas decisiones las tomaba desde la compensación, desde demostrarle que merecía la pena estar conmigo.

¿Cuántas noches había ido a su casa solo porque viera que estaba comprometida de verdad?

¿Cuántas veces me había callado pensamientos solo por no ponérselo difícil? ¿Cuántas veces había priorizado sus necesidades a las mías?

Muchas, muchísimas, y eso que no estuvimos ni noventa días juntos.

Las cosas iban a cambiar, iban a cambiar de verdad. Por él, por nosotros, pero sobre todo por mí.

No me merecía vivir creyendo que le debía nada a nadie, no me merecía vivir pensando que me hacían un favor por el simple hecho de querer estar conmigo, no me merecía vivir que no era suficiente y que en cualquier momento lo iba a descubrir.

¿Quiere esto decir que pasé a ser una egoísta de narices y que únicamente me importaba lo que sentía, decía o hacía? No, por favor, que los extremos son horrorosos, pero sí empecé a equilibrar, a buscar la balanza, el punto medio entre lo que yo necesitaba y lo que queríamos como pareja.

¿Pareja? Pero ¿quién me creo?

Si tú, que me estás leyendo ahora mismo, estás, has estado o algún día estás en una relación (de cualquier tipo) y te atreves a preguntarte desde dónde haces las cosas para con esa persona, hazlo siempre desde el amor, el cariño y la comprensión. Puede que la respuesta no te guste o te desagrade, pero tienes que tener claro que actúas así por supervivencia. Nos han enseñado a compensar desde que nacimos, cambiar esa línea de actuación es sumamente complicado, así que tente paciencia, pero como dice la persona más bonita que ha pasado por mi vida hasta la fecha: «Que lo que debería ser normal no te parezca extraordinario».

Vaya dos patas para un banco

Después de esa minicharla de intensos nos metimos en la cama. De repente, el fuego se había reducido y se quedó a tamaño chimenea en invierno. Así me sentía con él, como estar en una fría noche dentro de una casa calentita, con sofá cómodo y película de Disney incluida.

Me encaramé a él como un koala a su tronco, pasé mi pierna por encima de las suyas, pasé mi brazo derecho por encima de su pecho y dejé que él acariciara mi espalda con su mano.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme pensar.

—¿En qué estás pensando?

—En que tienes razón, te tengo en un pedestal.

—¿Y por qué crees que se da tal situación?

—Porque no estoy acostumbrada a que me quieran bien.

—Yo no sé si te querré bien o mal, pero definitivamente me siento más cómodo con el regular.

—Eres un aguafiestas.

—No lo soy, solamente quiero que no me idealices. Habrá días que la liaré, que no te querré bien o no del todo bien, que tendré actitudes de mierda y que seré un completo idiota. Me gustaría que, si se da el caso, tuvieras la confianza suficiente conmigo como para decírmelo.

—¿Que eres idiota?

—Que me he portado como uno, sí.

—La última vez que te dije algo remotamente parecido lo dejamos.

—Lo sé, pero eso es porque nunca nadie me había dicho las cosas tan claras jamás.

—Yo tampoco había hablado así con nadie antes.

—Pues deberías acostumbrarte, fuiste clara, concisa y determinada, me pongo un poco cachondo al recordarte, ahora que lo pienso.

—Eres tan tonto...

—Te lo digo en serio, cuando pasó el tiempo me di cuenta de que hasta la fecha era lo que más me había gustado de ti.

—¿Que te gritara en una cafetería?

—Que fueras capaz de ponerme límites, creía que no podrías.

—A ver, amor, es que literalmente me la liaste parda tres días seguidos.

—Creo que lo hice para ponerte a prueba, para llevarte al límite.

—¿Cómo?

—Sé que esto que voy a decir va a sonar fatal, pero con el tiempo pasado y la terapia hecha... Era como que yo sentía que podía hacer lo que quisiera contigo y tú simplemente lo aceptarías, me sentía un completo gilipollas porque creía que podía hacer contigo lo que quisiera y a ti te daría lo mismo, así que estiré la goma hasta que la partí.

—Oh...

—Completo gilipollas.

—Un poco, la verdad.

—No sé por qué la quise cagar así contigo, qué pretendía demostrar, nunca antes me habían tratado tan bien como tú lo haces, y en el fondo creía que no te merecía, estaba buscando que te dieras cuenta.

—¿Que tú no me merecías a mí?

—Aham.

—¿Y eso por qué?

—Porque sentía que te desvivías, cuando te ibas de mi casa y me quedaba solo me daba cuenta de que contigo salía un Leo que no salía con nadie, no me reconocía a mí mismo. Me oía hablar y parecía que no era mi voz, me dejabas espacio para expresarme, para decirte cómo me sentía, para contarte que me sentía afortunado por ver un amanecer en Irlanda... Hablando contigo digo cosas que no sé ni que están dentro de mí y eso me abrumó bastante, porque luego todas mis demás relaciones, no románticas, sino en general, se me quedaban a medio gas, no me sentía tan... tan guay con nadie, y llegué a dudar si contigo era yo o me estaba inventando una personalidad nueva solo para ser quien yo creía que tú querías que yo fuera.

—Wow...

—Lo sé.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Que quien soy contigo soy yo. Que cuando estoy contigo me permito ser, pero de verdad, sin tener que fingir que soy un «hombre». Puedo decirte lo que siento, lo que pienso, lo que pasa por mi cuerpo, y no hay consecuencias, nadie se ríe de mí, simplemente escuchas, asientes y me miras como si todo dentro de mí estuviera bien.

—Es que todo dentro de ti está bien.

—No me he sentido así siempre.

—¿Por qué sientes eso?

—No lo sé, es como que desde que tengo uso de razón he tenido que dar una imagen, dar la talla, comer para que no me comieran. La psicóloga me dice que son las consecuencias de ser un hombre hoy en día, que no se nos permiten muchas cosas que deberían ser normales. Tú me haces pensar, reflexionar, pararme a mirar hacia dentro, y yo no estoy acostumbrado a eso. Bueno, no lo estaba.

—Pues yo creía que sí, Leo. Desde el primer día eras... abierto.

—Pero era por ti, o sea, no quiero darte todo el mérito, pero yo jamás había tenido una primera cita con nadie y le había contado tantísimas cosas importantes para mí. Encima, como de manera natural, sin pararme a pensar.

—Yo creía que eras siempre así y que había ido a dar con el animal mitológico por excelencia.

—¿Eh?

—El hombre hetero cis con inteligencia emocional.

—A ver, creo que venía de casa con más inteligencia emocional que la media, tampoco es que sea muy difícil, quiero decirte, pero definitivamente tiré por ahí porque veía que te gustaba, que te interesaba genuinamente.

—Me interesa todo lo que tiene que ver contigo.

—Y no sabes cómo te lo agradezco.

—Vaya dos patas para un banco.

—¿Qué?

—Que al final nos parecemos mucho más de lo que creemos.
—Totalmente.

La comida más importante (y más rica) del día

No sé en qué punto nos quedamos dormidos, yo recuerdo cerrar los ojitos pensando en lo fuerte que me parecía todo lo que me acababa de decir.

Me había reconocido que, de manera inconsciente, buscó que lo dejara porque pensaba que era él el que no me merecía a mí, que conmigo sacaba una parte de él que no había sacado antes y que eso lo abrumó.

O sea, que yo por gorda y él por hombre, pero al final todos tenemos movidas más o menos parecidas en la cabeza. Que no voy yo a ser la que diga que pobrecitos los hombres cis hetero, pero un poco sí, la verdad.

Imaginaos nacer en un mundo que te enseña a mirar en todas las direcciones menos hacia dentro. Me arranco una teta antes, os lo digo.

A la mañana siguiente me desperté de espaldas a él, con su respiración entre mi pelo, su brazo sobre mi pecho y sus piernas pegadas a las mías. Me giré sobre mí misma para mirarlo de frente, para verlo dormir y fingir que era la protagonista de mi película. Qué guapo era el valiente desgraciado, así dormido parecía más angelical que de normal. Me quedé observándolo un rato hasta que no pude contenerme más y pegué mis labios a los suyos. Me devolvió el beso antes de abrir los ojitos y me dijo: «Ay, Rocío, qué bien despertarme contigo». ¡¿Os imagináis?! Es una broma, perdón, pensamiento intrusivo que me ha pedido que escriba eso, y últimamente estoy siguiendo mucho mis impulsos.

Me apartó el pelo de la cara, me acarició la mejilla con el dorso de su mano y con los ojos pegados empecé a sonreírme.

—Buenos días, caballero.

—Mmmmm.

—¿Quiere usted desayunar?

—Mmmmm.

—¿Eso es un sí?

—Mmmmm.

—Lo tomaré como un sí, voy a preparar algo.

—No.

—¿No?

—Todavía no.

—¿Ya sabes hablar?

—Mmmmm.

—Qué morro tienes.

Se pegó a mí todavía más, me abrazó fuerte y volvió a quedarse dormido. Aguanté así como diez minutos y luego me deshice de él para salir al exterior y prepararnos un rico desayuno. De camino a la cocina cogí mi móvil y vi que eran las cuatro de la tarde, así que quien dice desayuno dice *desayunocomidamerienda*.

Miré WhatsApp y tenía un mensaje por el grupo del piso en el que Rob me decía que se habían ido a comer fuera y que ya nos veíamos directamente en el teatro para la función de ese día.

Me metí en mi paraíso (mi cocina) y empecé a hacer unos huevos a la plancha, rallé un par de tomates, corté una cuña de queso, tosté un poco de pan, saqué queso crema, salmón ahumado y pelé un aguacate. También preparé un plato con naranja, plátano y fresas naturales cortaditos, saqué un par de cruasanes que tenía por casa y monté una mesa digna de Pinterest.

Cocinar para gente a la que tengo en estima es mi *love language*, ya lo siento. (Por si alguien no lo sabe, que ya he usado el término antes y no quiero ser una petarda, *love language* se traduce como «maneras de demostrar amor». Yo lo hago a base de cocinar cosas ricas a las personas que quiero; Leo lo hace a través de canciones, por ejemplo.)

Salió de la habitación cuando ya tenía la mesa puesta y estaba sacando mi té matcha de la cocina.

—¿Quieres café, matcha o Cola Cao?

—Pero ¿esto qué es?

—El desayuno.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Desayunas así todos los días?

—Sin la fruta ni los huevos, pero mi tostada de aguacate con salmón y Philadelphia no me la quita nadie.

—Wow.

—¿Qué pasa?

—Que yo no desayuno nunca, y si lo hago desde luego no es comiendo cosas tan ricas.

—Ya... Lo de que lo primero que te metas al cuerpo en el día sean unas magdalenas industriales...

—A veces desayuno galletas dinosaurio.

—Mucho mejor, definitivamente.

Se metió las manos en los bolsillos del chándal, vino hasta mí como si fuera un niño dando pequeños saltitos y me besó.

—Gracias por el desayuno.

—Gracias por quedarte.

Esto no ha hecho más que empezar

Nos pusimos a comer mano a mano con un vídeo de YouTube de una chica que visitaba los estudios de Harry Potter en Londres. Íbamos haciendo comentarios sobre lo que veíamos, nos pasábamos comida, nos besábamos entre bocado y bocado...

Pf. Si esta vez salía mal, me iba a costar remontar de lo lindo. Pero bueno, no vamos a pensar en eso ahora mismo, que estamos en momento maravilloso, ¿vale? Vale.

Terminamos el vídeo, que duraba unos veinte minutos, y antes de que me diera cuenta me había puesto encima de él a horcajadas en el sofá. Yo no pude hacer otra cosa más que besarlo como si no hubiera un mañana, la verdad. Después de más de cinco morreos (por poner un número, porque en realidad fueron como cinco minutos de un único morreo) y de notar cómo sus manos amasaban mi culo como un gatito con una manta suave, me aparté un poco para preguntarle:

—¿Sigues sin querer acostarte conmigo?

—Laura, quiero acostarme contigo desde hace nueve meses, no ha pasado ni un solo día en el que no haya querido. Solamente no quería follar anoche porque sabía que tú en el fondo no querías.

—¿Eso es que podemos follar ahora?

—¿Tú quieres follar ahora?

—Esa no es la respuesta correcta.

—Sí, si te apetece y quieres, por mi parte podemos follar ahora.

—BIIIIIEEEEEEN.

Me levanté del sofá dando saltos y celebrando la noticia como si me hubieran dicho mis padres con diez años que al día siguiente nos íbamos a Disneyland. Lo cogí de la mano y lo llevé entre vítores a mi habitación.

—¿Eres consciente de que nadie jamás celebra así que va a echar un polvo?

—Eso no lo sabes.

—Si alguien más celebra así que va a echar un kiki, me tendré que casar con esa persona.

—Siempre puedes casarte conmigo, que ya sabes que lo hago.

—Pídemelo.

—Sí, bueno, no flipas tú ni nada. Me lo pides tú a mí.

—¿Yo a ti? Pero qué antigua.

—Lo que tú quieras, pero si algún día se nos ocurre, te toca.

—Si algún día se nos ocurre, me lo pedirás tú antes, y lo sabes.

—Me niego en redondo, llevo toda mi vida soñando con ese momento y créeme que no pienso renunciar a él.

—¿Y cómo es ese momento?

—No te lo pienso contar, te toca investigar.

—Ah, que tengo fuentes de información a las que acudir.

—Escúchame, que ya no somos intensos, ¿podemos dejar de hablar de esto?
—Es verdad, es verdad. Ahora somos una pareja que solo habla y dice cosas banales.
—¿Somos pareja?
—Todavía no, vamos a esperar, aunque sean ocho días, ¿no? Para batir nuestro propio récord.
—Hablando de cosas banales...
—¿Qué tienen que ver las cosas banales con que me estés acariciando la polla, Laura?
—Banales, bananas... Demasiadas letras parecidas.
—Acabas de llamar a mi polla banana.
—Perdone, caballero, el gran plátano de Canarias.
—Mucho mejor.

Volvimos a fundirnos en un beso de los que saben a risa, en los que las comisuras están demasiado estiradas como para funcionar correctamente.

Apenas eran las cinco de la tarde, pero a esas alturas del año la luz del atardecer era la que entraba por la habitación, con un color rojo intenso salpicado de nubes absolutamente precioso. Últimamente Leo sabía a eso, a atardecer, a tonos naranja, a digerir el día y lanzarse a los brazos de la noche.

¿En qué momento había pasado de odiarlo a pensar estas cosas? Culparemos a mi madre por parirme a finales de marzo.

Subí mis manos hasta su cara para besarlo con más ganas, necesitaba sentir, necesitaba hacerlo sentir, necesitaba transmitirle con mi cuerpo.

Con su cuerpo empezó a empujarme en dirección a mi cama, me hizo caer sobre ella y se tumbó encima de mí. Nos acomodamos para estar ambos con la cabeza sobre la almohada, yo estaba completamente apoyada y él sobre su hombro. Y entonces pasó, la imagen, la imagen que me lleva torturando meses en mi mente, la imagen que se ha reproducido en mi cabeza desde que lo vi por primera vez hacerlo, la imagen que me ha atacado sin perdón ni permiso cada domingo por la noche, cada vez que leía un libro cualquiera, cada vez que me ponía una serie, fuera la que fuese, cada vez que iba al baño, que me sentaba a escribir, que miraba un semáforo en rojo... La imagen que yo sabía que jamás olvidaría.

Mirándome a los ojos cerca, muy cerca, a escasos centímetros de mí, puso sus dedos en su boca y los lamió, devorándome con la mirada. ¿Esa imagen? No puedo explicaros, sé que puede parecer aleatoria, pero para mi cerebro es sinónimo de endorfina pura, ha entendido que después de ella viene el máximo placer disponible que mi cuerpo ha podido alcanzar.

En cuanto lo vi hacerlo mi clítoris gritó. No se lo oía porque el pobre no está dotado de cuerdas vocales, pero creedme que lo tenía chillando y dando volteretas...

—Dios mío...
—¿Qué?
—Cuánto he echado de menos verte hacer eso.
—¿Verme hacer qué?
—Chuparte los dedos mientras me miras.
—¿El qué? ¿Esto?

Volvió a repetir la escena para mi deleite, deteniéndose mucho más de lo que lo había hecho nunca, prestando atención a mis pupilas dilatadas, siendo plenamente consciente de todo lo que estaba despertando dentro de mí. Cuando retiró los dedos de su boca, un hilo de saliva que jugaba a sobrevivir terminó por romperse, pero no pude ver en qué momento porque solo tenía la atención disponible para el viaje que estaba haciendo esa mano, esos dedos empapados, esa máquina de placer que se dirigía sin pedir perdón ni permiso a mi santo chochamen.

Os juro que hasta se me ocurrió ponerme a rezar un padrenuestro, es que no sé cuantísimo tiempo llevaba queriendo que eso pasara, me iba a tocar, me iba a volver a tocar, esos putos dedos iban a volver a entrar dentro de mí, me harían correrme como siempre, pensaba mojar hasta las paredes con mi corrida...

—Espérate, que voy a por una toalla.

—¿En serio?

—Totalmente en serio.

—Igual no te corres.

—Ya, seguro. Como si no supiéramos cómo reacciona mi cuerpo a tus expertas falanges, querido.

¿Detuve el polvo que llevaba meses invocando para no manchar las sábanas que había puesto limpias el día anterior? Sí, lo hice. ¿¿Dónde está mi carnet de señora?!

Cogí una toalla que tenía cerca, la puse doble sobre la cama, me desnudé entera en cuestión de cinco segundos, me volví a tumbar con las piernas abiertas y las rodillas en alto.

—Ya.

—Te has desnudado en segundos.

—Lo sé, soy la puta ama.

—Ojalá haberte cronometrado.

—¿Cronometramos cuánto tardas en hacer que me corra?

—Suenas interesante, pero no, porque pienso hacerlo despacio, pienso estirar tu orgasmo hasta que no puedas más, hasta que tengas que suplicarme que, por favor, te deje correrte, hasta que tengas las piernas tensas, los ojos del revés y las manos arañando las sábanas.

Sobra decir que la frase la empezó de broma y la terminó con ojos de Edward Cullen a punto de morder a Bella Swan por primera vez.

Yo no dije nada, porque tampoco sabía muy bien qué se podía decir, así que en su lugar volví a coger su mano y la llevé hasta sus labios. Fui yo la que dirigió la imagen por primera vez, le indiqué qué tenía que chupar, cómo tenía que hacerlo y, cuando terminé de entretenerme con su boca, llevé la mano a la mía y comencé a hacer lo propio.

Sin quitarle los ojos de encima, empecé a chupar también sus dedos, su saliva entremezclada con la mía, su mirada siendo una con la mía. El mundo se podía terminar ahí fuera, que absolutamente nada más importaba en ese momento para nosotros.

Saqué sus dedos de mi boca y comencé a llevarlos hasta mi monte de Venus, decidí dejarlos ahí y permitir que a partir de ese momento fuera él quien tomara las decisiones.

Sin dejar de mirarme ni un solo instante, empezó a repartir la saliva por el vello que tenía, acarició cada centímetro de mi monte y lo hizo despacio, tortuoso, bajando muy, pero que muy poco. Cuando fue a llegar a mi clítoris, dejé de respirar, pero sus dedos cambiaron de rumbo y continuaron bajando por el lateral, descendiendo por mis ingles, disfrutando del paseo. Primero la derecha, luego la izquierda, lento, muy lento...

Cuando terminó con la segunda, directamente llevó los dedos a mi entrada, no para meterlos, solo para tantear el terreno.

—Joder, Laura, ¿cómo puedes lubricar tanto?

—Todo lo que hay ahí abajo es mérito tuyo.

—Si casi no te he tocado.

—No necesito que me toques para empaparme.

—Ufffff.

Con las yemas de sus dedos índice y corazón recogió el mar Cantábrico que se acumulaba en

mi entrada y empezó a repartirlo por todas partes: por mis labios internos, por mis labios externos, por cada pliegue. El camino lo llevó hasta el centro, hasta el lugar que tanto lo echaba de menos, y cuando lo rozó por primera vez..., mis piernas automáticamente se cerraron y un aullido salió de mis entrañas.

—Esto no ha hecho más que empezar.

Qué bien sonaba esa promesa.

Cómo me gusta el sexo, la madre que me parió

Empezó a tocarme el clítoris, haciendo círculos a su alrededor. Yo solamente pude cerrar los ojos y dejarme llevar por el que sabía que sería un viaje que no querría que terminara jamás.

Cuando acabó con los círculos, comenzó a hacer presión sobre mi centro sin piedad, recogiendo flujo de mi entrada y haciéndolo todo con lubricación de sobra. Cada vez que estaba a punto de correrme paraba y yo creía que podría morir en cualquier momento.

—Más.

—Más, ¿qué?

—Más.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Quiero que me metas los dedos.

—¿Cómo dices?

—Quiero que me metas los dedos, Leo.

En el instante en el que dije su nombre dos de sus dedos entraron dentro de mí, dando en el punto exacto, en el lugar concreto que me hacía volar.

—Ahí, justo ahí, tú sabes dónde, Leo, siempre lo has sabido.

Los dejó dentro como siempre, estoicos, moviendo únicamente las primeras falanges, haciendo que me retorciera, que me empapara, que mi agua saliera a raudales. Se pegó a mi oído y, mientras me follaba con sus dedos, no dejaba de hablarme.

—¿Así? ¿Te gusta así?

—Sí, sí, así, como tú sabes, solo como tú sabes.

—¿Querías que te tocara así, Laura? ¿Echabas de menos mis manos?

—Sí, Leo, sí.

—Quiero que te corras, Laura, quiero que te corras para mí, quiero que empapes toda la habitación.

—Lo voy a hacer, Leo, como no pares me voy a correr.

—No pienso parar.

Y no paró, no paró ni un solo segundo. Su mano cogió máxima velocidad, máxima presión, máximo todo, y yo simplemente me deshice durante más de treinta segundos entre gemidos, entre gritos de placer, mis piernas se tensaron, subieron, mis ojos estaban en blanco, mi cuerpo no sabía ya ni por dónde sentir, su boca pegada a mi oreja, sin dejar de emitir sonidos que me hacían romperme, quebrarme, morir.

Y pasó, una vez más. El *squirting* salió de mi vagina a propulsión, el chorro que se lanzó al vacío fue absolutamente increíble.

—Así, Laura, así, córrete para mí.

Cuando los temblores me dejaron volver a tierra, cuando fui capaz de volver a enfocar mi mirada y ser consciente de algo que no fuera mi cuerpo, lo vi: se había metido entre mis piernas, su cabeza estaba ahí, mirándome desde abajo, con hambre voraz.

Entonces empezó a comerme, a lamer cada gota, a jugar con su lengua por todo mi coño. Creía que no podía soportar más placer, pero me infravaloré, el segundo orgasmo tardó segundos en llegar. Me volví a correr con su cara entre mis piernas, sujetando su cabeza con mis manos. ¿Cómo podía hacerlo tan bien? ¿Cómo sabía exactamente dónde y cuándo?

Me incorporé de una, lo hice incorporarse a él y le arranqué la ropa, literalmente. Sin llevar ningún tipo de cuidado, lo hice tumbarse y esta vez fui yo la que se acomodó entre sus piernas.

Su polla estaba erecta, desafiante, en todo su esplendor, cuánto la había echado de menos, era sencillamente perfecta.

Me paré a mirarlo antes de tocarlo y una voz ronca salió de dentro de mi ser:

—¿Quieres que te la coma, Leo?

—Por favor.

Empecé a lanzar mi aliento sobre ella, desde la base hasta la punta, sin prisa, justo como él había hecho conmigo. Hice lo mismo con sus testículos, con sus ingles, lancé mi aliento despacio por todo lo que se ponía ante mí y, cuando terminé, me centré en la punta, en su capullo, todavía cubierto por la piel que lo recubría.

Entonces saqué la lengua y rocé despacio, sin apenas contacto. Un gemido salió de él y un pequeño salto de su pene me indicó que iba por buen camino. Le di lametazos cortos por todas partes, agarré la base con mi mano, la planté frente a mis labios y, muy lento, la encerré en mi boca, bajé la piel y su capullo empapado me dio la bienvenida. Qué suave, qué rico, qué textura tan maravillosa.

Me centré en él durante varios minutos, solamente mis labios y mi saliva jugando con su capullo mientras lo miraba con ojos de leona. Mi mano comenzó a acompasarse con los movimientos de mi boca y, mientras lo comía, lo pajeaba.

Cuando ya había repetido la operación en varias ocasiones, bajé hasta sus huevos y los lamí, sin dejar de mover mi mano hacia arriba y hacia abajo. Me los metí en la boca y succioné, primero uno y luego el otro.

—Me vas a matar.

—Di mi nombre.

—Me vas a matar, Laura.

Entonces volví a subir y me la metí en la boca, entera, desde la punta hasta la base, sin piedad, en un movimiento limpio. Me tocó la garganta y una arcada llegó como respuesta, pero no me importó, repetí el movimiento cinco veces. Cuando vi que me quedaba sin respiración, volví a mover mi mano y a centrarme en la parte alta. Una vez y otra vez, sin descanso.

Mis manos y mi boca iban solas, viajaban por toda la superficie, de sus cojones a su polla, estaba poseída, no era consciente de nada de lo que estaba haciendo, pero no podía parar, no quería parar.

—Para, para.

—¿Por qué?

—Porque me voy a correr.

—Quiero que te corras.

—Lo voy a hacer, pero antes quiero follarte.

Se levantó de la cama, fue hasta su abrigo y sacó un preservativo. Yo me quedé tumbada en la cama, observándolo, sin perderme ni un solo detalle.

De pie, en el centro de mi habitación, completamente desnudo, completamente empalmado, rasgó el papel del condón y, sin quitarme la vista de encima, se lo colocó, se lanzó sobre mí y dejó que coincidiera su punta con mi entrada. Mis piernas se abrieron más, quería sentirlo todo.

Sin excepción.

Puso las manos a los dos lados de mi cabeza y se quedó mirándome durante varios segundos. Yo creía que iba a hablar, que diría algo, que me pediría que le suplicara que me la metiera, pero no.

De repente empezó a adentrarse dentro de mí despacio, muy despacio, cerró los ojos y se mordió el labio inferior mientras me penetraba, mientras entraba dentro de mí. Le agarré los brazos con fuerza hasta clavarle las uñas. Cuando estuvo por completo dentro de mí no pude hacer otra cosa que gemir, él hizo lo mismo.

La dejó dentro varios segundos, mis paredes se abrieron para él. Cualquiera diría que hacía meses que no entraba ahí, el recuerdo seguía intacto, parecía que seguía preparada como el primer día.

Empezó a sacarla despacio y volvió a meterla. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces y, a la sexta, ya lo hizo más rápido, más fuerte, más violento. Empezó a embestirme sin piedad, con fuerza, con rabia, con necesidad.

—Leo, me voy a volver a correr.

—Córrete, Laura, córrete mientras me miras.

Me dejé llevar y el tercer orgasmo llegó, con su polla dentro de mí. Cuando creía que había terminado, entonces empezó él.

—Me corro, Laura, me corro.

—Córrete, Leo, córrete dentro de mí.

Lo hizo y se desplomó sobre mi cuerpo.

A trabajar recién corrida se va mejor

Nos quedamos en coma sobre el colchón durante varios minutos, yo acariciaba su espalda con mis uñas, nadie decía nada. Creo que tampoco había palabras que pudieran hacer justicia a lo que acababa de pasar.

Rodó sobre mí y se tumbó a mi lado, me dio la mano y nos quedamos durmiendo así.

Me despertó el sonido de mi móvil, bendecí a la Laura del pasado por ser previsor y haberse puesto una alarma. Entre esto y lo de la toalla..., cómo se nota que ya he cumplido los treinta.

—Me tengo que ir al teatro.

—Hostia, que tienes función.

—Sip.

—Vale, venga, dúchate, anda.

—Voy.

—No has meado al terminar, ¿eh?

—Ya, perdón, me he quedado dormida.

—Deja de pedir perdón.

—Perdón.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Ojalá.

Con una sonrisa en los labios, me metí en la bañera, me lavé el pelo, me lo sequé, me puse ropa cómoda y lo mandé a él al baño.

Mientras tanto hice la cama, recogí la habitación y eché la toalla a lavar. Definitivamente había sido buena idea porque estaba empapada la pobre mía.

—¿Vas bien de tiempo?

—Perfecta.

—Como llegues tarde me la cargo yo, y paso.

—¿Qué tal ayer con Roberto?

—Bueno..., fue un poco seco el chaval.

—Suficiente, yo creía que te iba a escupir.

—Yo también, así que me conformo. Ya me lo iré ganando.

—No va a ser fácil.

—Me encantan los retos.

—¿Te quieres venir?

—¿Adónde? ¿Al teatro?

—Sí, claro.

—¿A Roberto le parecerá bien?

—Supongo que sí, te puedes meter en la cabina técnica.

—Vale, por mí, guay.

—Espera, no.

—¿No?

—No, que al final es mi curro, jamás te habría llevado a El Corte Inglés.

—Totalmente.

—Vale, perdón por habértelo dicho, pero prefiero que no vengas.

—Me parece estupendo, me voy a casa.

—¿Te importa?

—Para nada, me parece genial que hayas dado marcha atrás.

—Soy una chica nueva.

—Eres la misma chica, pero evolucionada.

—¿Te gusta esta nueva versión?

—Me encanta.

Salimos por la puerta y nos separamos en el metro. Fui al teatro con una sonrisa en los labios que no me cabía en la cara.

Esa noche hice la mejor función hasta la fecha.

Aprender que no todo tiene que ser en pareja

Cuando terminamos la función y subimos al camerino, me encontré con un mensaje suyo en mi móvil.

¿Cómo ha ido la función? Dime que has llegado bien y que Roberto no me odia más de la cuenta.

Todo en orden, capitán, ha sido la mejor función hasta la fecha.

Qué mierda habérmela perdido.

Cuando quieras, puedes volver, te dejo un par de invitaciones para que te traigas a tu hermana.

Dios, es verdad, que aún no la conoces. Como hablamos de ti, tengo la sensación de que sois amigas.

Pues no, la terrorista infantil y yo aún no hemos sido oficialmente presentadas.

Qué ganas de que llegue ese momento.

Bloqueé el teléfono, me metí a la ducha y seguí con mi ritual de después de la función. Saludé a la gente y me fui con mi nuevo grupo de amigos a beber un par de tintos de verano con limón en el bar de enfrente del teatro.

Y no miré el móvil y no le dije que viniera a beber conmigo, y no fui después a su casa a dormir con él ni le dije que viniera a dormir conmigo.

Simplemente disfruté de mis amigos poniendo toda la carne en el asador, prestando atención real a la gente que tenía delante.

De vuelta a casa en el Uber, se lo comenté a Roberto y casi me hace un diploma de honor por buen comportamiento.

—¿Y qué tal con Leíto, señora? Que no me has dicho nada.

—Pues anoche dormimos, esta mañana hemos desayunado y hemos follado como animales.

—¿Y no te vas a dormir con él?

—No, me voy a dormir contigo, a nuestro piso.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Por no follar con el que espero que sea mi novio dentro de una semana?

—Por intentar hacer las cosas bien y escuchar mis necesidades.

—Espero no dejar de hacerlo nunca. Cada vez que haga algo que te moleste, ¿me lo contarás?

—Como si supiera hacer otra cosa...

Nos dimos la manita y volvimos a casa, nos hicimos una cena rápida y vimos el último capítulo que había salido de *RuPaul España*.

Cuando me metí en la cama, no pude hacer más que estar muy contenta conmigo misma.

Hablemos de Damián

Al cabo de unos días quedé con Leo para ir al teatro entre semana. Fuimos a ver un musical al que me habían invitado para compartirlo en redes sociales. Sí, queridas, había crecido tanto que hasta me invitaban a sitios, menudo chollo más chulo.

Después cenamos por La Latina y nos fuimos a su casa. Volví a entrar en su piso, saludé a Jon y a Raúl, ambos me dieron un abrazo muy grande y yo les prometí que no haría ningún ruido extraño de madrugada. Todos nos reímos de la ocurrencia.

Cuando llegamos a la cama, empezamos a besarnos y, antes de que las manos fueran al pan, le dije que quería hablar con él, que había algo muy importante para mí que quería compartir.

—Leo, quiero hablar contigo de algo mío, que no tiene nada que ver contigo, pero que quiero que sepas.

—Claro, pequitas, cuéntame.

—Eh... No es una conversación sencilla.

Se incorporó y puso todo su cuerpo a mi disposición. Se puso serio, me dio la mano y la apretó fuerte, lo sentí como un «estoy aquí para ti».

—Vale... ¿Te acuerdas de que te hablé de Juanjo cuando empezamos?

—Sí, claro, que me puse celoso como un idiota y dejé de hablarte.

—Justo, sí. Pues... quería hablarte de Damián.

—¿Tu otro ex?

—Sí, mi otro ex. El primero, mi novio de la adolescencia.

—Laura, me estás asustando, ¿qué pasa?

—Es que nunca le he contado esto a nadie, al menos no en voz alta, lo escribí siguiendo las recomendaciones de Lidia, mi psicóloga, pero nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Roberto.

—Afortunado yo porque quieras compartirlo conmigo entonces. ¿Qué pasó con Damián?

—Pues que..., bueno, digamos que no fue una relación fácil. Yo era la adolescente gorda del pueblo y él era el malote de turno. Empezamos cuando yo tenía quince años y se aprovechó de mí.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

Noté cómo su cuerpo se tensaba, cómo apretaba la mandíbula, cómo apretaba los puños.

—¿Quieres que siga?

—Sí.

—Pues... Eso, yo no tenía ni idea de la vida, no sabía cómo funcionaba absolutamente nada y él sabía demasiado. Desde que empezamos jugó con mi ignorancia, me apartó de todas mis amigas y de mi familia, consiguió que me quedara sola, me decía cosas como que no podía utilizar preservativo porque le apretaba y yo lo creía porque no tenía nada de educación sexual y me parecía lógico lo que decía.

—Menudo cerdo asqueroso. ¿Era mayor que tú?

—Cinco años.

—Lo reviento.

—El caso es que... Bueno, mantuvimos varias relaciones sexuales sin protección, relaciones que yo no quería ni tener... Me hacía comentarios sobre mi cuerpo, me decía que tenía que estar agradecida de que un tío como él quisiera follar con una niñata como yo y, claro, yo lo creía.

—Ahora comprendo muchas cosas, lo siento.

—No pasa nada, ya está casi superado del todo, aunque hay huellas que no se borran jamás.

—Entiendo.

—La cosa es que... me quedé embarazada con dieciséis años, se lo tuve que contar a mi madre y finalmente aborté.

Se quedó paralizado, mirándome. Me apretó fuerte la mano y ante ese contacto rompí a llorar. Él enseguida se abalanzó sobre mí y me abrazó fuerte, más fuerte que nunca. Estuvimos así un rato, hasta que nos soltamos un poco y volvimos a poner distancia entre nuestros cuerpos.

—Qué rabia me da que hayas tenido que pasar por algo así.

—A mí también, créeme.

—¿Sabes algo de él? ¿Te lo encuentras cuando bajas al pueblo?

—No, qué va, al parecer mi padre lo amenazó de muerte y no ha vuelto a pisar Valencia.

—Tu padre me cae muy bien.

—No me extraña. Por eso me cuesta tanto entender que me quieras de forma genuina, por eso cuando me acaricias bonito se me hace extraño, por eso me cuesta creer que alguien pueda quererme. Es como que en el fondo de mi mente sigue su voz en mi cabeza diciéndome que no merezco amor, que tengo que estar agradecida con cualquier persona que quiera tocarme, que es un esfuerzo para cualquier persona estar conmigo.

—Laura, eso no es verdad. Eres una persona absolutamente maravillosa. Eres buena, tienes un corazón que no te cabe en el pecho, siempre tienes palabras de aliento para todo el mundo, es un honor estar en tu vida.

Volví a llorar, las lágrimas cayeron por mis ojos rodando sin pedir perdón ni permiso. Que el hombre del que estás enamorada, del que estás enamorada desde el primer momento que tuviste una absurda conversación por Tinder, te diga eso sin titubear... Wow.

—Gracias, de verdad. Por eso me cuesta tanto poner límites, por eso me cuesta tanto decirte cuando algo me molesta, por eso para mí la conversación contigo en El Verde fue tan difícil. Era la primera vez, es la primera vez que tengo algo genuino, que tengo algo que sencillamente funciona. Es mutuo, es fácil, es perfecto. Bueno, perfecto no, pero ya me entiendes.

—Te entiendo y te vuelvo a pedir perdón una vez más. Fui un gilipollas, no tenía ni idea.

—¿Cómo la ibas a tener si yo no te lo contaba? Por eso te lo quería decir, para que supieras por qué me comporto así, para que entiendas que no es algo aleatorio, soy solo una chica con muchos traumas.

—Eres una mujer increíble, Laura, eso es lo que eres. Gracias por contármelo, de corazón. No quiero que pienses que conmigo tienes que compensar nada, que tienes que hacer cosas que no quieres o que no te apetezcan. Quiero que tengas personalidad, que puedas decir abiertamente lo que necesitas. Yo, por mi parte, intentaré ponerte las cosas fáciles.

—Ya lo haces, querido, ya lo haces.

—Pues con más ahínco.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por sostenerme.

—Si queremos que esto salga bien tendremos que sostenernos muchas, pero muchas más veces. ¿Puedo decirte yo algo?

—Sí, claro.

—Es algo que tampoco le he dicho nunca a nadie, o al menos no con intención, pero siento que me apetece hacerlo ahora.

—Claro, dime.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, muchísimo.

Esa noche nos quedamos durmiendo abrazados. Ya no teníamos que usar el sexo para comunicarnos, a partir de ahora lo haríamos con palabras.

Las perdices no son mi devoción, pero los finales felices sí

Ahora llegaría el momento en el que este libro se haría infinito, en el que os hablaría de cómo Roberto y Leo poco a poco limaron asperezas, cómo ambos dieron su brazo a torcer, cómo dejaron de lado el intentar ser los gallitos del corral y acabaron llevándose mucho mejor de lo que jamás me habría imaginado.

Nunca han quedado solos ni se han tomado un café o una cerveza, pero cada vez que se veían tenían conversaciones maravillosas, profundas, graciosas y debates eternos sobre el mundo homosexual. Leo se deconstruyó (todavía más) y terminó viendo *RuPaul*, acompañándonos a espectáculos *drag* y hasta accediendo a maquillarse cuando salíamos de fiesta.

Maggie encontró su pisito estupendo y maravilloso, nos dolió en el alma que saliera de casa, pero la verdad es que todos lo necesitábamos. Lo de trabajar juntos, vivir juntos y tener el mismo grupo de amigos juntos estaba siendo demasiado. Ah, sí, la gente de los Teatros Luchana oficialmente se convirtió en nuestro nuevo grupo de amigos.

Mi trabajo..., bueno, mi trabajo no hizo más que darme alegrías. De hecho, estas letras las escribo justo antes de marcharme para el teatro, antes de hacer nuestra función número doscientos. Sí, la doscientos, como lo leéis. Hemos representado doscientas veces la función, y no solo en Madrid, ¿eh? Nos hemos recorrido la Península entera, llevamos más de cincuenta ciudades de gira.

Gente de toda España y hasta de Latinoamérica ha venido a vernos al teatro, hasta ganamos un premio por la obra... Tan, pero tan fuerte.

Roberto y yo abrimos hace un año una escuela de teatro, tenemos seis grupos de alumnos y está siendo una absoluta y completa fantasía.

Me he consolidado en el mundo de las redes sociales y a día de hoy es el trabajo que más pasta mete en mi cuenta del banco... Llamadme Dulceida a partir de ahora si gustáis.

He ahorrado, mucho. He ahorrado tanto que hasta me he comprado un piso en Madrid, sola, con treinta y dos años. Así como lo leéis, quiero mi chapita aquí. ¿Con una hipoteca hasta el día de mi muerte? Sí, pero feliz como una perdiz. Menos por la parte de Roberto, lo echo de menos cada día de mi vida, aunque somos vecinos y nos vemos un huevo.

¿Es todo de color de rosa? Ni muchísimo menos. Tengo cinco trabajos, los gestiono fatal. El único que siento que sé cómo tengo que hacerlo es el de actriz, de los otros cuatro estoy aprendiendo cada día e intentando mejorarlos, pero una es Aries y la paciencia no nos caracteriza a los símbolos de fuego.

Tengo ataques de ansiedad cada semana, el síndrome de la impostora llama a mi puerta cada dos por tres y no he podido dejar la terapia porque siento que sin Lidia podría desfallecer en cualquier momento, pero bueno, estamos bien.

Soy feliz, aunque haya momentos muy jodidos, sobre todo con el tema de las redes sociales, que solo de eso podría escribiros un libro entero. El amor, el cariño y la pasión de mis seguidoras (son el 96 por ciento de mujeres) son de las mejores cosas que me han pasado en la vida, pero el

hecho de haber crecido ha hecho que sea en las dos direcciones, y lidiar con el *hate* no es algo que se me dé especialmente bien, pero no vamos a hablar de eso ahora, no se lo merecen.

Y en cuanto a Leo... Pues, sinceramente, no sé cómo nos irá, pero sí os puedo contar cómo nos está yendo. Porque, sí, a día de hoy estamos juntos, dos años después de ese segundo primer polvo, y os puedo prometer que ha merecido la pena. Todo.

Hemos aprendido a ser el uno con el otro, a tener independencia, a tener un proyecto de vida juntos. Le regalé las llaves de mi piso hace seis meses y, bueno, llevamos oficialmente juntos casi tres años (sí, contamos desde el principio, idea y culpa mía), seis meses conviviendo.

Es... precioso. Sencillamente. Tenemos una vida estable y tranquila, yo pago la hipoteca, él paga todos los gastos que acarrea la casa. Internet, el agua, la luz, la compra, *Gandalf*...

Ya nada es tan intenso, ya nos hemos calmado y acomodado, ya conoce a mi familia y yo a la suya. Os puedo confesar que Nieves (su hermana) es mi nueva persona favorita del mundo y que... y que lo quiero, lo quiero con toda mi alma, lo quiero con todo mi ser, hemos formado lo que siempre había soñado, una pareja que se quiere, se respeta, se entiende y, sobre todo, se comunica.

Hablamos de todo todo el rato, sin miedo, sin intensidades (eso más él, tampoco os voy a engañar, yo jamás dejaré de ser yo a pesar de nadie), sin retaguardia. Vulnerabilidad en su máximo esplendor. Y es jodidamente precioso.

Ah, ¿*Gandalf*? ¿Que quién es? El perrito que trajo la semana pasada a casa. Llegué después de la función a punto de entrar en coma, esperando con ansias meterme entre pecho y espalda la sopa de sobre que sabría que me habría preparado y me encontré con una caja en la mesa del salón.

—¿Se puede saber qué es eso?

—Ábrelo.

Me acerqué y empecé a oír ruidos dentro, antes de terminar de abrirla ya era todo un mar de lágrimas. Lloré como en mi vida he llorado, una bolita de pelo gris asomó su hocico y yo creía que me iba a morir ahí mismo.

—¿Es mía?

—Es tuyo.

—¿Tiene nombre?

—Aún no.

—¿Es mío?

—Es tuyo.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

Con las manos temblando y la cara empapada, lo cogí entre mis manos, junté mi nariz con la suya y lo abracé, él solamente lloriqueaba porque era un bebé y porque no entendía nada. Estoy segura de que estaba pensando: «¿La loca esta quién es y qué está haciendo?».

Cuando conseguí dejar de llorar empecé a enfocarle bien y vi que tenía puesto un collar con una notita. En la nota había escritas ocho palabras: «¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?»

Banda sonora

Fiebre, © 2016 Bad Gyal, interpretada por Bad Gyal.

Quiero decirte, © 2022 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Abraham Mateo y Ana Mena.

Velvet Light, ©© Playground Music Scandinavia AB, interpretada por Jakob.

Cielo y tierra, ©© 2022 Must Producciones, interpretada por Belén Aguilera.

Business Woman, © 2020 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Nathy Peluso.

Envolver, ©© Under exclusive license to Warner Music Latina, 2021, Warner Records, Inc., interpretada por Anita.

La Puerta de Alcalá, © 1986 Sony Music Entertainment (Spain) S. A., interpretada por Ana Belén y Víctor Manuel.

Angelito sin alas, © 2012 Music Hit Factory, interpretada por DCS y Juan Magán.

Pégate más, © 2011 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Dyland & Lenny y Juan Magán.

No te vistas que no vas, ©© 2005 KNarias, interpretada por K-Narias.

Llamado de emergencia, ©© Gasolina Recording Co., under exclusive license to Cinq Music Group, LLC, interpretada por Daddy Yankee.

Escondidos, ©© 2001 Vale Music Spain, interpretada por Chenoa y David Bisbal.

Una lady como tú, 2017 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Manuel Turizo.

Virtual diva, ©© 2009 Machete Music, interpretada por Don Omar.

Se dejaba llevar por ti, ©© 2009 Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Antonio Vega.

Detrás del espejo, ©© Mara Jiménez, interpretada por Mara Jiménez.

Biografía

Teresa López Cerdán nació en Albatera, pueblo de la Vega Baja del Segura, en Alicante, aunque vive en Madrid desde los dieciocho años. Es actriz, periodista y creadora de contenido en redes sociales. Actualmente está interpretando en los Teatros Luchana la obra Gordas, escrita y dirigida por Carlos Mesa y coprotagonizada con Mara Jiménez.

Dispuesta a acabar con la gordofobia, se ha convertido en abanderada del movimiento Body Positive.

Encontrarás más información de la autora en:

Instagram: [@teresalopezcerdan](https://www.instagram.com/teresalopezcerdan)

TikTok: [@teresalopezcerdan](https://www.tiktok.com/@teresalopezcerdan)

AGRADECIMIENTOS

Aquí llega la parte más difícil y al mismo tiempo más sencilla de todo el libro: agradecer.

Siento que jamás podré hacer justicia con palabras a todo el agradecimiento que siento dentro de mi pecho, y es que son tantas las personas que tendría que mencionar aquí, que sería imposible.

En primer lugar, te quiero agradecer a ti, persona que tienes este libro entre tus manos. Gracias de todo corazón por confiar en mí, en mi trabajo, en mi capacidad como escritora. Gracias por invertir tu dinero en mi propuesta cultural, por consumir estas páginas, por apoyar mi carrera. De verdad que se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en todo el sostén que tengo de tu parte. Me acompañas en mi camino y eso no me puede hacer más feliz.

Gracias a mis seguidoras de redes sociales, estén leyendo estas páginas o no. Gracias a mi comunidad, a mi gente, mi peña, *my people* que tanto se han volcado conmigo. Con mis dramas, con mis historias, con mis risas.

Gracias a todas las personas que se han acercado al teatro a disfrutar de *Gordas*, la primera propuesta teatral que hace nuestra productora: Bendita Inocencia. Tenemos un camino larguísimo por recorrer, pero este primer proyecto de la mano de Mara Jiménez ha sido el regalo profesional más increíble que he vivido hasta la fecha.

Gracias a Carlos y a Isabel, mi mano izquierda y mi mano derecha. Los ángeles de la guarda que caminan conmigo en la jungla que es Madrid. Son mis amigos, son mis socios, son mi familia. Juntos hemos fundado Bendita Inocencia, juntos hemos creado La Bendita (nuestra escuela de teatro), juntos hemos dado vida a *Gordas* y juntos hemos lanzado *Yo siempre seré yo, a pesar de ti*, nuestro próximo proyecto teatral, que ya será una realidad cuando tú estés leyendo.

Voy a protagonizar la obra de teatro que es una adaptación de mi primera novela. De verdad, ¿hay algún sueño que me quede por cumplir? Creo sinceramente que no. Gracias, Carlos Mesa, por la adaptación, por la entrega, por el regalo. Gracias, Isabel Verdú, por darme la mano hace doce años y no soltármela jamás. Tenemos una larga carrera por delante, siempre juntos.

Gracias a mi familia. A mis padres, a mi hermano, a mi cuñada, a mi sobrino, a mis padrinos, a mis tíos y a mis primos. Sé que os tengo lejos, que me estoy perdiendo muchísimas cosas con vosotros, que sacrificar nuestros momentos compartidos por mi trabajo está siendo la decisión más difícil que he tomado jamás. Gracias por apoyarme, por compartir mi camino, por comprenderme, por esperarme siempre en casa para abrazarme y sostenerme. Sois mi guía, mi aliento, mi gasolina. En algún momento aprenderé a organizarme mejor y recuperaremos todo el tiempo que nos ha faltado. Os quiero y os echo de menos cada día que paso lejos de casa.

Gracias a mis amigos, los de Madrid y las de Albatera. Gracias, Lorena, gracias, Carmen, gracias, Marta, gracias, Laura. No sé qué sería de mí sin vosotras, sé que volveremos a estar pegadas con pegamento invisible en cuanto la vida nos lo permita; estoy muy orgullosa de las mujeres en las que os estáis convirtiendo, estoy muy orgullosa de que seáis mis cimientos. Gracias, Alejandro, gracias, Sergio, gracias, Mara, gracias, Ger. Gracias por ser mi farito de luz, mi respiro de la rutina, mi bocanada de aire fresco.

Gracias a todas las personas que a nivel profesional me han dejado llegar a ser quien soy.

Juanma Rivero, mi representante y mi guía. Esther Escoriza, mi editora y mi mentora. Grupo Planeta, mi editorial y mi casa. Teatros Luchana, mi espacio y mi hogar. Focus, mi distribuidora y escaparate. WeLoveSize, mis orígenes y mi primera oportunidad. Bendita Inocencia, mi empresa y mi proyecto de vida.

Gracias a la literatura, al teatro, a la cultura. Gracias a mi profesión por regalarme el mejor trabajo que jamás podría haber soñado. Se me han cumplido los sueños y tú lo estás viviendo conmigo. Es fuerte, ¿no?

Yo siempre seré yo, pero contigo
Teresa López Cerdán

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Miriam Bauer
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Teresa López Cerdán, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2024

ISBN: 978-84-08-28655-4 (epub)

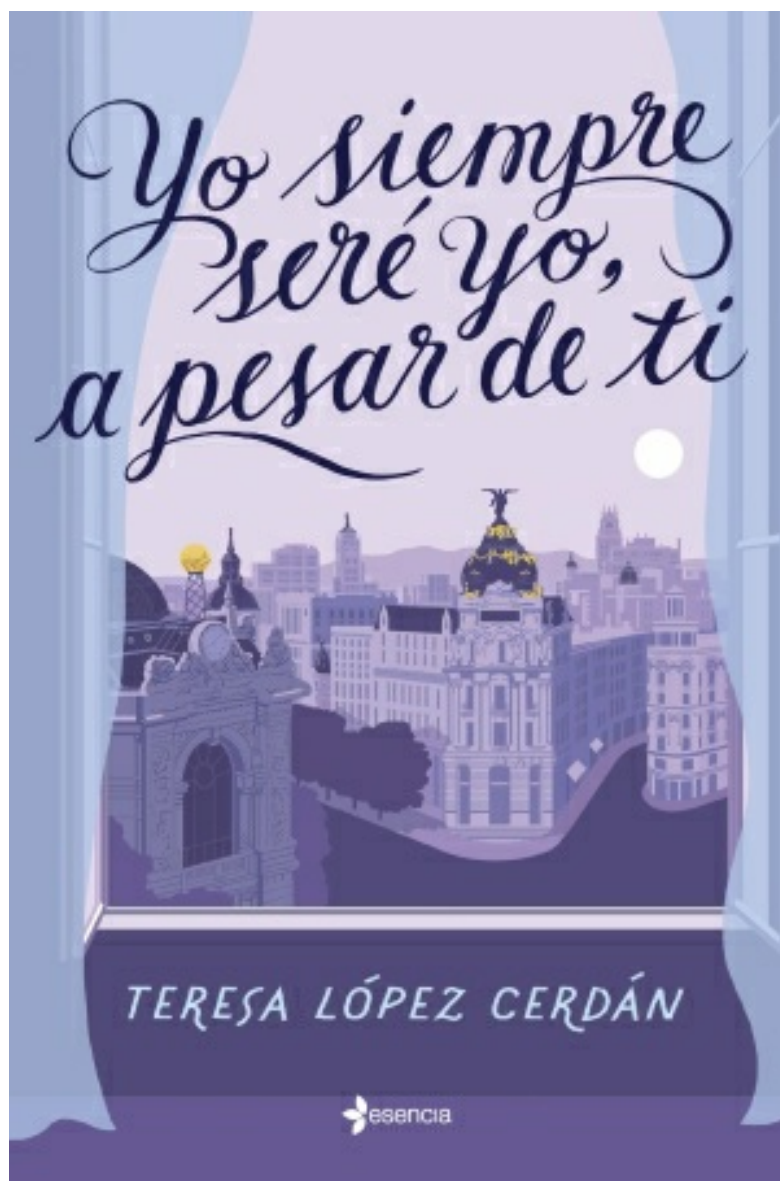
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!





Yo siempre seré yo, a pesar de ti

López Cerdán, Teresa

9788408270188

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una novela que nos habla del amor en el siglo XXI y, sobre todo, del amor propio, el crecimiento personal y la lucha contra los estándares sociales.

Karma (Laura) es una mujer que roza los treinta. Trabaja de teleoperadora en unos grandes almacenes y comparte piso con su amigo Roberto. Son una dupla galáctica y funcionan mejor que cualquier matrimonio convencional.

La vida de Karma da un vuelco de ciento ochenta grados cuando conoce a Leo, su *match* de Tinder. Leo acaba con todos sus miedos y hace que se sienta como una diosa en la cama y fuera de ella.

Sin embargo, ella convive con los monstruos de su pasado, con la carga de pesar más de lo que la sociedad acepta como normativo, con la necesidad de volver a terapia y con la creencia de tener una autoestima que en realidad no es tan férrea como ella piensa.

Karma somos un poco todas, Karma se construye de todas las mujeres que me inspiran, Karma soy yo.

¿Por qué se le han de romper los esquemas a una mujer empoderada cuando un hombre aparece en su vida?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Las Guerreras Maxwell, 8. Mírame y bésame

Maxwell, Megan

9788408270690

528 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Nueva entrega de «Las guerreras Maxwell», una saga romántica que nos traslada a la Escocia medieval.

Las gemelas Beth y Gladys Craig se vieron obligadas a abandonar Noruega y dejar atrás a su familia. Las constantes amenazas de su tío Leiv hicieron que sus padres tomaran la dura decisión de ponerlas a cargo de sus tíos Sven y Otilia en Elgin, Escocia.

Físicamente son como dos gotas de agua: pelo rubio, ojos claros, delgadas, **pero sus caracteres son muy diferentes.** Mientras Beth es sonriente, noble, trabajadora y luchadora, Gladys es enfadica, ruin, holgazana y conformista.

A pesar de que Beth es muy consciente de los defectos de su hermana, ella la adora y la protegería con su propia vida, puesto que se lo prometió a sus padres. Desde pequeña siempre ha dado la cara por ella y la ha sacado de mil apuros, sin importarle quedar como la mala por ser la más bruta y guerrera.

Todo cambia cuando una noche Beth conoce a Iver McGregor, un guapo y joven *highlander* del clan McGregor.

Gladys, en vez de alegrarse, se encela. **¿Por qué ese guapo guerrero ha tenido que fijarse en su hermana y no en ella?**

Adéntrate en las páginas de esta **novela romántica cargada de acción y aventuras y descubre el daño que puede causar la envidia.**

Opiniones de los lectores:

«Nunca me decepciona Megan y menos con esta saga a la que le tengo mucho cariño», Maica.

«Mujeres fuertes y valientes, historias complicadas. Lo recomiendo una y mil veces», M. Carmen.

«Me encanta la saga de las guerreras. Bueno me encanta todo lo que escribe Megan», Libélula.

«Soy muy fan de la pluma de Megan..., y esta saga de las guerreras es de mis favoritas de histórica romántica», Ani.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Donde no puedas encontrarme

Molina, Tamara
9788408289272
456 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un romance que florece entre las grietas de un corazón roto.

Gala está harta de seguir atrapada en un círculo vicioso de dependencia y toxicidad con su exnovio.

NO CONCIBE UNA VIDA SIN ÉL

Es por ello que decide dejarlo todo atrás y alejarse completamente de él, con la esperanza de poder sanar su corazón y evitar la tentación de volver a caer en esa destructiva relación.

Huir donde no pueda hacerle daño.

DONDE NO PUEDA ENCONTRARLA

Una nueva vida en la que refugiarse y con la que enfrentarse a sus inseguridades, sus heridas, sus miedos y su inoportuna atracción hacia Gael, un chico que forma parte de su nueva rutina.

CON QUIEN PODRÍA REDESCUBRIR EL AMOR

Pero Gala tiene claro que volver a abrir su corazón no entra en sus planes.

Ella sabe que lo que necesita es centrarse en sí misma.

LIBERARSE DEL PASADO, APRENDER A AMARSE Y PERMITIRSE SER FELIZ SIN DEPENDER DE NADIE MÁS

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



¿Y a ti qué te pica?

Maxwell, Megan

9788408276210

552 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Vuelve Megan Maxwell con una divertida comedia romántica en la que descubrirás que la magia del amor lo cura todo

Nacho Duarte es un reconocido director de cine mexicano que, tras la muerte de su esposa, **cerró las puertas de su corazón** a cal y canto. Le gusta disfrutar con las mujeres, pero no suele repetir con la misma porque **no piensa volver a enamorarse**.

Su último trabajo lo traslada a España, donde va a rodar una película de acción cuya actriz principal es su amiga Estela Ponce. Sin embargo, para las escenas más peligrosas cuenta con la colaboración de Andrea Madoc, una militar estadounidense que, además, trabaja como especialista de cine.

Andy es una chica simpática, bromista y divertida que hará que el corazón del guapo director mexicano vuelva a latir con fuerza.

Adéntrate en las páginas de *¿Y a ti qué te pica?* y descubre que a veces, aunque no te lo propongas, puedes encontrar la llave para abrir la puerta a la felicidad. Y es que **el amor es uno de los pocos remedios capaz de alegrar hasta el más triste de los días.**

Opiniones de los lectores de *¿Y a ti qué te importa?* e *¿Y a ti qué te pasa?*:

«¿Qué voy yo a decir de estas dos maravillosas obras de arte? Lloré [...], reí, me enfadé... Pero al final la magia lo inundó todo. Enhorabuena, jefa, nunca nos defraudas», Bianca Lancharro.

«Me han encantado las dos novelas. Como siempre que empiezo una de Megan Maxwell... ¡es empezarla y no poder soltarla hasta terminarla! ¡¡Fabulosas!!», Paloma.

«Me he leído casi todos los libros de esta autora y son fantásticos», Sonia.

«Adoré estos libros. Me encantan sus historias. Lo mismo ríes que lloras. Me fascinan», Yisel.

«Me han encantado las dos, no podía parar de leer», Ros M.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Todo lo que no es fingir

Prieto Solano, Cristina

9788408288176

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una comedia romántica new adult con un fake dating de película.

Jana, una azafata de sonrisa perenne, no se ha quedado corta en asegurar que, si alguna vez se cruza con **Ulises González, el actor de películas románticas más famoso del país**, le pedirá matrimonio.

Así que cuando su compañera de vuelo le revela que su amor platónico está nada más ni nada menos que en el avión, no le queda otra que aceptar su apuesta y cumplir su palabra.

Siempre se ha dicho que **hay que tener cuidado con lo que desees porque puede volverse realidad**.

Pero lo que ella no sabe es que el actor viene de la enésima reunión con su representante, que no deja de insistirle en que debe darle algo de «salseo» a la prensa y echarse una novia..., aunque sea falsa.

¿Cómo va a rechazar Jana la oportunidad de que toda España crea que está saliendo con su actor favorito?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Yo siempre seré yo, pero contigo



TERESA LÓPEZ CERDÁN